CLAUDE SIMON

LA HIERBA

EDITORIAL LUMEN

Titulo original: *L'herbe*
Traducción:
Esteban Busquets y Esther Tusquets

Publicado por Editorial Lumen, S. A.,
Ramón Miquel y Planas, 10 - 08034 Barcelona.
Reservados los derechos de edición para todos
los países de lengua castellana.

Primera edición: 1986

© Les Éditions de Minuit, 1958

Depósito Legal: B. 7424 -1986 ISBN 84-264-1162-2

Printed in Spain

Nadie hace la historia; no se la ve,
como tampoco se ve crecer la hierba.
BORIS PASTERNAK

«Pero ella no tiene nada, no tiene a nadie, y nadie la llorará (¿qué es la muerte sin lágrimas?), sino, tal vez, su hermano, ese otro viejo, y sin duda no más de lo que ella se lloraría a sí misma, es decir, no se permitiría llorarse, no le parecería decoroso, no le parecería conveniente...

—Pero ella no es nada tuyo.

—No, dijo Louise.

—Ella no es nada tuyo.

—No», repitió dócilmente. Pero siguió mirando allí, frente a ella, algo que él no podía ver.

«Entonces.

—Entonces nada», dijo ella (mirando siempre —más allá de los árboles, los prados, la apacible campiña de septiembre— esa cosa que él no podía ver). «Nada: ella no se casó nunca. Tal vez no tuvo nunca la idea de que podía, de que tenía derecho —con ese hermano quince años más joven, y que ellas habían educado (ella y la que ya ha muerto), y del que lograron (a fuerza de pensar en el mejor modo de llevar un traje tres veces más tiempo del que se necesitaba para gastar la trama misma de la tela en que primitivamente había sido hecho) hacer un profesor de universidad, para lo cual, a dos maestras cuyo padre y cuya madre apenas sabían leer, o tal vez ni siquiera eso, les debía parecer que valía la pena renunciar a todo aquello a lo que una mujer tenía derecho a aspirar normalmente, y cuando Georges y yo nos casamos, ella me dio este anillo, me hizo entrar en su habitación (y fue la primera vez que yo sentí ese olor, ese perfume, exactamente como el de una rosa marchita o más bien —puesto que una rosa marchita no huele a nada— el que uno piensa que debería exhalar, es decir, algo que estaría a la vez hecho de polvo y frescura, y yo miré su mesa, su tocador, pero no había allí nada más que esas cuatro horquillas y ese frasco de agua de colonia barata, y, sin embargo, olía como una flor, como una jovencita, como puede oler el cuarto o más bien la tumba, el sarcófago donde una jovencita se hubiera conservado intacta, aunque a punto de deshacerse en polvo al menor soplo), y entonces ella revolvió en un cajón y sacó, no un cofre de joyas, ni siquiera una de esas cajas de acero que se venden en las ferreterías a los campesinos o a los ganaderos que no quieren depositar su dinero en los bancos, sino simplemente una caja de galletas o de caramelos, de metal, ya punteada por la herrumbre, y en la tapa una mujer joven vestida con un traje blanco, recostada sobre la hierba en una postura a la vez lánguida y rígida, sólo la punta de los pies, o mejor, de los zapatos, asomando bajo el último volante de su falda, púdica y ridícula, y, tendido junto a ella (que en su mano tenía una caja igual, sobre cuya tapa se repetía la misma imagen, como en esos juegos de espejos interminables) uno de esos perritos blancos y lanudos, todo (la mujer, el perrito, el prado) en un marco de flores y cintas con lazos de color celeste y...

—Pero...

—No, escucha: naturalmente, la caja no tenía llave y estaba atada con un largo cordón que la rodeaba unas veinte veces, lo cual exigió un largo rato para desenrollarlo, mientras apretaba la caja contra su cuerpo e intentaba abrirla con sus manos crispadas y torpes, y yo podía percibir ese olor a muchacha, a flor, buscando con la mirada el globo, la corona de novia, buscando algo, pero no había nada. Sólo ese empecinado y sin duda imaginario perfume de frescura, de virginidad y de tiempo acumulado. No, perdido no: vencido, o más bien dominado, domesticado: no ese enemigo hereditario, omnipresente y omnipotente, que uno observa, aterrorizado, avanzar deslizándose con implacable lentitud, sino un viejo compañero de camino, familiar, quizá, temido y odiado en otro tiempo, ya tan lejano que el recuerdo de los temores y terrores se parece a esos miedos infantiles que ahora nos hacen sonreír...

Sí, ya sé que esto no armoniza: una jovencita, el aroma del jazmín y ese cuerpo ya pronto a caer deshecho en polvo, tan familiar con el correr del tiempo que parece el tiempo mismo, y esas manos

amarillentas y descarnadas —en algunos puntos pulidas como marfil— luchando contra su propia torpeza y contra la herrumbre de la caja (como si la herrumbre y la torpeza fueran una misma cosa, siempre la misma: los años, el tiempo), hasta que por fin consiguió abrirla, revolviendo entonces su contenido, no de bombones pegajosos sino de botones desparejos, cadenitas de oro (o chapadas de oro) y viejas hebillas de zapatos en cobre, y alcanzándome por fin: no en una caja, un estuche con el nombre de un gran joyero como aquella que Georges (o mejor dicho su madre) me había ofrecido (y no a mí, en realidad, sino a ellos mismos, haciéndose un honroso obsequio, porque yo supongo que él —y ella— habrían considerado un signo de decadencia que yo llevara en el dedo algo que valiera menos de quinientos mil francos... Entonces, aun cuando ella desaprobaba que se casara conmigo —por más que nunca dijo ni dejó transparentar nada sobre eso—, habiéndole dado los quinientos mil francos necesarios o tal vez, para mayor seguridad, habiendo ido ella misma a elegirlo y no habiéndoselo dado hasta el último minuto, para que él mismo me lo pusiera en el dedo). Sin estuche, pues, sino con un simple pedazo de guata. Sí, es éste. Y yo supongo que no me darían ni siquiera diez billetes de mil francos en un joyero, y sin embargo yo no lo vendería por el doble, ni por el triple, ni por ninguna suma del mundo. Cuando yo me vaya, yo le (yo les: a él y a su madre) devolveré todas las joyas; las pondré en un montón sobre mi tocador en el momento de partir, o tal vez se las tiraré a la cara, no porque él merezca que se las tire, sino porque ésos son los gestos que ayudan en esos momentos, pero, éste, les diré, me lo guardo. Porque ella me lo ha dado. ¿Comprendes? Ella no me pidió nada y me ha dado este anillo, ella me quería, sencillamente porque yo era la esposa de Georges, y yo hubiera podido ser una prostituta, una duquesa o una ladrona, ella me habría querido igual, y sin pedirme nada a cambio. Porque ella nunca pidió nada a los demás, ni siquiera que la quisieran, ni el permiso para quererlos ella, así como nunca se permitió decirles o manifestarles nada, salvo del único modo en que ella podía imaginar hacerlo; es decir, dando lo que podía e incluso lo que no podía, arreglándoselas para que lo que no podía se convirtiera en lo que podía. Es por eso que yo me he quedado, que yo no me he ido antes. Hace mucho tiempo que hubiera abandonado a Georges, aun antes de haberte conocido, si no hubiera sido por eso. Yo no digo siquiera si "ella" no hubiera estado, digo si no hubiera habido "eso". Y ahora ella va a morir, y entonces ya no habrá nada» (la voz se detuvo, se interrumpió bruscamente, y Louise se quedó allí, un poco jadeante, como sorprendida, furiosa de haber hablado tanto, mirando siempre aquella cosa que el otro no podía ver —que él sabía que no podía ver, que no vería, aunque se volviera y mirara a su vez por encima de su propio hombro en la dirección en que parecía encontrarse esa cosa, y al cabo de un momento un pájaro cantó, muy cerca de ellos, después, también bruscamente, el canto —una breve serie de notas repetidas, como un arabesco caligrafiado, enroscándose muchas veces sobre sí mismo en la repetición del mismo rizo complicado, después escapando, elevándose, estirándose en un largo y perentorio parágrafo, que se cortó en seco— cesó y, de nuevo, les llegó el murmullo lejano y discordante de los gorriones que se reunían para la noche en el bosquecillo de bambúes).

Hasta que oscureció por completo, estuvieron allí, de pie (en cierto momento él se acercó, hizo un gesto, y ella imaginó sus siluetas oscuras confundiéndose, después, un poco más tarde —como si hubiera necesitado de todo ese tiempo para darse cuenta de que él la tocaba, tomar conciencia de sus manos sobre ella—, dijo: «No, déjame», con una voz a la vez dura, sombría, ausente, y entonces la más grande de las dos sombras retrocedió, y entre ellos dos, de nuevo, se vio el cielo como una placa de vidrio estriado en todas direcciones por los trazos negros de las ramas, mientras se alzaba de nuevo la voz —siempre esa dureza, esa ausencia—, Louise golpeando furiosamente con el puño la palma abierta de su mano, diciendo en la oscuridad, con una especie de vehemencia, de impotente desesperación: «El me había prometido que nos iríamos de aquí. Me había prometido que iríamos a instalarnos en Pau y que él...», no terminando la frase, siguiendo sólo golpeando la palma de su mano abierta, sin esperar visiblemente ninguna respuesta, después, dejando también de golpearse), hasta que les fue imposible distinguirse las caras, los ojos, ocultos ambos en la espesa y verde oscuridad bajo las ramas inmóviles, el automóvil escondido más lejos, detrás de los grandes

árboles, un poco más allá de la vuelta del camino (pero imposible ocultarse cuando atravesaron el jardincillo rastrillado, pisoteando la gravilla entre las mesas pintadas de blanco, las sombrillas rojas y blancas plegadas, las dos niñas recostadas en los sillones, con los codos desnudos sobre los brazos de éstos, demasiado altos para ellas, balanceando sus piernas colgantes, mirándolos pasar, siguiéndolos con sus ojos turbios, su madre no levantando los ojos de su labor de punto, lo que era una manera peor, más insoportable todavía de mirar, y a veces, cuando ellos volvían a bajar, cinco o seis de esos tipos con grandes barrigas, ya congestionados antes de empezar a comer el paté, las truchas, la especialidad del hotel escondido, punto de cita únicamente para algunos parisienses en vacaciones, y esos tipos gordos intercambiables y congestionados, de una clase social difícil de definir, todos entre los cincuenta y sesenta años, amigables congresos o comidas de negocios, uno o dos cerca de la fuente, a la entrada, lavando o secando sus gruesas manos rojizas, con un anillo o una alianza de oro, mirándoles descender la escalera, desviando de inmediato los ojos, pero no tan rápidamente que ellos no lo hubieran advertido, poniéndose de pronto a hablar en voz más alta o haciendo como que examinaban los grabados, los viejos platos que decoraban el vestíbulo, la escalera, los muros, las habitaciones pobladas de la invisible, innombrable, inaplacable cohorte de los pálidos fantasmas bovarianos), hasta que, del bosquecillo de bambúes, ahora también silencioso y oscuro, no les llegó ya ningún ruido —ni piar de pájaros, ni batir de alas, ni murmullos, ni roces— todo, alrededor de ellos, completamente inmóvil, o mejor dicho, escondido, es decir el mundo (cosas, animales, gentes) no detenido, interrumpido en su vivir, sino siguiendo su existencia complicada, inquietante e incomprensible, bajo esa forma tranquilizadora y pérfida de la aparente inmovilidad. Como, un poco antes, el gato: no escapaba, se mantenía allí, sobre el punto más alto del muro derrumbado, mirándola fijamente, recogido sobre sí mismo, perfectamente inmóvil (sólo una mancha, una sombra rayada, atigrada, entre el esplendente abigarramiento de las sombras desgarradas del jardín, allí donde un instante antes hubo ese salto rojo, la fulgurante materialización no de un cuerpo, de un animal, sino de la idea misma del movimiento, en el desgarramiento del sol, y después nada), como si él pudiera pasar sin transición del movimiento a la inmovilidad, o más bien como si la inmovilidad fuera, en cierto modo, la prolongación del movimiento, o, mejor aún, el movimiento mismo eternizado: capaz sin duda de eso (transformar la velocidad misma en su representación inmóvil), sin importar cuándo: en medio de un salto, de una caída, en el aire, sin reposar sobre otra cosa que el tiempo, por decir así, solidificado, ese atardecer del verano solidificado en el cual se bañaba como en una especie de formol la exuberante y salvaje vegetación de zarzas y raíces, y también él, salvaje, frío, circunspecto, manteniéndose en esa postura como una relampagueante condensación de la velocidad (exactamente como un cartucho de dinamita encierra un millón de veces su volumen en estruendo y destrucción), petrificado, observándola, espiándola a través de dos estrechas ranuras verticales, esas pupilas en forma de lentejas que tienen los gatos, agudas, aceradas, y que parecen ser una especie de arma, de garras suplementarias, afiladas, capaces sin duda de desgarrar y de lacerar, pero que por el momento se contentaban con espiarla, con mirada circunspecta, cruel, vigilante y cobarde, sin abandonarla, y ella quedándose allí, parada, inmóvil, con su traje claro, como si los dos se enfrentaran, como dos culpables, dos ladrones puestos frente a frente, o mejor un ladrón encontrándose imprevistamente con su propia imagen en un espejo: la intromisión súbita de una conciencia (no la hostilidad a priori, ni la simpatía tampoco: simplemente la desconfianza, el temor y la agresividad coexistiendo en el mismo momento) entre la inconsciente y loca vegetación de heliantos, los largos tallos entrecruzándose, torciéndose, mezclándose, destacándose claros sobre el fondo negro de la espesura de troncos, entre el bordoneo de los insectos.

Desde aquí, por lo menos, podía no oírse. A través de los árboles se podía ver la casa en lo alto de la colina y, a la izquierda, la ventana con persianas cerradas detrás de las cuales la vieja estaba muriendo, inmóvil en su lecho solitario, la sábana levantada hasta el mentón, bajando y subiendo al ritmo regular del estertor continuo, apacible y formidable que escapaba de ella, semejante a la respiración monstruosa de algún gigante, de alguna criatura mitológica y bufonesca que hubiera

elegido como aposento ese cuerpo débil y agonizante, para dejar oír, como las trompetas del Juicio Final, ese lento e interminable jadeo de forja, en trance de morir, ocupada en morir, concentrada (solitaria, altiva y terrible), aplicándose a esa acción de morir, en la penumbra de la habitación donde la luz polvorienta del verano no penetraba más que por las rendijas de las dos persianas bajas: una T cuyo brazo superior, en forma de fino triángulo invertido, correspondía al espacio entre la parte de arriba de la persiana y el encuadre de la ventana, y que se desplazaba lentamente de derecha a izquierda, distendido, grueso al mediodía, después nuevamente estirado en diagonal, entre la mañana y la tarde: como la inicial misma de la palabra Tiempo, una letra impalpable y tozuda arrastrándose entre el hedor moribundo, el insípido y moribundo perfume en suspensión: el del agua de colonia barata con que la enfermera la inundaba, y este inasible, denodado y ceniciento olor de ramos marchitos que parece flotar permanentemente en las habitaciones de las viejas damas, alrededor de los espejos donde reflejan sus caras ajadas, como la exhalación discreta, frágil y un poco agria de los días gastados...

«Pero no es más que una vieja que se muere, dijo Louise. Nada más...» Siempre erguida, la hierba, las delgadas lenguas de hierba a lo largo de sus piernas desnudas perezosamente balanceadas, no la brisa, sino el aire tibio en perezosos remolinos, las altas gramíneas, sus cabezas de arácnidos oscilando, flexibles, lamiendo sus tobillos, las múltiples y verdes lenguas de la tierra, y alrededor de ella esa pesada vibración de calor apaciguándose gradualmente, el contorno de las cosas ondulando como algas, todas las hojas de los álamos temblones agitándose sin cesar, oscilando, palpitando, el tren de las siete apareciendo por detrás de la colina, puntual también él como el gato, haciendo gruñir el puente de acero, y después desapareciendo detrás de los grupos de árboles del otro lado del río, el ruido apagándose, como absorbido, mientras el temblor de los millares de hojas parecía multiplicar el silencio, mariposeando, punteando la masa de árboles, la luz fraccionándose en infinidad de partículas espejeantes que presentan alternativamente sus dos caras verde o plata, parpadeando, después el tren y el ruido resurgiendo muy cercanos mientras se deslizaba, como juguete miniatura, por la porción de terreno despejado, con su cola de viejos vagones verdosos tan próximos que podía oírse el choque monótono de las ruedas en las junturas de los rieles, y contemplar en el encuadre de las ventanillas los bustos de los personajes como recortados en papel y pegados a los vidrios, y, cuando apenas acababa de desaparecer, los frenos chirriaron, con un ruido largo y agudo, cada vez más agudo, exasperante, bloqueándose, y después nada, el tren detenido en la estación oculta entre los árboles, la voz del guarda gritando el nombre a la llegada, las puertas de los vagones abiertas como un bostezo en la luz declinante, ya el sol enceguecedor había bajado, los viajeros saltando a tierra, la mayoría de ellos con sólo una maleta o una cartera, los habituales, los mismos que lo habían tomado en sentido inverso doce horas antes, las mismas sombras escalonadas alargándose desmesuradamente sobre los andenes, pero en sentido contrario, y al final el carro con las bolsas del banco, como todos los jueves, y los dos gendarmes distraídos, sus inútiles metralletas bajo el brazo, discutiendo con el jefe de estación mientras van cayendo al furgón las bolsas, los insectos, luminosos puntos dorados siguiendo su ronda frente al fondo de espesa sombra de los matorrales de zarzas, uno de ellos proyectado en la luz, dibujando una ese gris-malva constelada de puntas, cayendo desde el remate del muro en declive donde permanece siempre el gato, los insectos girando incansablemente, mezclando el imprevisto dibujo de su vuelo, la imprevisible madeja de imprevisibles y bruscos cambios de dirección, vagabundeo en tres dimensiones, como forzados a volar sin rumbo, sin pausa, alrededor de un invisible epicentro, siguiendo así, incansables, sin importarles nada, en el sol cada vez más bajo, sin importarles nada, incluso después de que haya desaparecido, destacándose en gris, impalpables sobre el cielo primero verdoso y luego rojizo del crepúsculo, por encima de los matorrales cada vez más oscuros, sin importarles nada que no sea girar en nubes cada vez más indistintas, como si algún tormento los forzara a errar de lugar en lugar, pero eso no es así, pensaba ella, como tampoco era verdad que ningún pensamiento moviera aquella mano que iba y venía sin cesar sobre la sábana, como si sus miembros retomaran o mejor dicho se tomaran su revancha, su independencia, ahora

que sabían que ella ya no tenía mucho tiempo de vida, que ya no podría dirigirlos, la mano como una pata de pollo, amarilla y arrugada, las articulaciones de los dedos como ampollas, yendo y viniendo sin cesar sobre las sábanas blancas qué ella alisaba, pellizcándolas imperceptiblemente entre el pulgar y el índice, como para deshacer imaginarios pliegues, reteniendo su vida de mano, ignorando el estertor, la cara apergaminada cada vez más enjuta, tomando día tras día ese aspecto majestuoso y fuera del tiempo de las cosas que se afinan, se depuran, se momifican, perdiendo progresivamente su carácter vulnerable de carne frágil y suave, para convertirse en una especie de cartón, una impasible máscara de cartón que desempeña sin duda un papel doble, como aquellas que se usaban en la antigüedad, no sólo para llevar lejos las voces de los actores, sino para darles esa impersonalidad, esa inhumanidad abstracta, que encarnaba no a hombres y a mujeres dominados por las pasiones o la fatalidad, sino a las pasiones, a la fatalidad misma, los ritos inmutables de la muerte, el inmutable e irreversible encaminarse hacia la muerte que constituye la trama misma de toda tragedia, de toda vida, cualesquiera sean sus episodios gloriosos, burlescos o monótonos, comentados a través de los actos grandiosos o irrisorios de los héroes, de los reyes, de las reinas incestuosas, por las voces deformadas, ciclópeas, pero desde aquí, a Dios gracias, ya no se oía más que el silencioso, refrescante y continuo temblor de los álamos, y ahora el ruido de las puertas cerradas con violencia (un empleado corriendo a lo largo de los vagones, los dos gendarmes demasiado gordos y sus ridículas metralletas, alcanzando los últimos, detrás del último de los pasajeros, la portezuela de salida, echando una ojeada a la vendedora de diarios y de bombones que cerraba ruidosamente las persianas de su quiosco), y un poco más lejos, en la impenetrable maraña de los bambúes, el piar de los gorriones que antes de la noche se recogían, invisibles, discordantes, piando y disputando, y además el empecinado perfume de las peras caídas de las ramas, que se pudrían por millares en el suelo, el hedor subiendo de las inútiles hectáreas de tierra al asalto de la colina, azucarado, fuerte, destacándose en el aire espeso como en un viejo armario cerrado donde los frutos de septiembre exhalaban ese fuerte olor de frutas fermentadas, sobre estantes cubiertos de papel de periódico, olor agresivo, nauseabundo (Georges le había contado que cuando iban a pasar las vacaciones a casa de ella, o mejor dicho a casa de ellas, porque entonces eran todavía dos, las dos ya tremendamente viejas, aunque él era todavía muy pequeño, de manera que no recordaba de ellas más que eso: la vejez, las dos muy menuditas, vestidas con ropas oscuras y sin edad, las dos con sus caras fláccidas y dulces, con sus idénticos y púdicos restos de polvo grisáceo y mal puesto en las mejillas, con sus idénticas manos amarillentas —describiendo la inmensa y fría casona, más vasta y fría que un cuartel, donde ellas vivían, como decía él, en una especie de tumba desmesurada y faraónica, con su sucesión de habitaciones inútiles, transportando de una pieza a otra, bajo los altos cielos rasos (como si a medida que ellas se achicaban, el tamaño, las dimensiones del edificio aumentaran), sus menudos e invencibles cuerpos—, la casa entera exhalando un sutil y penetrante olor a moho, a frutas desecadas y a mermeladas que él había acabado por no poder apartar del recuerdo de ellas, como si ellas mismas fueran dos frágiles y viejecitas muñecas de madera bamboleándose, desecándose lentamente en ese permanente y otoñal olor de las peras y las manzanas acomodadas en las estanterías, arrugándose insensiblemente, dejando manar como un relente de muerte, de un pasado olvidado, sobre los viejos periódicos que les servían de lecho, con sus titulares en los que se relataban acontecimientos también muertos, anticuados, envejecidos y ya sin ninguna significación), como si todo el campo se hubiera impregnado de ese olor agrio contra el cual los chorros de agua de colonia que la enfermera desparramaba sobre las sábanas, las alfombras, no conseguían luchar, dentro de la pieza cerrada, donde la barra horizontal de la T, extendida de extremo a extremo, comenzaba a acortarse a partir del lado izquierdo, poco a poco corroída, devorada, una luz imposible de retener, de captar, burlándose de las redes, de las trampas, de las deslumbrantes, astutas y poligonales redecillas de seda donde las arañas pardas se mantenían inmóviles, pacientes, indiferentes a las furiosas y esporádicas agonías de las moscas que se debatían, agotándose en esfuerzos desesperados, inmovilizándose poco a poco entre los tallos enlazados de los heliantos, de las zarzas silvestres, por encima del muro de la brecha, donde,

siempre atento, encogido y salvaje, el gato se mantenía, como un tigre cobrizo, fulminante inmovilidad en potencia, en medio del salvaje entrecruzamiento de las ramas, las manchas verdosas, de la loca vegetación que lo rodeaba.

«No es más que una vieja. Una solterona. Nada más. Sólo una vieja que se está muriendo de vejez en su lecho. Tanto que no parece haber vivido nunca, tanto que todo lo que ella ha conocido de la vida no parece otra cosa que la misma muerte, como si ella ya hubiera estado muerta desde hacía muchos años...» Como si ella nunca hubiera sido otra cosa que eso (puesto que Georges afirmaba que nunca la había conocido diferente): una viejecita vestida siempre con perpetuas ropas oscuras, intercambiables, inmutables a la moda e indiferenciables, símbolos ni siquiera de duelo, de aflicción, sino más bien de intemporalidad, de inexistencia (lo sombrío, lo negro era —al contrario del blanco, que encierra en su color todos los tintes del arco iris— como una ausencia, una negación), no habiendo sido sucesivamente ni niña, ni adolescente, ni mujer, sino más bien surgida al mundo, ochenta y cuatro años antes, tal como ella había aparecido (ya hacía de eso diez largos años) en la reja del parque, frágil silueta negra recortada en la luz, ensombrerada, enguantada de negro, llevando en la mano una maleta negra, gastada en las esquinas, que dejaban ver el cuero ya sin lustre, gris y deshilachado, habiendo hecho a pie, bajo el sol de junio, los dos kilómetros que separaban la estación de la propiedad (y todavía más: acabando de recorrer la mitad de Francia, al menos de su territorio, porque la entidad política, la nación, estaba en vías de disolverse, de retraerse a toda velocidad, exactamente como una ostra bajo las gotas de limón, como una piel de zapa cuyos límites refluían detrás de ella, detrás del tren o mejor dicho de los trenes (había cambiado varias veces de tren), heteróclitos, compuestos de furgones para ganado, vagones de primera clase, y simples plataformas, unidas de cualquier modo por empleados cansados, agrios, aterrorizados, que a menudo metían a sus propias familias en el último vagón todavía sucio de las defecaciones de los animales que acababan de abandonarlo (esos animales, colgando con el vientre abierto y a medio descuartizar de los pilares de las marquesinas de las estaciones, y lo que habían podido llevarse asándose en fogatas improvisadas a lo largo de los balastos de las vías, al azar de las paradas en pleno campo), saltando dentro ellos después con el último toque de silbato, abandonando detrás las estaciones desiertas con sus señales bloqueadas, las largas perspectivas de los rieles desnudos huyendo sobre los campos, también abandonados, vacíos (los prados, los bosques, los valles silenciosos), indiferentemente entregados en pasturaje al vencedor, dormidos a la espera del conquistador, la tibia y profunda tierra con sus verdes, centelleantes y apacibles ríos desenrollando sus meandros, y de tanto en tanto jóvenes muertos, como si sus orillas boscosas, sus altos álamos, sus puentes de piedra roída y punteada de musgo negro, no hubieran sido creados e imaginados desde toda la eternidad más que para eso, para convertirse en la última visión impresa en la retina de esos adolescentes destinados a morir, mirando el agua perezosa y lenta, esperando en la verde paz de una tarde de derrota y en el silencio de los campos desiertos, con la carne ansiosa, el breve relámpago, la breve quemadura de su muerte), y ella (la vieja dama, la solterona, la muñeca arrugada y negra), manteniéndose allí, en la verja del parque, en ese mediodía de junio, después de setenta horas pasadas en trenes desbordados, en estaciones, en barahúndas de gente, a pesar del hambre y de la sed, nítida, limpia, ni siquiera una brizna de hierba en su falda o en su toca, el único indicio que hubiera podido delatar que ella no había salido directamente de su casa y que su casa no era justamente la casa vecina, sino que se hallaba a setecientos kilómetros de allí, era una ligera capa de polvo que matizaba de gris sus zapatos negros (y solamente en las rajaduras del cuero, porque sin duda ella había tenido cuidado por lo menos una vez, antes de llegar a la verja, de limpiarlos en la hierba del talud para quitarles el polvo que los había ensuciado en el camino de la estación a la propiedad, porque sin duda el polvo del viaje ya lo había quitado al bajar del vagón, o aún antes, con un puñado de paja), deteniéndose allí con esa sonrisa, ese aire de quien pide excusas, un poco avergonzada, un poco confusa, diciendo: «¡Si seré tonta!», repitiendo: «Tuve miedo. No me habrían hecho nada, seguro, pero cuando me dijeron que ya estaban en Dóle, tuve miedo», diciendo: «¿Creerán ustedes que una pueda ser tonta hasta ese punto?... Una vieja como yo...» (esa

escena —más tarde se la describieron a Louise— se había desarrollado así: unas personas, un grupo de personas apaciblemente sentadas bajo el gran castaño, como en uno de esos cuadros impresionistas donde las mujeres y los hombres en trajes estivales aparecen sentados en sillas o sillones de mimbre alrededor de una mesa, y, en la mesa, una fuente y refrescos, una naturaleza muerta, con una jarra de limonada y tazas y platos blancos azulados en la sombra espesa y azul, y los personajes recortando sus siluetas cada vez más oscuras sobre el fondo luminoso, tornasolado, puntillista del resto del jardín, volviendo todos la cabeza al oir chirriar la verja, mirándola con el mismo estupor, sin comprender (la sirvienta dejando de frotar con el delantal sus ojos enrojecidos, el sirviente de rostro sanguíneo, congestionado por la emoción, o por la excitación, o tal vez por las consoladoras libaciones —pintado, en la sombra espesa del castaño, por pequeños toques de bermellón, malvas, azules—, en el instante de decir: «Acaban de transmitirlo por radio... Lo acabamos de oír... Ya han atravesado el Loira...», interrumpiéndose, quedando también él callado con la boca abierta), uno de los dos perros acostados al pie de la mesa levantándose, pasando de la sombra a la luz, su pelaje salpicado de marrón se destacaba ahora sobre la hierba brillante, trotando hacia la recién llegada, inmovilizándose a unos pasos —pero sin ladrar—, y el otro levantándose también, reuniéndose a él con el mismo trotecito lento, perezoso, afelpado, acercándose más a ella para husmearla, todo esto en un lapso de tiempo muy corto, el de la sorpresa, el del estupor, hasta que el viejo (pero entonces no era todavía un viejo: empezaba sólo a mostrar los primeros signos de todo lo que iba a transformarse, en los diez años siguientes, en estigmas injuriosos —más que injuriosos: crueles, implacables, mortíferos—, pero a los que por el momento todavía dominaba: su cuerpo sólo un poco pesado, no todavía flojo, sus cortas piernas un poco pesadas también, pero la cara todavía coloreada, fresca, a pesar de las arrugas, los músculos empezando apenas a aflojarse, a deslizarse, a desmoronarse), hasta que ese viejo, o mejor dicho ese hombre que en los diez años siguientes iba a convertirse en un viejo, se levantó, se puso a correr (porque entonces podía correr, no muy a menudo, porque su vientre pesaba ya sobre sus piernas torpes, pero aun así podía hacerlo cuando era absolutamente necesario, o, como esa vez, por el impulso de una emoción, de un shock) hacia la minúscula silueta negra, diciendo: «¡Dios mío!», repitiendo: «Dios mío, Marie, cómo has podido...», diciendo: «Pero esa maleta, ve tú, Julien...», y volviéndose, gritando: «¡Vamos, Julien! ¿Qué esperas...?», viendo correr, salir de la sombra azulada, destacándose, esculpidos en relieve contra el sol, a los dos sirvientes y a la mujer (que entonces todavía no era vieja, tampoco ella, al menos no tan próxima a la vejez como él, vestida con ropa clara —demasiado clara—, la cara colorada también, o, mejor, coloreada, los cabellos rubios, que iban a volverse anaranjados, y después, más tarde todavía, rojos, pero en aquel entonces apenas amarillentos, un largo collar —demasiado largo— saltándole sobre el pecho, al tiempo que en sus dedos los anillos —demasiado abundantes, demasiado grandes— lanzaban breves, agudas chispas minerales en la suave y vegetal luminosidad del jardín), y entonces fueron todos hacia ella: su hermano, la mujer de su hermano y los dos sirvientes, rodeándola, empujándola suavemente hacia la mesa, hacia los sillones de mimbre, el sirviente acercándole uno, y ella sacándose con dificultad los guantes de hilo, abriendo su bolso y sacando de él, no, como hubiera podido esperarse, un pañuelo arrugado, grisáceo y hasta ennegrecido por todo lo que habría tenido que limpiar en esos tres días de sudor, de polvareda, de fatiga, sino un pañuelo inmaculado, incluso con sus pliegues intactos, y secándose con él, sin desdoblarlo, el sudor de su cara sonriente, sus ojos con los párpados enrojecidos, las manos agitadas por un continuo, imperceptible y discreto temblor, repitiendo siempre con la misma expresión tímida: «Llegar así sin prevenirles... ¡Qué tontería! Pero tuve miedo. Hubiera debido partir cuando recibí su carta. Pero pensé: una vieja como yo... ¡Imagínense!... Sólo que, cuando vi que todos se iban... ¿Fatigada? Sí, claro... Ya saben lo que es esto... El tren. El tren es siempre un poco fatigoso, ¿no? Pero si seré tonta, ¿verdad? Digan ustedes mismos, ¿qué hubieran podido hacerme?...»), menuda, arrugada y oscura, llegando o mejor dicho proyectada, depositada allí, como si todo ese espantoso cataclismo no hubiera tenido otro fin que arrancar a esa minúscula vieja del apacible valle que nunca había prácticamente abandonado y lanzarla como con una catapulta, plantándola en

el centro de aquella hermosa tarde de junio, como una advertencia: «Porque, como decía después el viejo, eso fue sin duda necesario: que incluso seres como ella, es decir situados por su sexo y su edad fuera ya de —o, en el caso de los niños, no ingresados todavía— aquello que habíamos considerado hasta entonces, aquello que nos habían enseñado a considerar, que ese mundo mismo nos había enseñado a considerar respecto a sí mismo como civilizado, o por lo menos llegado a cierto grado de evolución, o, si no de evolución, de saber vivir, de pudor, de decencia, y todo eso porque este mundo se contentaba con matar algunos millares de adolescentes del sexo masculino, y sólo de vez en cuando, y casi diríamos discreta, clandestinamente, puesto que eso sucedía de común acuerdo entre los gobiernos, los estrategas y sus datos geográficos, en lugares que desde siempre habían sido reservados para eso (así como toda casa racionalmente civilizada está provista de retretes): esa llanura, esos dos o tres ríos que Europa tenía el hábito de utilizar como un campo clausurado, como cloacas naturales, o más bien como esos canales en que se lavan las arenas sucias, atestadas de muertos, mientras en vaporizadores o pebeteros se queman perfumes para purificar el aire del pesado, incómodo —y también inconveniente— olor de sangre... Sí, sin duda era preciso que incluso seres como ella, colocados, se pensaría, de hecho y de derecho, fuera de aquello a que nos habían habituado —o que nos habíamos resignado a considerar en cierto modo el ganado de la Historia, hubieran podido (sin que el cielo se derrumbara, sin que una sola nube dejara de deslizarse perezosamente: y no por accidente, no por mala suerte, por un desperfecto en el programa, sino con naturalidad, y por millares, por centenares de millares) ser arrancados de sus casas y lanzados y mezclados sin distinción en el rebaño resignado donde desfilan las tradicionales víctimas y los tradicionales héroes. Simplemente para nuestro ejemplo. Para recordarnos lo que nunca debimos olvidar: es decir, que la Historia no es, como tratan de hacernos creer los manuales escolares, una serie discontinua de fechas, de tratados y de batallas espectaculares y relampagueantes (algo que sería, en suma, asimilable a las enfermedades, a las epidemias, a las inundaciones y a otro género de azotes con manifestaciones esporádicas que se producen en horas, lugares y fechas bien definidos, como, por ejemplo, las corridas de toros o la sempiterna muerte de Edipo), sino por el contrario sin límites, y no solamente en el tiempo (no deteniéndose, no disminuyendo su velocidad, no interrumpiéndose nunca, permanente, como en los cines de sesión continua, comprendida la repetición de la misma estúpida intriga), sino también en sus efectos, sin distinción entre los participantes, porque la guerra no sólo la hacían, es decir, la soportaban, la aguantaban, la sufrían (ya que incluso el soldado, el militar profesional, el caricaturesco portador de insignias y el caricaturesco hombre de Estado con su pantalón rayado y su chaqué, no hacen la guerra, sino que la soportan, y sólo nuestro desmesurado e irrisorio orgullo puede hacernos creer lo contrario), haciéndola padecer a hombres que están en la plenitud de la vida, pero también y con las mismas razones a los niños y a las viejas señoras como ella, ensombreradas, enguantadas, impávidas, capaces de mantenerse sentadas muy erguidas sobre sus maletas, como si hubieran estado de visita durante setenta horas o más, en furgones de ganado, paradas en pleno campo, bombardeos, estaciones con multitudes aullantes, demostrando (esas viejas señoras e incluso los niños) tanta tranquilidad y coraje —o tal vez inconsciencia: es la misma cosa— como esos jóvenes, orgullosos, heroicos, absurdos, y denodados oficiales de Saint Cyr con sus casacas y guantes blancos... Y, probablemente, eso puede ser considerado como un bien, al menos lo que consideramos como tal. Y habríamos aprendido al menos esto: que si soportar la Historia (no resignarse: soportarla) es hacerla, entonces la desteñida existencia de una vieja señora es la Historia misma, la materia de que está hecha la Historia... A condición de que la comprendamos...», repetía él, sin terminar la frase, volviendo a caer en ese silencio de viejo en el cual, día tras día, parecía ir encerrándose, emparedándose a sí mismo, cada vez más taciturno, y cuando por casualidad le llegaba el momento de hablar (como años atrás le llegaba el momento de correr: bajo el efecto de una emoción, de un choque, monologando, verboso, y con ese tono de sombría declamación, como si se dirigiera sólo a sí mismo, monologando consigo mismo, no esperando ya ninguna respuesta, sentado —terminó poco a poco por pasar así casi todos sus días, a medida que se fue poniendo tan gordo que sus

piernas, sus pies doloridos no podían transportarlo más allá que desde el umbral hasta el quiosco—, en verano bajo el gran castaño donde permanecía, aplastado por el peso monstruoso de la propia carne, su propia carne que conspiraba, preparando su propia destrucción y eso, por decirlo de algún modo, por exceso de vida, pesado, deforme y tolstoiano, su mirada de porcelana abandonando sobre la mesa las hojas de papel esparcidas, perdida —infantil, azul y cansada— más allá de las apacibles frondas y de las verdes colinas, reviviendo tal vez aquel parecido atardecer en que ella (la vieja, su hermana, y más que su hermana: la mujer —ella era quince años mayor— que lo había educado, y prácticamente criado, y prácticamente llevado en brazos hasta que pudo caminar por sus propios medios), en que ella apareció, traída por ese mismo tren de las siete, aunque compuesto entonces de una acumulación de vagones tan heterogéneos como aquellos en los que ella había viajado —o mejor dicho vivido— durante tres días y tres noches, con la diferencia también de que no eran las siete, sino más o menos las tres de la tarde, y lo mismo podía haber sido el tren de la víspera que llegaba con una veintena de horas de retraso, o el tren de ese mismo día que aparecía con cuatro horas de anticipación, o quién sabe si el tren del día siguiente, o incluso el de cualquier otro día, y en este caso con una formidable provisión de horas adelantadas, ya que después de él y durante casi una semana no volvió a pasar ningún otro, no se volvió a oír repercutir ningún eco, ningún gruñido del puente de hierro bajo las ruedas de hierro, nada que viniera a perturbar la calma profunda del valle, devuelto a la paz, al silencio originales, animado por esos pocos ruidos que son el silencio mismo: el lento gemir de las hojas, la lenta resonancia del bronce golpeado que bajaba desde el campanario, la lenta enumeración duodecimal del tiempo, el sonido del bronce desgranándose, suspendido, imponderable, vibrando largamente antes de apagarse en el aire vaporoso.

Y ése fue su último viaje. Porque nunca volvió a irse. No sólo cuando los trenes rodaron de nuevo (ya no convoyes: verdaderos trenes, con sus clases, sus vagones especialmente concebidos: inconfortables, para el uso de los pasajeros pobres, y bien acolchonados, para el uso de los traseros ricos, y con sus inspectores para verificar si cada uno, pobre o rico, ocupaba el lugar que le correspondía), sino cuando se estableció la paz y pudieron rodar nuevamente —o, mejor dicho, cuando se pudo viajar libremente en ellos— de un punto a otro del país. Más tarde, cuando se vendió la vieja e inmensa casona, algunos prados y pedazos de campo que el viejo y ella poseían todavía, aunque desde hacía mucho tiempo el viejo no tocaba ni un céntimo de sus rentas, por más que ella persistiera y persistió toda su vida en entregárselas regularmente, del mismo modo en que cada fin de año le enviaba las cuentas de la casa —impuestos, cargas, reparaciones, alquileres: renta neta...—, todo junto elevándose a unos miles de francos, lo que, repartido entre los dos, no significaba más que la mitad de unos miles de francos: y cincuenta años atrás, cuando había empezado a recibir esas cuentas y el dinero, una tercera parte —la hermana mayor vivía todavía— de algunos centenares de francos, que en seguida devolvió, para volver a recibir dos días después —sólo el tiempo de ir y volver, ni siquiera el de reflexionar: justo el tiempo para devolvérselo al cartero, en el umbral— el aviso de rechazo acompañado de esas simples palabras: «Es tu parte. Besos. Eugénie» (era el nombre de la hermana mayor), y él las conocía bien (sus hermanas, las dos mujeres de las cuales la más joven era quince años mayor que él, y que prácticamente lo habían criado, pagado peseta a peseta sus estudios, sus libros y hasta su ajuar de estudiante, y no sólo con su trabajo, sino también —sospechaba él, tenía buenas razones para sospecharlo— por una espontánea renuncia, tácita e inflexible, a todo aquello a lo que las mujeres aspiran (un hombre, un hogar y unos hijos propios, surgidos de ellas), y negándose ahora no sólo a dejarse reembolsar —al menos lo que podía ser reembolsado: el dinero, el esfuerzo, las privaciones, ya que el resto entraba en ese orden de cosas que no pueden ser restituidas—, sino incluso a tocar lo que ellas consideraban era su parte de la herencia común), las conocía pues lo bastante para saber que era inútil insistir, porque cada vez hallaría el mismo inflexible, obstinado y apacible rechazo; debió, pues, aceptarlo y emplear esa suma —e incluso un poco más— en la compra de dos estolas de piel que les envió, recibiendo en respuesta las líneas siguientes: «...qué amable con tus viejas hermanas. Las estolas nos han causado un gran placer y nos abrigan mucho, sobre todo con los fríos que hace este año

(pero mucho después debería encontrar las dos estolas, intactas, cuidadosamente protegidas con alcanfor, en la misma caja del peletero donde habían sido compradas). Pero no queremos que derroches así tu dinero. La situación que ahora ocupas (acababa de ser nombrado profesor y preparaba su doctorado) te obliga a mantener con dignidad tu rango, y sabemos cuánto cuesta eso...», y algunos años después (esa vez fueron dos batas) recibió la misma respuesta, con la misma letra de Eugénie, esa letra escolar, tranquila, impersonal (más que impersonal: que era como un rechazo —no una renuncia: un rechazo también altivo, púdico, inflexible, de su personalidad), con unas líneas en que decía: «...cuántas veces debemos repetirte que dos viejas como nosotras no necesitan esas cosas. Y sabes también que en nuestra familia no ha habido la costumbre de gastar de ese modo, y ahora que te has casado debes pensar primero en tu mujer. No olvides que ella no es de nuestro medio y que debe estar habituada a que la mimen. Por eso debes emplear ese dinero comprándole lo que ella desee. Una mujer joven que vive en una gran ciudad debe tener siempre muchas tentaciones y no debe experimentar la penosa sensación de haberse casado con alguien que está por debajo de su rango y que no puede satisfacer sus deseos. Hemos elegido en un catálogo ese abrigo que pensamos le irá muy bien. Hemos escrito para encargarlo y lo recibirá dentro de unos días. No le digas que nosotras se lo enviamos: ella debe creer que has sido tú, de modo que...», y entonces él renunció (porque el abrigo valía más del doble de las dos batas que él les había mandado), y a partir de ese momento se contentó con depositar regularmente las sumas que ellas —después sólo Marie— continuaban enviándole cada año en una cuenta especial, con precisas instrucciones dadas al banco, y ya no se habló más de eso.

Vendieron la casa y los campos. Esos campos de avaras cosechas que había cultivado su padre, los vergeles, el bosquecito, el viñedo de la colina, de los que había sacado bastante sudor convertido en dinero para que él, que no sabía siquiera leer, pudiera hacer no sólo que sus hijos aprendieran a leer, sino que ellos mismos, o mejor dicho ellas mismas —las dos viejas solteronas, Eugénie y Marie—, aprendieran lo suficiente para a su vez poder enseñar a leer a otros niños (y con sus escasos salarios de maestras, cortando leña en invierno, cosiendo sus vestidos —o mejor dicho remendándolos, arreglándolos sin cesar rehaciendo un traje nuevo con dos viejos, cada traje derivado de trajes anteriores, lo que hacía que un vestido presentara (cuellos, puños, cuerpo, cinturón o falda) una ingeniosa combinación de otros cuatro, por lo menos, como esos escudos heráldicos cuyo valor se cuenta por el número de cuarteles, o también como los trajes de esos bailarines que recibían hace doscientos o trescientos años el privilegio de presentarse en la catedral de Sevilla durante la Semana Santa, mientras duraran los trajes que les habían otorgado y que, por lo tanto, no cambiaban nunca, transmitiéndose de generación en generación los preciosos harapos, cada vez más remendados, a medida que el tejido estaba más gastado, de modo que acababa por no subsistir del traje original más que esa abigarrada unión de pedazos, cada uno de ellos reemplazado a su vez, ya no vestidos, ya no los espléndidos trajes relucientes, sino la permanencia inmaterial de un minuto a través del tiempo irreversible— y, cuando el padre murió, encontrando tiempo, una vez terminaban las clases, para ir a cavar y limpiar los campos más próximos a la ciudad, resignándose con pena a arrendar los otros), con lo que ganaban, pues, las dos hermanas, logrando educar al hermano, no sólo en el vulgar sentido de la palabra educar, sino en su plena acepción, elevándolo, alzándolo literalmente de la condición de hijo de un campesino analfabeto, iletrado, no sólo a la de hombre educado, sino a la de maestro (porque en eso se había especializado, y fue eso lo que enseñó más tarde en la Universidad) de esa lengua, de esas palabras que su propio padre nunca consiguió leer, y menos aún escribir, que apenas podía balbucear, y que él no sólo había conquistado, asimilado, sino que, como todos los conquistadores que hacen uso de sus conquistas, había desmembrado, despojado, vaciado de su misterio, ese poder terrorífico que poseen todas las cosas o personas desconocidas, sin antecedentes ni pasado, fruto aparente de una generación espontánea, misteriosa, casi sobrenatural, empeñándose pues en descubrir una ascendencia, una genealogía y, por lo tanto, en predecirles, en asignarles una inevitable degeneración, una senilidad, una muerte, como si al hacerlo, y por una suerte de piadosa venganza filial, afirmara la

invencible preeminencia del viejo analfabeto (de las generaciones de analfabetos con manos callosas, piernas pesadas, hablar lento, con riñones curvados sin reposo desde el comienzo del mundo hacia la tierra nutricia, repitiendo sin cesar los mismos gestos milenarios, taciturnos, secretos) sobre los instrumentos sutiles, pérfidos y efímeros de todo pensamiento, tan sutil, pérfido y efímero como ellos. Y a pesar de esto (a pesar de la insignificancia de sus sueldos de maestras, la insignificancia de lo que rentaban las tierras, la carga de ese hermano que educar, sus cuidados y austeros trajes con una nobleza de cuatro, ocho o dieciséis cuarteles), no satisfechas con conservar la inmensa mansión —ya medio en ruinas, cuando la adquirieron— que la familia poseía en la ciudad, la reconstruyeron, con una insistencia y paciencia de hormigas, casi enteramente, año tras año, por partes infinitesimales (capaces ellas de vivir un año entero en una habitación cuyos muros despellejados dejaban ver sus ladrillos y mampuestos, revocarlos al año siguiente, y sólo un año más tarde pintarla, y Georges contaba cómo, en su infancia, había asistido a la terminación de los últimos remiendos, recordando todavía esos muros sin papel, esas partes del suelo podridas, rodeadas por una cuerda para impedir que pisara en ellas, y que en las vacaciones siguientes hallaba rehechas, olorosas todavía a madera fresca, a bosque), levantando (aunque no hubiera resultado mucho más caro derrumbarlo todo y construir una nueva en su lugar), prácticamente piedra a piedra esa ambiciosa —y, según la expresión de Georges, faraonesca— casona, como un templo, un edificio de proporciones desmesuradas destinado a consagrar la elevación, el establecimiento de una familia o más bien de una dinastía, con su inmensa escalera, sus inmensas habitaciones donde, por una ironía del destino, ellas iban a ser las únicas en pasear sus siluetas menudas, y ese hermano para el cual, para la dinastía, y su descendencia, había sido adquirida la casa de habitaciones innumerables, conservadas y reconstruidas piedra sobre piedra, y la mujer de ese hermano y los hijos de ese hermano (Christine e Irene, las dos hijas, Georges, el hijo), no aparecieron allí más que para breves temporadas —el tiempo de dejar transcurrir los insoportables veranos del Mediodía—, volviendo a alejarse en los primeros días de septiembre, dejándolas solitarias, cada vez más arrugadas, encogidas, sonrientes, desoladas e impenetrables, agitando dulcemente sus manos en su gesto de adiós mientras el coche arrancaba, achicándose sus figuras encuadradas en el vidrio de atrás, siempre de pie en el umbral de la puerta, con, a sus espaldas, la acumulación, la continuación, la sucesión de habitaciones vacías, con techos desmesurados, la amplia casona entera invadida por la insidiosa y tenaz exhalación del aroma de los frutos que se secaban lentamente en los estantes cubiertos por papeles de periódico.

Pero ella no volvió. Fue Georges quien hizo el viaje, dirigiéndose directamente a casa del notario, donde, mientras éste, de espaldas, fingía mirar por la ventana, un tratante de ganado le contó (anunciando, por cada rollo de billetes de mil que sacaba, bien atados con un cordón, de los bolsillos de una canadiense grasienta: «¡Un buey!») el saldo de la suma en que se había vendido —cedido, abandonado— lo que no podía tener precio ni valor en el mercado, lo que no podía ser cambiado por el equivalente en billetes de un rebaño de bueyes: no una casa, no algunas tierras, sino más bien la tumba misma, el fúnebre e inútil mausoleo de toda esperanza y de toda ambición, y ella (la Señorita, como la llamaban ahora los criados) no habiendo querido, habiéndose negado obstinadamente a molestarse, no porque fuera como su hermano —ese viejo que era quince años menor que ella y que, día tras día, pasaba cada vez más horas sentado en su sillón— incapaz de moverse: por el contrario, saliendo cada día después del almuerzo (aunque lloviera, helara o hiciera sol), invariablemente vestida, parecía, con el mismo traje oscuro y el mismo abrigo, que a veces llevaba en el brazo, y que sólo dejaba en los días más cálidos del verano, apoyándose siempre en el mismo paraguas negro, que, cuando había sol, le servía de sombrilla, avanzando solitaria, encorvada, por los caminos barrosos, endurecidos o polvorientos: el mismo recorrido, los mismos setos resecos o verdeantes que la veían pasar, saltando los charcos de agua, atravesando las tierras heladas o deslizándose a lo largo de los fosos, de las matas de moras que cogía y tragaba furtivamente, casi como en pecado, limpiándose el jugo de los labios con el mismo pañuelo inmaculado, siempre perfectamente doblado —cómo haría para que se mantuvieran siempre tan

blancos, tan limpios, ése era, sin duda, uno de sus secretos: algo misterioso, ilógico y paradójico como esos accesorios, no de belleza (no era coquetería, y, sin embargo, algo había de coquetería, aunque sin guardar relación con lo que impulsaba, forzaba a la otra vieja, a la esposa de su hermano, que hubiera podido ser fácilmente su hija, a teñirse los cabellos en tono rojo-anaranjado, las uñas color sangre, y a pintarrajearse la cara con todos los colores del arco iris), sino de aseo: bien alineados, acomodados sobre el mantel bordado, también inmaculado, blanco, extendido delante del espejo encuadrado en terciopelo verde amarillento, apoyado y ligeramente inclinado hacia atrás, sobre un triángulo de cartón cubierto del mismo terciopelo verde amarillento, articulado en forma de bisagra al dorso del espejo, algunos de esos objetos cuya presencia, aunque natural, tenía un no sé qué de ilógico y paradójico: el peine, los dos cepillos, las pinzas de depilar, y una de esas cajas de polvos baratos, redondas, de cartón decorado con unas florecitas, y, sobre la etiqueta blanca, el nombre del perfumista —uno de esos nombres centenarios, que se ven ahora, conservando la vieja caligrafía, en frascos en forma de maniquíes o de diamantes, pero que, sin duda para el uso exclusivo de las viejas damas, continuaba figurando en la misma caja de polvos, decorada siempre con las mismas guirnaldas de pequeñas flores—, y también un par de tijeras de uñas, y, cosa insólita, una enorme navaja de mango de cuerno, y un paquete abierto de esas horquillas de metal, de extremos negros y ondulados, a medio envolver en el papel azul sobre el que se veía el busto de una mujer exuberante, en estilo medio veneciano y medio del novecientos, peinándose la larga cabellera ondulada.

Por lo tanto, ella no fue, se negó categóricamente a ir, aunque fuera acompañada, obstinándose, defendiéndose con una especie de apacible asombro, de inflexible dulzura, diciendo: «¿Qué tengo que ir a hacer? ¿Qué quieren que yo vaya a hacer allí?», y ellas permanecían allí sentadas, bajo la sombra azul del castaño, las dos cuñadas —la del cabello teñido de rojo y la del traje oscuro— y tal vez era ya hacia el final de la tarde y ella (la Señorita), no propiamente sentada, sino, exactamente como el día que bajó del tren, simplemente apoyada en el borde del sillón, aunque acabara de regresar de su paseo, con el sombrero en la cabeza, y, sobre la mesa de mimbre, donde se encuentra la misma fuente con la tetera azul y los refrescos, un ramo de esas flores del campo que tenía costumbre de coger a través de los caminos, atrayendo hacia sí las ramas de los setos, apretando los tallos entre sus dedos deformados, esas flores marchitas, ajadas, sedientas, y Sabine —la esposa de su hermano—, recostada en otro sillón, abanicándose, la mano de los dedos enjoyados de anillos lanzando a cada movimiento los mismos reflejos minerales, fríos, esmaltados, y, por detrás del abanico, lanzando a su cuñada —a esa criatura de su mismo sexo y, sin embargo, en cierto modo, asexuada (pensaba sin duda ella, con una especie de conmiseración, de desprecio, y quién sabe si no de envidia)— breves miradas perplejas, pensativas, inciertas, diciendo: «Pero esta casa en la cual... a la cual...»

Y ella: «¡Oh, sí...!»

Y Sabine: «Pero, ¿usted no tiene ganas de volverla a ver? ¿De regresar allí por lo menos una vez, una última vez, antes de...?»

Y ella: «Pero, ¿para qué? Está mejor así...»

Y Sabine: «Pero toda su vida...»

Y ella: «Oh, sí, sin duda. Pero, ¿qué quiere usted que yo haga allí? Sabe bien que en nuestra familia nunca nos hemos ocupado de esas cosas. No hablemos más de ello. Y además, después de la muerte de Eugénie, yo allí estaba siempre sola... Sí... Es mejor así.»

Y Sabine: «Pero...»

Y ella: «Es mejor así...»

Y Sabine: «Pero si sólo se trata de ir y venir, nada más que para ver...»

Y ella: «No. ¿Para qué? Además, allí llueve mucho. Me molesta ver siempre llover. Es sucio.»

Y Sabine: «Escúcheme, Marie, yo necesito hablarle, yo querría hablarle de...»

Y ella: «Mire estas pobres flores: ya están totalmente marchitas...»

Y Sabine: «Es preciso ponerlas en agua, voy a decirle a Anna... Pero, ¿usted no tiene sed? ¿No

quiere tomar un poco de té?»

Y ella: «¿Té? No, yo bebería más bien un vaso de agua, si...»

Y Sabine: «Hay también jugo de piña, o una naranjada o, si usted prefiere...»

Y ella: «No. Nada más que un vaso de agua. Voy a...»

Y Sabine: «¡No se mueva! ¡Anna!...»

Y ella: «Déjelo, ya puedo ir yo...»

Y Sabine: «No se mueva. ¡Anna!...»

Y ella: «Por favor, usted no va a molestar a Anna por un...»

Y Sabine: «¡Ah! ¡Por fin! Anna, ¿dónde estabas metida? ¿Tengo que desgañitarme una hora antes de que me oigas? Trae un poco de agua fresca y un vaso para la Señorita y coloca en un florero estas flores.»

Y ella: «Las puedo arreglar yo misma...»

Y Sabine: «Déjelo, Anna puede hacerlo. Escúcheme, Marie, yo quisiera hablarle. Se trata de Georges. No me gusta que vaya él solo a buscar todo ese dinero...»

Y ella: «Vamos, vamos...»

Y Sabine: «No, yo sé lo que digo, sé de qué estoy hablando...» Después, su voz apagándose, su mirada desviándose, la mano cargada de anillos continuando su ir y venir, lanzando cada vez sus destellos irisados, el abanico yendo y viniendo, pero sus ojos sin fijarse ahora en nada, sin ver siquiera la frondosa vegetación, ni las colinas, ni el aire tembloroso y azulino, y, al cabo de un rato, con la mirada siempre en el vacío, sin volver la cabeza, sus labios moviéndose y murmurando como para sí misma: «Creo que lo tuvimos demasiado tarde; se dice que los hijos que nacen después de cierta edad... Pero Pierre deseaba tanto un hijo, y ahora...»

Y ella: «Es un chico muy bueno...»

Y Sabine (siempre sin mirarla, ni a ella ni a las colinas, ni al cielo, aunque sus ojos estuvieran bien abiertos, ni siquiera las dos mariposas blancas que revoloteaban en el sol, sobre el césped, persiguiéndose, mezclándose, con un vuelo salteado, elevándose a sacudidas, volviendo a bajar, aplastándose, elevándose: no ya dos insectos sino dos sedosos fragmentos de luz, danzando exactamente como esas ligeras hojas de papel de seda que los juglares japoneses sostienen en el aire por encima de sus abanicos) diciendo: «Me inquieta, si usted supiera cuánto me inquieta...»

Y ella: «Vamos...»

Y Sabine: «No. Es mi hijo. Lo veo tal cual es. Soy incapaz de decirle no, pero lo veo. Prefiero que no vaya solo a recoger todo ese dinero.»

Y ella: «Ah, sí. Usted piensa...»

Y Sabine: «Si al menos hubiera querido trabajar un poco. Si hubiera querido hacer un pequeño esfuerzo. Pierre... Ahora ya no piensa más que en esa plantación, no se la saca de la cabeza...»

Y ella: «Es como su abuelo. Mi padre sólo tenía una idea fija...»

Y Sabine: «Ahora son los perales. Pretende... Pero yo he hablado con los aparceros. Dicen que no es posible que en esas tierras prosperen los perales. Es una tierra muy húmeda. Pero él dice que son unos imbéciles que sólo saben plantar siempre lo mismo, y que por eso...»

Y ella: «Mi padre decía...»

Y Sabine: «...las tierras rinden aquí tan poco. El no quiere escuchar nada, y yo le he dado ya tanto dinero» (y bajando la voz, o más bien como si le fallara la voz, los ojos siempre perdidos en el vacío, el abanico yendo y viniendo, y el regular destello de los anillos en la penumbra azulada del castaño, y por fin diciendo, consiguiendo decir): «Escúcheme, Marie, sólo puedo hablar así con usted. Yo le he dado ya más... más que... En fin, no tengo derecho. Si Christine e Irene supieran todo lo que... Y ahora esos perales, ¿comprende usted? Y él va a llevar encima todo ese dinero...»

Y ella: «¿Qué haré yo con el dinero? Piénselo un poco. ¿Qué quiere usted que haga? Tengo mi jubilación. Acaso una vieja como yo tiene necesidad de...»

Y Sabine (con los ojos siempre inmóviles, sin fijarlos en nada, sin mirar nada, dos surcos plateados descendiendo lentamente, sin que ella se moviera, sin que hiciera un solo gesto para

enjugarlos, dos regueros brillantes deslizándose a cada lado de la nariz, sobre esa cara blanda y rosada, resbalando por las mejillas fláccidas, destiñendo los polvos demasiado rosados —o más bien malva—, descendiendo por las arrugas hasta las comisuras de los labios pintados, y por fin dos puntitos brillantes, cristalinos, irisados, como los reflejos de los anillos, temblequeando a cada lado del mentón, y todo como si ella pareciera no darse cuenta, sentirlas, pensar en secárselas, terriblemente vieja de pronto, a pesar de su maquillaje multicolor, sus velos multicolores, su cabello llameante, más vieja que la vieja vestida de negro sentada, o mejor erguida, en el borde del sillón, frente a ella, ésa sí sin edad, o más allá de cualquier edad, de modo que ya no eran dos viejas conversando bajo el árbol en la deslumbrante y luminosa vegetación del verano, sino una vieja pintarrajeada y una vieja dama, la mujer vieja de vestido abigarrado, y cara también abigarrada, diciendo): «Si su padre llegara a saberlo, y sus hermanas...»

Y ella: «Pero son sus tierras. Un día serán también de ellas, y si planta esos árboles debe saber lo que hace...»

Y Sabine: «Yo bien quisiera creerlo, pero temo que una vez más sea...»

Y ella: «Vamos, creo que usted exagera demasiado. El ha salido a su abuelo. Pierre no quiere comprenderlo, pero es un buen chico...»

Y Sabine: «¡Si usted supiera qué desgraciada soy...!»

Y ella (y en su voz un acento como escandalizado, como sorprendido, o mejor incómodo, porque sin duda ella era incapaz, se habría reprochado el hablar así, demostrar e incluso meramente sentir algo que pareciera una reprobación; ella cuya voz nunca pudo, nunca se permitió temblar: simplemente decir cosas que la hubieran podido hacer temblar): «Vamos, vamos...»

Y Sabine: «A veces me pregunto si una mujer no lo arreglaría todo, si no conseguiría estabilizarlo. Es muy inestable, comprende, es... ¿El nunca le ha hablado de nada?»

Y ella: «¿Hablado de qué?»

Y Sabina: «De esa muchacha, yo sé que se ven, dicen que es su amante, la han visto muchas veces con él en el coche. ¿Nunca le ha hablado de eso?»

Y ella «Le aseguro que no. El...»

Y Sabine: «¿No le ha pedido dinero en estos últimos tiempos? Me lo pidió a mí y me negué a dárselo, no puedo seguir, no tengo derecho, y se lo he dicho: Cuando hagas otra cosa que vivir como un campesino, metido todo el tiempo con esos brutos en la pesca, en la caza, en esos bailes de pueblo, emborrachándote con ellos... ¿Le ha pedido dinero a usted?»

Y ella: «La verdad... Es decir...»

Y Sabine: «Y usted, ¿se lo ha dado?»

Y ella: «Es decir yo...»

Y Sabine: «Lo sé. Sé también que ella se llama Louise. Es un nombre vulgar. Aquí se sabe todo, no es muy difícil, entre los sirvientes, los aparceros y los comerciantes... Sin duda no es la clase de muchacha que yo había soñado para él, pero a veces pienso que tal vez ella o cualquier otra... Eso no es lo importante: lo importante es que se ate a algo, por eso a veces deseo que se case con ella, dicen que es muy bonita, con ella o con alguna otra, después de todo, con tal que... Pero él la engañará. Como Pierre me engaña a mí. ¿Usted sabe, verdad, que Pierre me engaña?»

Y ella: «Vamos...»

Y Sabine: «Escuche, ¿sabe lo que me dijo ayer?»

Y ella: «Vamos... Apenas si consigue llegar hasta el quiosco y...»

Y Sabine: «El me ha dicho que ahora deberíamos separar las camas, dormir en dos camas, ¿comprende usted esto, comprende usted lo que esto quiere decir?, ¿y cree usted que cuando un hombre le dice eso a su mujer no tiene algún motivo? Naturalmente, es su hermano, pero yo sé lo que digo. Me ha engañado siempre, nunca ha dejado de engañarme y ahora quiere que durmamos en dos camas» (y los ojos de Sabine mirando fijamente a su cuñada, implorantes, llenos de lágrimas, bajo los párpados cargados, relucientes, maquillados, y la boca de labios pintados, diciendo:) «¿Acaso soy tan vieja?, dígame, ¿soy yo tan vieja?»

Y ella: «Vamos, no se ponga así...»

Y Sabine: «Yo no me pongo de ninguna manera, no soy yo, es él.»

Y ella: «Vamos, si él no puede ir más allá de ese quiosco...»

Y Sabine: «Naturalmente, lo comprendo, es su hermano, y usted lo defiende, lo comprendo, todo lo que le pido es que trate de comprenderme a mí también...»

Y ella: «Pero sin duda todo eso son tonterías, no hay que...»

Y Sabine: «Bien querría yo, créame, no desearía otra cosa, yo bien quisiera, pero, ¿qué quiere usted que haga?» (y sacando un pañuelo, éste sí de encaje y muy arrugado, y decidiéndose por fin a secarse los ojos, al mismo tiempo que el aroma violento de algún perfume caro se desparrama agresivo, químico, obsceno, luchando unos instantes con el tibio perfume de la hierba, del heno segado, suspendido en el aire alrededor de ellas, y la vieja pintarrajeada suspirando, sonándose, el abanico plegado sobre sus rodillas, buscando su bolso y volviéndose a empolvar, hablando ahora con voz neutra, monótona, y, si no apaciguada, desprovista de toda vehemencia, como si ella hubiera renunciado a convencer, como si lo único que esperara de la otra persona no fuera que censurara, que compartiera su sufrimiento, su rencor, sino sólo que la creyera, como ella misma creía, o que más bien experimentaba, pues sin duda no necesitaba creer, saber, tener pruebas: experimentando esa infidelidad (real o imaginaria) como una realidad física, un hecho adquirido de una vez por todas, admitido (o tal vez no admitido, porque hay cosas imposibles de admitir; aun cuando el espíritu las acepte, el cuerpo las rechaza), por lo tanto, un hecho admitido de una vez por todas (que él la engaña, la ha engañado, continuará engañándola, a pesar de estar envejecido, deforme y ser casi incapaz de desplazarse, a pesar de cualquier apariencia y de toda posibilidad), la primera vez, la primera infidelidad habiendo contenido, habiendo engendrado, continuando sin cesar de engendrar todas las demás, hasta tal punto que ella sabe, sin duda alguna, que es inútil (es decir, que eso no cambiaría en nada su sufrimiento) controlar, tener en cuenta la veracidad de los hechos, diciendo:) «No vale la pena, ¡usted nunca podrá comprender!» (cerrando de golpe la polvera con un chasquido seco, mirando nuevamente en el vacío con aire incrédulo, perplejo, soñador, y como envidioso de esta vieja señora de rostro arrugado, afable, con algo infantil, pensando en ese cuerpo intacto, ignorante, blanco, tan intacto y tan ignorante como en el momento de nacer: no un cuerpo, no una carne, pensaba ella, sino la negación de la carne, como si bajo el traje oscuro y amplio no hubiera nada, e imaginando esa nada, la piel blanca intocada sobre los miembros frágiles, con sus pliegues, sus finas arrugas, como la de los cuerpecitos de los recién nacidos, como si, seguía ella pensando, estuviera allí exactamente como el día de su nacimiento, como si todo lo que sobresale, el rostro, las manos, las piernas hubiera envejecido, amarilleado, pero lo que se mantiene bajo la ropa fuera como el primer día, pensando: «Pobre viejecita, con su cabeza grande, desproporcionada, que tiene también la apariencia de esos recién nacidos en las primeras horas, cuando todavía tienen su horrible cabecita calva y arrugada de viejitos, pequeños gnomos aullantes venidos al mundo con la misma cara que tendrán el día de su muerte, aullando, despavoridos, como si supieran, sintieran, sufrieran ya proféticamente todo lo que les espera, el valle de lágrimas, la angustia, salidos de Su Seno con la misma cara que tendrán al regresar a él, podría creerse que Su Seno está poblado de esas intercambiables cabezas arrugadas, simplemente retomadas y devueltas cada vez tal cual a unos cuerpos nuevos, sin haberse tomado siquiera la molestia, sabiendo lo que les espera, de borrar los estigmas de los sufrimientos pasados, ¿acaso no se dice por otra parte que la vida del feto es un sufrimiento, antes de ser devuelto a la tierra, a la luz, en medio de las flores, los pájaros y todos los animales del Buen Dios?...», y diciendo en voz alta:) «Pero usted no cree en Dios, ¿verdad?»

Y ella: «Mire, yo...»

Y Sabine (mirándola siempre con la misma inquieta curiosidad, casi perplejidad): «Quiero decir... Es que usted nunca ha creído, o es que eso se ha producido a causa de su trabajo... Quiero decir... Es decir, que en la enseñanza, entre los que ejercen la enseñanza laica, hay... Creo que Pierre me ha dicho que ya sus padres... Lo cual es muy raro, porque la costumbre entre los campesinos...

¿Es que nunca nadie le habló de Dios, cuando era pequeña?... Las otras muchachas... Es realmente muy raro... Y usted misma nunca ha sentido, ha tenido la necesidad de...»

Y ella: «La verdad, no...»

Y Sabine: «¿Por qué sonríe usted? ¿Eso le parece realmente tan ridículo?...»

Y ella: «Le aseguro que no, sólo que estaba mirando esas dos mariposas... Son tan bonitas...»

Y Sabine: «Las ma... Cuáles... Ah, sí... Escúcheme, usted sabe que yo me he jurado no hablar nunca de estas cosas... Cuando me casé con Pierre, lo tomé tal como era, de donde venía, y yo sabía también todo lo que ustedes habían hecho por él, usted y Eugénie, dos existencias sacrificadas...»

Y ella: «Bah, no...»

Y Sabine: «Si, sí, oh, estas moscas son insoportables, vea, me ha picado, bichos asquerosos, seguramente vamos a tener tormenta, seguro, porque no han terminado de guardar el heno, siempre sucede lo mismo, pero en fin...» (ella vacila, su voz se arrastra, se estira, intenta hacer retroceder ese instante, pero no puede evitarlo, sabe que no puede evitarlo, así como no puede acallar en ella, imponer silencio a la sospecha de los celos, y sabe también que debería callarse, pero es imposible, y entonces dice:) «De todos modos hay en eso algo que yo no puedo concebir... ¿Usted no se ha preguntado alguna vez, nunca ha tenido la idea de algo distinto... de Dios...?»

Y ella: «Vamos, todo eso son tonterías», enrojeciendo, su cara infantil y arrugada, resquebrajada, empurpurándose, como si se tratara de una indecencia, como si el solo hecho de tener ese género de conversación fuera en sí una indecencia, descontenta de haberla sostenido, de que la otra mujer, la haya forzado, sintiéndose infeliz por haberlo permitido, haberse visto forzada a decir, haberlo dicho, tecleando con sus dedos deformados, semejantes a tronquitos de madera reseca, con sus nudos y la corteza arrugada de su piel, el brazo del sillón de mimbre, reflejando, no sólo en el rostro, sino también en la postura de su cuerpo, ese algo dulcemente inflexible, ese algo invencible, a la vez frágil y duro, mientras la otra sigue mirándola, muda ahora, desamparada, las dos viejas ahí, una rígida, toda de negro, apoyada en el borde del asiento, y la otra recostada entre sus velos chillones y multicolores, agotada, echada hacia atrás, de nuevo abanicándose, pero ahora por costumbre, porque no hace ya tanto calor, las sombras comenzando a alargarse sobre el césped, y las de los setos en los prados, allí abajo, al otro lado del río, y una carreta de heno sale de un seto, empieza a descender el prado en diagonal, los bueyes patizambos apoyados el uno contra el otro, lomo contra lomo, reteniendo el peso, avanzando lentamente, con ese aspecto adormecido, tranquilo y bamboleante, y, en lo más alto de la carga, sin duda, una mujer sentada, demasiado lejos para que sea posible distinguirla, sólo la mancha azul de su vestido, mejor dicho, de su blusa, esas blusas azules con motas blancas que se venden en los mercados pueblerinos, especialmente concebidas, se diría, para armonizar con el verde gris del heno cortado, y el puño ágil, la mano con uñas color carmín, yendo y viniendo nerviosamente, mientras tal vez continúa intercambiándose entre las dos mujeres uno de esos diálogos fulgurantes y mudos (a menos que no fuera entre ellas dos, que fuera solamente, detrás, al amparo del abanico, detrás de la cara maquillada, detrás de las mejillas pintadas, la frente pintada, los párpados pintados, una sola de las dos, preguntas y respuestas sucediéndose, hechas y contestadas por la misma persona, para su uso exclusivo): «...cuarenta años hace casi cuarenta años que nos vimos por primera vez y no puedo concebirla como la hermana del hombre con quien yo me casé hace cuarenta años y yo no la conozco...

«Vamos pues

«Quién es usted

»Usted lo sabe lo acaba de decir la hermana del hombre que se casó con usted Marie-Arthémise-Léonie Thomas

»Y usted tiene

«Ochenta y un años

«Cuatro veces veinte años cuatro veces la edad del amor y sin amor

»No sin amor

»Y usted va a morir pronto

«Ya lo sé

»Si no es este año será el próximo dentro de dos o tres años de todos modos eso no puede durar mucho más que hasta la primavera se dice que la primavera es difícil de pasar para los viejos

»Eso se dice

»Y usted no cree en nada

No hay respuesta

»Y usted no tiene miedo

«Miedo de qué

»Y usted no lamenta nada

«Lamentar qué

»Qué sé yo lamentar lo que hubiera podido ser lo que no fue lo que no tuvo lo que no hizo

«Por qué

«Usted no lamenta nada

«No

»Y usted

«No

»Y

»No»

Luego, advirtiéndolo, sin duda, dándose cuenta de que va a hablar de nuevo, pero de verdad, en voz alta, y sin duda desde hace ya unos momentos (y por así decirlo sin que, durante el otro diálogo, recuerde haber tomado la iniciativa), porque es en medio de una frase que pronuncian sus labios cuando ella recobra conciencia, al oírse decir: «...y yo que detesto el campo, todo por culpa de esta guerra, qué catástrofe ha sido esta guerra, ahora él ha adquirido la costumbre de vivir aquí y ya no quiere irse, me promete siempre que vamos a regresar a Pau, pero...» Y sin duda ella habla así desde hace mucho más tiempo del que cree, es una conversación que ha comenzado un largo rato antes, puesto que también la otra vieja sentada frente a ella la sigue, le responde: «Se está bien aquí...», y ella: «Sí, usted tal vez, usted que ha crecido aquí, que está ya acostumbrada, oh, si por lo menos no hubiera habido esta guerra, nunca habríamos abandonado Pau, sólo habríamos venido como antes, en septiembre, y Georges habría continuado sus estudios, estoy segura de que habría seguido, de que habría...»

Se vendió pues la vieja casa inmensa, y Georges fue y volvió, provisto de una procuración, firmó los papeles, y a la primavera siguiente todo el llano comprendido entre el pie de la colina y el río fue cubierto de jóvenes perales que, contrariamente a lo que habían predicho los aparceros y la gente de la región, arraigaron muy bien, se desarrollaron de año en año, y bien pronto, en verano, desde lo alto de la colina, la tierra desaparecía enteramente bajo su follaje, y fue sólo el primer año que dieron fruto cuando se descubrió que aquellos frutos se desprendían antes de madurar, caían al suelo y se pudrían lentamente, llenando el aire tibio de septiembre de ese tenaz y fuerte olor de cosa fermentada, de algo podrido y putrefacto.

Entre tanto, Georges se había casado, y Pierre y Sabine habían seguido envejeciendo, él, cada vez más enorme y deforme, moviéndose cada vez con más dificultad, ella, cada vez más pintarrajeada, con los cabellos cada vez más rojizos, vestida con trajes de colores cada vez más agresivos, los dedos cada vez más cargados de sortijas, pero tal vez esos cosméticos, esos tintes, esos vestidos, esas joyas, sólo parecían agresivos, vistosos, extravagantes, a fuerza de querer disimular, adornar, una cara, un cabello, un cuerpo cada vez más destruido por los años (años cuyo paso o por lo menos cuyos efectos no eran regulares como pretendía hacer creer el péndulo del reloj del salón: rostro de bronce en el centro de un sol dorado, oscilando sin cesar entre dos columnitas de mármol adornadas por dos simétricas e impenetrables esfinges de senos paralelos y también doradas, coronada la esfera por una urna sin duda simbólica, marmórea, que dos rechonchos querubines (o angelotes o amorcillos de bronce) simulaban sostener con ayuda de guirnaldas de flores de bronce, el mecanismo (reflejado en el espejo situado detrás del péndulo y revelando la

misteriosa complejidad de las rueditas dentadas aparentemente inmóviles, pero que se sabe son arrastradas por un movimiento de rotación, más aterrador por invisible) dejando oír cada cuarto de hora el tintineo agrio, insolente y obstinado, el conjunto —angelitos, esfinges, guirnaldas, urna, mármol y bronce— con algo de funerario y de fútil, producto de un siglo fúnebre y fútil a la vez, divirtiéndose con ingeniosidad en construir alrededor de un movimiento de relojería esos edificios con aspecto de graciosas tumbas, como si, por una especie de premonición, el gracioso siglo, y sus graciosas marquesas desvergonzadas, y sus marqueses con pelucas empolvadas, cínicos, libertinos, enciclopédicos y desesperados, hubieran sabido que iban pronto a cortarles el pescuezo), tiempo que se iba acelerando, de tal modo que un año más ya no se contaba por las marcas de las arrugas o el desmoronamiento de las mejillas, por una profundidad, un desmoronamiento, iguales a los que se habían producido durante el curso de los doce meses precedentes, sino más bien (ocurriendo las cosas como en estos movimientos de terrenos lenta y solapadamente minados, que estallan con brusquedad) las carnes desuniéndose, por así decirlo, desmoronándose, deslizándose a saltos, de modo que la vieja pareja no se había convertido en lo que ahora era por obra de una imperceptible transformación que modificara, a través de retoques infinitesimales, su aspecto exterior, sino por una serie de súbitas mutaciones, como ocurre con estos actores de cine que una serie de planos rápidos presenta sin transición en estadios sucesivos de maquillaje: brutales, violentas y feroces alteraciones, a partir de modelos iniciales vírgenes de todo estigma e incluso (tal como aparecían, él y ella, en la fotografía, ese grupo gris cuarenta años atrás, el día de su boda) insulsos, con ese aire un poco tontorrón, incluso aburrido, que no se sabe si es debido al hecho de posar ante un objetivo, a la emoción, al estilo fotográfico de la época, o a esa insoportable buena conciencia que otorga la virginidad, es decir, no tanto la integridad física que designa generalmente esa palabra como una cierta actitud moral o psíquica: un privilegio, y, como todos los privilegios, inmoral, injurioso, marcando a aquel o a aquella que son los beneficiarios de esa expresión de estupidez a la vez solemne y temerosa, como si la virginidad fuera menos un asunto de sexos, de la carne desgarrada, violentada, que una disposición, o más bien una reserva del espíritu, o más bien una exención, no del placer, sino del sufrimiento, y ciertamente, al contemplar ese grupo posando en medio de las plantas verdes y de los maceteros 1900, se evidenciaba que en ese sentido (y si la fotografía hubiera sido tomada al día siguiente, después de la ceremonia, la nocturna iniciación, hubiera sido lo mismo, y tal vez más visiblemente todavía) los recién casados (el joven esbelto, casi flaco, casi demacrado, con la cara adornada por una barbita y unas gafas, que debía llegar a ser o que estaba destinado a ser, a convertirse, cuarenta años más tarde, en la informe montaña de carne casi incapaz de moverse, y ella, una irreal, minúscula y preciosa carita de porcelana, con ojos almendrados, desapareciendo aplastada, delicada, frágil, suave, bajo la enorme masa de sus cabellos), los jóvenes recién casados encarnando esa especie de virginidad que es en suma lo contrario de la pureza (hecha de orgullo, de la tonta vanidad, no de haber soportado, vencido, sino de haber sido protegido, salvado, preservado), y no las dos mujeres que figuraban igualmente en la fotografía, entre los otros personajes, todos más jóvenes que ellas: damas y caballeros de honor, primos o amigos de la porcelana de Sajonia, de la que se celebraba la boda, los hombres con sus peinados pasados de moda, su raya al medio, sus bigotes, sus chaqués de otra época, sus posturas teatrales, estudiadas y tan envejecidas que se los hubiera tomado por mozos de café o por los invitados a una boda de tenderos (porque es evidente que pobres y ricos tienen en común exactamente los mismos gustos, el mismo comportamiento, el mismo modo de vestirse, pero con unos años de intervalo, de modo que lo que separa a pobres y ricos no es, como creen los pobres, el hecho de tener más o menos dinero, ni, como creen los ricos, una superioridad o refinamiento innatos del espíritu, sino sólo una cuestión de tiempo, es decir, su respectiva posición en el tiempo, y es por eso que, en las viejas fotografías, nos parece que los ricos pertenecen a una categoría social bastante vulgar: porque la última vez que hemos visto esa manera de vestir, de comportarse, era entre gentes de clase inferior, que no han hecho otra cosa que imitar a los ricos con retraso), lo que les hubiera hecho tomar, pues, por tenderos, si no hubieran tenido en común esa misma instintiva y condescendiente seguridad en sí

mismos, que se exteriorizaba por un cierto abandono, por una cierta negligencia en la actitud, la manera de sostener el cigarro, de sonreír, de llevar sus trajes o sus uniformes —había entre ellos un joven teniente de dragones—, que les confería por igual (pero tal vez influía también, para aquellos y aquellas que años más tarde miraban la fotografía, el hecho de saber que casi todos estaban muertos, que esos mismos cuerpos en poses indolentes, afectadas y ridículas estaban todos destinados, lo mismo el del joven teniente de dragones que los de esos despreocupados figurones de etiqueta, con sus puros y su raya en medio, a pudrirse muy pronto, a menudo sin sepultura, o cubiertos apresuradamente por unas paletadas de tierra, o tirados desordenadamente en una fosa junto con otros miles, centenares de miles de sus semejantes, bigotudos, ridículos y patéticos, como podemos verlos todavía en las viejas películas rayadas de reportajes de la guerra, desfilando con paso saltarín, siempre obstinadamente bigotudos, embarrados, levantando un brazo, agitando la mano, con el mismo gesto brusco, mecánico y precipitado, debido a la frecuencia todavía imperfecta de las imágenes, que elevaba entonces las escenas cinematográficas, las recepciones oficiales o la marcha de las tropas a una especie de nivel trascendental, en el momento de pasar frente al operador y antes de desaparecer para siempre, por la izquierda de la pantalla, hacia la nada y el olvido), esa negligencia, pues, en su postura, que, agregada a lo que sabía sobre su porvenir aquel o aquella que contemplaba la vieja fotografía, les confería otra virginidad. Solas, por tanto, entre los virginales personajes del grupo, las dos mujeres, las dos hermanas, las dos solteronas, sentadas allí, con sus caras serias, endurecidas ya entonces, ajadas en sus ropas envaradas, en una época en que las mujeres tenían la apariencia, no de llevar sus vestidos, sino de ser llevadas por ellos, o mejor dicho, de emerger (cabeza, manos, pies, ni siquiera los tobillos), fuera de un caparazón acartonado y duro, en el interior del cual sus cuerpos, sus femeninos cuerpos, existían y se mantenían sin duda como un cuerpo de tortuga; ropas que tenían en sí mismas una historia, es decir, que habían sido para las dos hermanas —como esos objetos cuya búsqueda trabajosa es el motivo de una epopeya— fuente de aventuras, no sólo por su precio —aunque, evidentemente, esa cuestión había sido en sí misma para ellas una aventura, habiendo decidido de común acuerdo (no ciertamente por coquetería, sino para no avergonzar —pensaban ellas— a su hermano, su hijo) aparecer en la boda con trajes encargados a París, gastando de una sola vez en la compra de estos dos vestidos probablemente tanto, si no más, de lo que habían gastado para vestirse durante toda la vida—, no solamente, pues, su compra, sino el ir a probárselos, atravesando (y eso sucedía en 1910) la mitad de Francia inundada, como si, cada vez que ellas (para Eugénie, la mayor, fue la única vez) tuvieran que abandonar su pueblo, el valle en que pasaron su existencia, fuera para atravesar un país asolado por un cataclismo, a través del cual —inundación, derrota militar— parecía que sólo ellas eran capaces de cruzar, intactas, emergiendo cada vez de él como si regresaran de una visita, con la misma sonrisa un poco confusa, las mismas palabras («¡Puede usted creer!...») de sorprendida indulgencia, como si trataran de excusarse, estando los acontecimientos excusados por anticipado; sentadas pues allí, en esas dos endebles sillas doradas, alquiladas sin duda por un día al hostelero que había preparado el almuerzo, en sus austeros, tiesos y suntuosos vestidos, que debían representar el precio de dos o tres años de su vida, ella (Marie) mirando de frente al objetivo, con esa cara ya muy semejante a la que debería tener más tarde, no tan arrugada, sin duda, pero reconocible, ya «hecha», por decirlo así, ya llegada a ese estado en que las transformaciones ulteriores no serán más que simples sobrecargas (mientras que nada en la fina porcelana de Sajonia o en el filiforme profesor de barbita y gafas permitía, ni siquiera a una mirada atenta, reconocer al hombre-montaña y a la mujer de ropa y maquillaje multicolores que los cuarenta años posteriores iban a construir a través de profundos cambios de la estructura misma), entre el grupo de jóvenes juerguistas pasados de moda, pertenecientes a la juventud dorada de la ciudad, donde, sin duda, había provocado esta boda una especie de escándalo, sobre todo cuando las vieron (a las dos viejas solteronas) metidas en el caparazón de sus magníficos y ceremoniosos trajes color ciruela y topo, con sus cuellos altos, sus mangas abullonadas, de donde escapaban unas manos que eran menos manos de maestras que de campesinas, y no era preciso mirarlas mucho para saber que habían

manejado rastrillos, azadas y podaderas, lavado la ropa y la vajilla, todo tan evidente, como era evidente que las manos de la recién casada (que tenía apenas dieciocho años) o las de los caballeros de honor, de etiqueta o con uniforme de dragones, no habían tenido nunca otro contacto rudo que el de los tallos de las flores dispuestas en los jarrones, las empuñaduras de los floretes o las riendas de los caballos.

No era que la familia, los colaterales, los amigos, la juventud dorada no hubieran sido prevenidos, advertidos, o ignoraran el origen del novio. Tal vez era su edad: que ellas —sus hermanas— parecieran las dos capaces, o casi, de ser su madre, y por lo tanto extrañas (en el papel de intrusas), no sólo a esta sociedad, a este medio, sino también al grupo juvenil compuesto por esos frívolos condenados a muerte, esas desteñidas jovencitas semejantes a desteñidas sílfides o a pálidos lirios, como los que se ven en los antiguos anuncios de los perfumistas; posando, obligadas a posar —eso se sentía, se adivinaba: que aparecían contra su voluntad, que habían tratado de escabullirse, y que estaban allí resignadas, sumisas, sentadas en las frágiles sillas doradas, cediendo a las demandas insistentes, después de esas escenas corteses y ridículas que se producen en semejantes ocasiones—, posando pues frente al objetivo, mirándolo fijamente (Marie) con sus ojos azules más claros aún que los de su hermano, como desleídos, con algo a la vez afable, infantil e intratable en el rostro. Tal vez había algo más que sus edades, sus manos rudas, callosas, sus caras serias y apacibles, que hacía que su presencia en el grupo resultara insólita, inquietante, algo había, en esta presencia discreta, borrosa y terrible, que Sabine sintió, algo que sentiría cada vez que, en el futuro, se encontrara ante ellas en el curso de los años que iban a seguir, y a lo cual cuarenta años más tarde no había conseguido todavía habituarse, haciendo nacer en sus ojos, cada vez que los mirara —o la miraran, como ese día cuarenta años más tarde, en que las dos cuñadas estuvieron sentadas bajo el castaño, conversando en la apacible languidez de una tarde de verano—, esa misma expresión turbada, desconcertada, perpleja y soñadora.

Y ahora, desde hacía cinco días, Marie yacía en la penumbra sofocante de la habitación donde progresaba insensiblemente la T del sol: en trance de morir, o mejor de desecarse, de momificarse viva, por así decirlo, la cara que se podía ya reconocer en la vieja fotografía caída ahora hacia atrás, inmóvil sobre la almohada, impregnándose de hora en hora de esa majestad, ese decantamiento, depurándose, solemne y terrible, mientras se elevaba regularmente en la casa (llegando incluso al exterior a través de los muros, las persianas cerradas) ese sonido sin nada de humano ya, ese estertor formidable, como un fuelle de fragua, monótono, obsesivo y cadencioso. Y eso no se había producido, como había imaginado Sabine, en plena primavera, la estación difícil para los viejos. Era casi el otoño, los últimos días del verano, y el hecho no se produjo tampoco del modo habitual, esperado (es decir, progresivo: sucesivamente los primeros malestares, las quejas, después la cama, la agravación del mal y la agonía), sino (como si hasta el final, o por lo menos mientras ella estuvo en posesión de su conciencia, se hubiera empeñado —voluntariamente o no— en esa reserva, esa distancia, esa impenetrabilidad sonriente y granítica), sino de la siguiente manera: Julien, el sirviente, volviendo de hacer sus encargos en el pueblo con el coche, la vio al pasar, sentada bajo el castaño en el mismo sillón de mimbre que, en diez años, se había convertido en su asiento favorito, y donde, cuando hacía buen tiempo, tenía la costumbre de sentarse al volver de sus paseos, y más tarde, cuando Julien salió para lavar el coche y la vio sentada siempre en el mismo lugar, en este momento, un poco sorprendido, mirando con atención, encontró algo extraño en su actitud, algo que no era habitual, aparte del hecho de que desde hacía dos horas no se hubiera movido de lugar, se acercó entonces, y, a medida que se iba aproximando, caminando cada vez más aprisa, después corriendo, y, al llegar a un metro de ella, se inmovilizó al verla sentada, por primera vez en su vida, como torcida, y, más que torcida, como quebrada, dijo él más tarde, una muñequita negra y rota, la cabeza caída de costado, a pesar de que el sombrero estaba bien colocado y no se advertía ningún desorden, salvo en el suelo, al pie del sillón, bajo la vieja mano arrugada y amarillenta que pendía al final de un brazo, unas frágiles flores del campo esparcidas.

«¡Cómo si esto pudiera durar indefinidamente!, dijo el doctor. ¿Qué quiere usted? Es inevitable

que eso se detenga un momento u otro, el...

—Pero, dijo Louise, no habrá alguna inyección, alguna cosa que...

—¿Alguna cosa, qué?, dijo el doctor. ¿Usted quiere que yo le ponga una inyección para levantarle el corazón? ¿Qué se logrará con eso?» El médico tenía el aspecto de una bola, vivo, rápido, con pequeños brazos cortos, y hablaba con voz chillona: «Estos viejos, dijo él. Yo los aprecio mucho. Pero, ¿qué quiere usted?» (acercándose nuevamente al lecho, levantando brutalmente con el pulgar el párpado, para descubrir el ojo azul, acuoso, muerto; después, dejando caer bruscamente el párpado y la cabeza (le habían quitado la peluca y ahora se parecía a un hombre, con sus escasos cabellos estirados hacia atrás, pegados sobre el cráneo huesudo, como si de pronto la hubieran desnudado y más que desnudado: rapado, despellejado), diciendo una y otra vez con la misma voz chillona, timbrada, alegre, aguda:) «Ella ni siquiera nos ve, ¿comprende usted? No, no se alarme, tampoco puede oírnos...», agachándose y gritándole en el oído: «¿Verdad, señorita? ¿Me oye usted? Usted no me oye, ¿verdad?», levantándose, volviéndose, triunfante, sonriente, diciendo: «¿Lo ve usted?

—Pero, sin embargo, ¡ella vive!, dijo Louise. Ella...

—Ya que usted se empeña, dijo él, yo no tengo inconveniente...» (disponiéndose a abrir su maletín, preparando la jeringa, volviéndose hacia la ventana —que no estaba todavía cerrada como lo estaría en los días siguientes, abierta de par en par, dejando entrar a raudales la luz, la ensordecedora algarabía de los gorriones en el bosquecito de bambúes (como esos mágicos e irreales bosquecitos ofrecidos como regalo por algún príncipe de las Mil y Una Noches, habitados por pájaros que trinan discordantes: la exuberante, chillona y loca explosión de la vida)—, manteniendo un instante la jeringa levantada, vertical, a contraluz, hasta que algunas irisadas burbujas se formaron en ella, estallando en el extremo de la aguja, dirigiéndose entonces hacia el lecho (ella, Louise, alejándose, cruzando junto a él, yendo a cerrar los postigos: y es, de repente, como si un muro se hubiera interpuesto, rechazando, alejando el ruido, los gritos de los pájaros, a un último plano lejano, y quedando, en su lugar, esa respiración difícil que escapaba de la bola de hueso, de marfil, sobre la almohada), y el doctor alzándose casi en seguida, dejando caer las sábanas, secando la aguja con el algodón, observándola y diciendo): «Hecho. Pero usted ya sabe...»

Y Luisa: «Pero, ¿qué es lo que debo hacer?

—¿Hacer? ¿Qué quiere usted hacer?

—Pero...

—¿Se refiere usted a su suegro?

—También a eso. Pero ella...

—¿Dónde están?

—En Vichy. Cree usted que yo debo...

—Si usted debe... Pero, Santo Cielo, ¿qué es lo que usted está imaginando? Que ella se va a recuperar, que ella... ¿Cómo? ¿No le estoy diciendo que no oye nada, que es como un pedazo de...? Mire, usted, ¿sabe adonde telefonear?

—Sí.

—Entonces llame inmediatamente para que tomen el primer tren, porque...

—Pero...

—¡El primer tren!» (pero ella no le oía, mirando el rostro caído en la almohada, la cabeza amarillenta que sobresalía de las sábanas, esa austera cabeza de hombre con el maxilar pronunciado, o mejor dicho, no más de hombre que de mujer: no precisamente un tercer sexo, sino esa entidad asexuada que se evoca cuando uno dice «el hombre», la palabra empleada en su sentido lato, incluyendo a los dos sexos, después ella sintió el olor del tabaco rubio —el doctor buscando con los ojos un cenicero, no encontrándolo, dirigiéndose a la ventana: y de nuevo el piar agudo y múltiple de los gorriones irrumpiendo en la habitación, llenándola, y, a través del piar, la voz del doctor habiéndole, tratando de explicarle que no había nada, pero que desgraciadamente los doctores eran los únicos que podían saberlo, y tal vez los policías, que se ponían indiferentemente al servicio de

los regímenes políticos sucesivos, y tal vez también las prostitutas, pero que, desgraciadamente para ella, Louise no era una prostituta, porque, si lo hubiera sido, habría sabido que no había nada, acaso ella todavía no había visto nunca morir a nadie—, en la cara arrugada los ojos abiertos parecían algo líquido, con un azul ahora casi blanco, como si de un momento a otro fueran a derramarse fuera de los párpados, y sin embargo mirándola, pero el doctor dijo que ella no podía verla, que ya no veía nada, no oía nada, es decir (dejó escapar su risita aguda y agria), que por fin veía y oía la verdad, Louise mirando siempre la cara, esa boca estirada en una especie de rictus que nunca había visto en ella —pero el doctor dijo que era el lado correspondiente a la parte del cerebro que ya no estaba irrigada—, dándole una expresión burlona, sarcástica, como si ella se hubiera replegado al interior de sí misma, se hubiera retirado, dejando en la superficie ese rostro socarrón, burlón, como una capa superficial de carne impermeable, impenetrable, y el doctor diciendo): «Después de todo, ella no es nada suyo.

—No.

—Es solamente la tía de Georges, no la suya. Y en definitiva, ¿él dónde está?»

Y ella, sin responderle, mirando siempre esa cosa sobre la almohada, esa hueca bola de hueso, diciendo por fin: «No sé, creo que no tardará en volver.»

Y el doctor: «¿Pronto?»

Y ella: «Sí.»

Y el doctor: «Usted sabe que volvió a perder anoche... Ahora está jugando a base de su palabra... Usted debería impedirlo. Yo no quiero decirle las cantidades que debe Pero sólo a mí.,.»

Y ella: «Entonces, no me lo diga.»

Y él, tirando el cigarrillo, apenas empezado, por la ventana abierta, sacando de nuevo el paquete rojo de Craven, acercándose a ella, ofreciéndole uno, diciéndole: «¿No?», y de nuevo el olor, el aroma del tabaco rubio, la mano regordeta del doctor con sus uñas cuidadas agitando el fósforo para apagarlo, lanzándolo luego por la ventana para que fuera a juntarse con el primer cigarrillo, como si esta sucesión de gestos no tuviera otra finalidad que concederle a ella un respiro, y la voz, después de un carraspeo dubitativo, diciendo por fin: «Escúcheme, si él continúa va a tener un disgusto serio... Santo Dios, ¿qué es lo que huele así, está usted haciendo mermelada?»

Y ella: «No, son las peras.»

Y él: «¿Las peras?»

Y ella: «Sí, las peras.»

Y él: «Es cierto, lo había olvidado, que se pudren sin madurar, ¿verdad? Nunca pudo coger ni una que estuviera madura, caen antes, ¿no? Diez hectáreas desperdiciadas en eso, sin contar... Santo Cielo, pero, ¿por qué no arranca los perales? Será qué... Escuche, le estoy hablando como un amigo, va a tener muchos disgustos, todo el mundo no va a tener mi paciencia, usted bien sabe que yo no voy a exigirle, a reclamarle, pero, en fin, yo no soy el único... Los otros...»

Y ella: «¿Qué quiere usted que yo haga?»

Y él (ahora están los dos cerca de la ventana abierta al atardecer, por donde llega, entra, el atardecer —ella lo ha visto, se ha dado cuenta porque la llama de la última cerilla ha lanzado un resplandor: no es la noche, ni siquiera el crepúsculo, sino esa hora en que la llama de una cerilla lucha contra luz en igualdad de condiciones—, y siempre el ensordecedor piar de los gorriones y, exhalándose con el calor del día, de la tierra recalentada, ascendiendo con el aire, desde el pie de la colina, el olor inconfundible de las peras caídas, de las peras que se pudren a millares sobre la tierra tibia, y, con un gesto de cabeza, el doctor muestra a la agonizante, la cabeza cada vez más en sombras sobre la almohada, las sábanas que parecen restituir, como la tierra, el calor, la luz acumulada durante el día, fosforescente en el fondo de la habitación que es invadida lentamente por las sombras, y ella puede ver la gruesa vena azul negruzca que se ramifica, echa sus raíces en la sien amarillenta, el cráneo también amarillento, a través de los ralos cabellos, estirados hacia atrás como los de una colegiala, la forma desnuda del cráneo como... como... «una caja», piensa ella, «eso es: una simple caja de hueso...», y le llega la voz aguda del doctor diciendo): «¿Cree usted que ella le

dejará algo? En tal caso, ¡debería aprovechar para pagar las deudas y quedarse tranquilo! Pero, ¿acaso no ha sacado ya de ella todo lo que ha podido?, de ella como de su madre, y no era precisamente del lado de los Thomas donde estaba el dinero. Qué eran unos campesinos, ¿verdad? La gran fortuna era...»

Y ella: «Sí.»

Y él: «Yo me pregunto qué la trajo a usted aquí, qué pudo venir a hacer en una familia semejante, que se casara con Georges es algo que nunca he podido explicarme... Usted sabe que es encantadora, yo...»

Y ella: «Tengo que ir a telefonear...»

Y él: «Nunca se lo había dicho, usted es encantadora, no está en mi modo de ser hacer estas declaraciones... Cuando se ejerce un oficio como el mío, esas cosas, porque no hay nada, comprende usted, nada, cuando uno ha visto morir a suficiente gente, se da cuenta de que no hay nada, todas las desgracias que pueden sucederte, lo que se puede ver desfilar por un hospital... Creo que tengo una de esas porquerías en el corazón, una taqui... Pero qué más da, usted es encantadora, debe de tener unos senos encantadores, estoy seguro de que... Lástima que yo no sea su médico. ¿Quién es su médico? Usted debería pasar por mi consultorio, las mujeres tienen siempre algo que no anda bien, y usted...»

Y ella: «Seguro, pero, entretanto, debo ir a llamar por teléfono...»

Y él: «Naturalmente, no es una declaración formal, los dos sabemos demasiado de la vida, esto la haría morirse de risa, supongo, por tanto...»

Y ella: «Sí, es muy gracioso, de todos modos, es muy gracioso... Pero ahora tengo que ir a llamar por teléfono...»

Y él: «No se enfade, he tentado mi suerte, la estimo demasiado para creer que debí haberle hecho uno de esos tipos de declaración...»

Y ella: «Sin duda, pero...»

Y él: «Oh, si es por ella, no se preocupe, no nos oye, no puede ni siquiera reconocernos, y aunque...»

Y ella: «¿Me permite ir a telefonear?»

Y él: «Piense en esto, usted es encantadora...»

Y ella: «Muchas gracias, es por aquí...»

Y él: «Y venga a verme a mi consultorio, soy muy buen médico, ya verá, las mujeres siempre tienen, no hay ninguna mujer que no tenga...»

Y ella: «Sin duda, por aquí...»

Y él: «Usted se ha enfadado...»

Y ella: «No, ¿por qué? ¿Cuánto le debe Georges exactamente?»

Y él: «Usted no irá a pensar que ni por un momento yo...»

Y ella: «Claro que no. ¿Cuánto?...»

Y él: «Escúcheme...»

Y ella: «¿Cuánto?»

Y él: «Escúcheme, usted no puede creer de verdad que yo...»

Y ella: «¿Cuánto?»

Y él: «Me voy, tengo que ver todavía no sé cuántos enfermos y estoy agotado... Le voy a enviar una enfermera, pero usted hace mal en tomarse las cosas así, soy su amigo, quisiera...»

Y ella: «No, por esa puerta no, por aquélla, sí, hasta la vista.»

Ella le oyó bajar la escalera, de pie en el rellano, ya casi completamente a oscuras, tratando de dominarse, y permaneciendo allí, incluso después de oír cerrarse la puerta del coche y arrancar a éste, haciendo saltar la grava del camino, y después alejándose por la carretera, y aun transcurridos unos instantes no había conseguido dejar de temblar, temblando de cólera en la oscuridad, y, sin mirar, su mano, de un golpe, barrió el mármol de la consola, la mancha blanca, imprecisa, un florero yendo a estrellarse contra el suelo, y ella siguió todavía de pie en el mismo lugar, temblando

aún, hasta que unos momentos después sintió la quemadura en el dedo, y al mismo tiempo se encendió, abajo, la luz, y Julien la llamó: «¿Señora?»

Y ella sin responder, y Julien de nuevo llamándola: «¿Señora?», mientras empezaba a subir las escaleras, la cabeza echada hacia atrás, tratando de ver hacia arriba, y ella: «He tirado el jarrón de la consola al pasar. Suba a recogerlo.»

Pero alrededor de su mano el pañuelo estaba ya empapado en sangre y tuvo que ir a su habitación a coger otro, y cuando acabó de telefonear también éste estaba empapado, y sólo entonces se echó a reír, silenciosamente, sin ruido, sola en la oscuridad, al lado del teléfono colgado, diciendo: «Mira, ahora podría llamar al doctor...»

No pudieron tomar el tren aquella noche y llegaron dos días después, es decir, que Louise vio llegar el coche vacío de la estación, y casi en seguida sonó el teléfono, y un poco más tarde estaban los tres (ella, Georges y Julien) en el automóvil que rodaba por la carretera de Pau, sin que ninguno de los tres hablara, no por la presencia del criado, ni, en lo que se refería a él, por deferencia o discreción, o, por parte de los dos hombres —pues se había establecido sin duda entre ellos, después de los veinte años que Julien llevaba en la casa, cierta intimidad, o por lo menos cierta confianza, una complicidad mayor que entre Georges y Louise—, por desconfianza o incomodidad ante la mujer, sino tal vez simplemente a causa de que eran tres: puesto que sólo cuando hay más de dos personas cesa la soledad, es decir, la libertad (cada uno de ellos hubiera podido decir probablemente sin contenerse lo que pensaba a cada uno de los otros dos tomados por separado, pero no reunidos), o tal vez, más simplemente aún, porque no tenían nada que decirse, al menos que les pareciera de cierto interés, ya fueran dos o tres: y también allí (en la habitación de un hotel delante de la estación, donde penetraron una hora más tarde) las persianas estaban cerradas, de tal modo que Louise podía tener la sensación de no haber salido prácticamente de la casa, haber pasado simplemente de una habitación a otra (apenas, entre las dos, como entrevisto entre dos puertas en un halo irreal, un irreal y cegador derroche de luz, el desfile de los campos, la tierra plana corriendo a uno y otro lado de la carretera, con sus labradores sorprendidos aquí y allá, inmóviles, petrificados en sus posturas de eterno trabajo, arrastrados, aspirados, desapareciendo a una velocidad fulminante, los setos, las cortinas de árboles corridas una tras otra, juntándose, superponiéndose, hasta que la luz pareció estallar, fraccionarse en una multitud de planos, de diedros, de facetas, de muros, y absorberlos): dos habitaciones cerradas, dos silencios, y también aquí había un reloj de péndulo sobre la chimenea, parado, es cierto, probablemente incluso estropeado, figurando allí simplemente como un recuerdo, importando poco por otra parte la posición de sus manecillas en la esfera, como si lo esencial fuera que hubiera una esfera y unas manecillas; es decir, la idea de un circuito cerrado sobre sí mismo e incansablemente recorrido, la esfera aquí no se encontraba en el centro de un cenotafio marmóreo, sino colocada al costado de un zócalo que sostenía una pastora con cayado, vestida con un amplio traje de metal dorado, sentada, o mejor dicho recostada, graciosamente apoyada en la caja que encerraba el mecanismo, y todo —zócalo, traje, cayado, peinado y actitud— en ese estilo rococó y empolvado, como si decididamente todos los relojes de péndulo hubieran sido fabricados en serie por ese mismo siglo filosófico, mórbido y adornado de lazos para la decoración casandresca de los salones y las habitaciones de hotel (donde no es necesario nunca saber la hora —puesto que el conserje nos despertará—, sino tener constantemente presente en el espíritu la conciencia del tiempo que discurre, y, en los hoteles que, como éste, se encuentran cerca de una estación, ese pasar del tiempo adquiere un carácter solemne, por el hecho de no estar allí contabilizado, roído por minúsculos engranajes, sino marcado por el lento desplazamiento de las manecillas monumentales y luminosas suspendidas en la noche en el frontón o en la torre de la estación, llenando por entero el rectángulo de la ventana, confiriendo, con la ayuda de la noche, un carácter monumental a ese tiempo que transcurre, negro, denso, en un incesante y catastrófico estrépito de topes que entrechocan, de fragores, de pitidos, como si estuviera hecho de una materia tan dura como el metal, capaz de triturar y de destruir; oyendo pues al tiempo gemir, golpear, avanzar sin tregua en la oscuridad (y, en los instantes de silencio,

lúgubremente subrayado por los lejanos y esporádicos mugidos de bueyes olvidados en un apartadero), mientras el lúgubre y frívolo reloj Luis XV descompuesto para siempre, con las manecillas inmovilizadas para siempre, y la fatídica y ciclópea esfera luminosa llenando toda la ventana como una especie de astro mirón, se encuentran allí para imprimir con insistencia en el espíritu del viajero o de los amantes clandestinos esa furiosa y anhelante ansiedad de lo provisional, de lo limitado, confiriendo aún al placer su carácter trágico, que consiste en tener, antes o después, un final), y, a medida que los tres entraban en la habitación, Louise mirando a la fútil pastora, contable engalanada del placer, acodada en el tiempo descompuesto, los pliegues de su falda dorada reluciendo en la penumbra, después el lecho, la almohada donde reposaba ahora, no el cráneo desnudo, patético, la simple caja de hueso, sino, bajo la cabellera llameante o más bien anaranjada, el rostro pintado de Sabine (donde quizá la sombra azul-negra alrededor de los ojos era esta vez natural y no artificial, pero la costumbre de verlo pintado hacía pensar en un afeite) y, al lado de la cama, el hombretón, inmovilizado en la posición en que se encontraba cuando ellos habían llamado a la puerta, de pie, en mangas de camisa y con tirantes, con su vientre monstruoso e informe delante de sí, o mejor dicho, adelantándose a él como una cosa ajena, y, en las manos, la compresa fresca —una toalla doblada, mojada en el lavabo y escurrida— que se disponía a ponerle en la frente, mirándolos a los tres con sus ojos desteñidos, embotados (como los de una persona que leyera o releyera nombres, palabras perfectamente conocidas, pero sin encontrar o mejor dicho sin esperar el menor significado), únicamente impregnado de una especie de indecible y desoladora fatiga (¿o exasperación, o resignación?), por el ruido que hicieron, la cabeza que yacía sobre la almohada alzando los párpados azulados, pero sin moverse, deteniéndose casi en seguida, dejando filtrar apenas por una mínima ranura (como si abrir del todo los ojos fuese superior a sus fuerzas) una mirada moribunda, más allá de las lágrimas, de la desesperación, y entonces sin duda uno de ellos debió preguntar:

«¿Cómo ha sucedido?» (o tal vez nadie, ninguno de ellos, sino solamente sus caras, o tal vez incluso ella no había esperado, se había puesto a hablar —a gemir— desde el preciso momento en que oyó que abrían la puerta), porque ellos estaban ahora oyendo a la vieja señora, esa vieja reina de tragedia, pintada, maquillada y flameante, acostada en su cama de ceremonial, la voz también moribunda, desolada, blanca, baja, apenas audible, como si el aliento que la transportaba debiera ser cada vez el último, o tal vez como esas voces que han llorado tanto que llegan a tener ese registro suave, más allá de los gritos, de las imprecaciones, de las inflexiones trágicas, apacibles, demasiado apacibles, explicando con una especie de distanciamiento cómo ese sombrero en el cual, cada vez que viajaba, escondía (por precaución contra los posibles ladrones de coches-camas) sus joyas, se había volcado dejando caer su contenido de esmeraldas, de diamantes y de perlas en el lavabo, donde todo había desaparecido por el caño de desagüe, y mientras hablaba ella hizo un gesto, levantó la mano, y el hombre gordo se inclinó, colocó con grandes precauciones la toalla húmeda sobre su frente, el brazo de piel grisácea que reposaba sobre el lecho se levantó, la mano doliente se ajustó la compresa, las cinco uñas rojas se destacaron sangrientas sobre las sábanas blancas, después la mano bajó, con el mismo ritmo cansado, doliente, pero implacable, desplazándose con seguridad sobre la sábana, cogiendo alguna cosa, levantándola, y fue entonces cuando vieron el mapa.

Ella (la vieja reina) se incorporó apoyada en los codos y acomodó su almohada, diciendo: «Vengan a ver...», diciendo: «Julien, mira...», volviendo a decir: «Debe ser más o menos por aquí...», la uña roja indicando, subrayando con un trazo hendido en el papel un punto preciso del mapa: y, cuando ellos se inclinaron, pudieron ver que era nuevo y pensaron: «Ha tenido pues suficiente presencia de ánimo para ver el lugar, para tomar nota, y enviar en seguida a comprar ese mapa, después de su llegada, y todo esto a pesar de las lágrimas, el desmayo, la jaqueca, y no solamente la jaqueca, sino también...» Y cada uno de ellos tratando de identificar el olor, lanzando miradas furtivas a su alrededor hasta que comprendieron: no había vasitos, sino dos tazas en la bandeja del desayuno colocada todavía al lado de la cama, y en el fondo de una de ellas las migas mojadas de pan o de cruasán, pero en la otra el resto de un líquido dorado, amarillo, limpio, y por

otra parte no tenían necesidad de husmear mucho, porque al inclinarse un poco Louise la vio, apenas disimulada detrás de un vestido, en el estante inferior de la mesilla de noche: una de esas botellas chatas, de bolsillo, con su etiqueta azul y tres estrellas blancas (y el líquido del interior consumido en sus tres cuartas partes), que había sido comprada sin duda por el mozo del piso, junto con el mapa y el tubo de aspirinas, y por el mismo motivo, ya que el coñac y el mapa fueron probablemente más necesarios y sin duda más eficaces que la aspirina y las compresas, uno y otro, uno completado por el otro, eran los únicos capaces de insuflarle esa indomable y victoriosa certidumbre (o inconsciencia) que poseen los locos o los borrachos, y que en este momento le permitía explicar fríamente a los tres hombres lo que iban a tener que hacer (es decir, tomar el tren en sentido inverso hasta la estación más cercana al lugar donde era de suponer las joyas se habían desparramado entre las vías, contratar todos los voluntarios que pudieran en el pueblo vecino y recorrer metro a metro el balasto y fosas de las vías, vigilando a la vez el suelo y su equipo de hipotéticos voluntarios, de modo que ninguno de ellos pudiera ceder a la tentación de deslizar en el fondo de su bolsillo lo que hubiera encontrado), y más tarde, cuando los tres hombres se fueron, Louise (era ella la que ahora iba y venía del lavabo al lecho, empapando, escurriendo, renovando las compresas sobre la frente arrugada) oyendo siempre la misma voz tranquila, resuelta, desesperada, diciendo: «Pero no es eso. Dos millones en joyas. Bien. Se encontrarán o no se encontrarán» (y más tarde Louise se preguntaría de qué certidumbre, de qué oscura e impávida presciencia —extraída de alguna fuente que no era solamente la botella estrellada— podían proceder esa calma, esa majestuosa serenidad: puesto que las encontraron, y en el lugar que ella dijo, y todas, o casi todas, con los engarces torcidos, rotos o a veces incluso arrancados, pero las piedras estaban todas allí, con excepción de una esmeralda y algunas perlas). «Pero no es eso, no es por los dos millones en joyas que... No. ¿Sabes lo que ha hecho él allí abajo?»

Y Louise: «¿Quién?»

Y ella: «Tu suegro, Pierre. ¿Sabes lo que había hecho?... Había reservado dos habitaciones.»

Y Louise: «Pero...»

Y ella: «Dos habitaciones, diciendo que a nuestra edad descansaríamos mejor...»

Y Louise: «Pero, mamá, usted ya sabe que su tratamiento allí lo fatiga muchísimo, él...»

Y ella: «¡Le fatiga! ¿Crees que yo no estoy fatigada? ¿Crees que cuando se es marido y mujer y durante cuarenta años se ha dormido en la misma cama, tanto en la casa como en el hotel, de pronto, y sin ninguna razón, se reservan dos habitaciones en el hotel donde todos los veranos desde hace quince hemos reservado la misma...?»

Y Louise: «Pero vamos, mamá...»

Y ella: «No es la primera vez que lo intenta... Hace ya cinco años, justamente un poco antes de vuestra boda, él ya quiso, quiso instalarse en la habitación azul y que yo me quedara... Trató entonces de explicar que a nuestra edad... Recuerdo que le hablé de esto a Marie... Y, entre tú y yo, acaso ella...»

Y Louise: «El doctor...»

Y ella: «Ochenta y cuatro años, pero él tiene diez años menos que ella, y yo todavía menos, yo no soy todavía... ¿Crees que se puede decir que a nuestra edad, como él pretende, o querría hacerme creer...? Es por eso que estoy enferma, no por haber perdido mis joyas, qué pueden importarme algunas joyas... Escúchame, toda la vida me ha engañado con cualquiera, con la primera que llegara, con cualquiera de esas mujeres, esas que se dicen estudiantes que iban a sus cursos en la facultad sólo para exhibir las piernas... Toda nuestra vida no ha sido más que eso, pero yo esperaba, yo esperé, y cuando llegué a una edad en la que por fin podría, en la que cualquier mujer hubiera podido decirse: Lo he soportado todo, pero he ganado, lo he admitido todo, pero a fin de cuentas soy yo la que ha ganado, he aquí que él intenta, y justo en el momento en que su propia hermana está por morir... Acaso el doctor piensa que tendrá todavía para mucho tiempo, quiero decir que aguantará todavía mucho tiempo, esas cosas son tan penosas, si no hay nada que hacer yo me pregunto por qué obstinarse, prolongar la vida de alguien cuando se sabe que de todos modos, y si

al menos en ese caso pudiera hablarse de vida, porque, en lo que respecta a esa pobre Marie, sería mucho decir que haya vivido nunca, pobre mujer... Ahora debemos de todos modos movernos, reaccionar, no vamos a quedarnos aquí hasta que... ¿Tú podrás conducir?... No precisamente a ciento veinte como Georges, cosa que no puedo soportar, me pregunto qué placer, y además con esta jaqueca... Por favor, ayúdame, estoy cansada. Pero antes quisiera que me peinaras...» Ya era cerca del mediodía, y tuvieron que hacer en sentido inverso el trayecto que la joven había recorrido tres horas antes en compañía de Georges y del criado, encontrando de nuevo la luz resplandeciente que parecía conferir al mundo (el cielo, los prados, los árboles) como una especie de irrealidad, de incredibilidad, al salir del cuarto del hotel sumido en la penumbra, con esa cama deshecha donde la vieja de cabellos teñidos de rojo y el aliento saturado de coñac, relataba, con voz doliente y desesperada, sus eternos rencores, como una sarcástica parodia de amor, en una especie de lamento monocorde, obstinado, patético, que proseguía mientras Louise la peinaba, la ayudaba a vestirse, después cuando estuvo ya sentada a su lado, peinada, empolvada, pintada, hablando siempre con el mismo tono de mujer ultrajada, torturada, carcomida por una especie de cáncer, indiferente al verdor de los campos de septiembre que desfilaban a un lado y otro del camino, como si el cielo, los campos, los árboles no existieran, estuvieran totalmente desprovistos de realidad, de modo que sus propias palabras y ella misma, con su maquillaje, sus uñas, sus cabellos de colores violentos, parecieran (como en una película donde la banda sonora estuviera mal sincronizada con el desarrollo de las imágenes, los personajes hablando antes o después que el movimiento de sus labios, como ajenos a sus bocas, por así decirlo, ajenos a sus cuerpos), parecieran participar de esa misma irrealidad, sin duda porque lo propio de la realidad es parecemos irreal, incoherente, por el hecho de que se presenta como un permanente desafío a la lógica, al sentido común, por lo menos tal como tenemos el hábito de verlos reinar en los libros —a causa del modo en que están ordenadas las palabras, símbolos gráficos o sonoros de las cosas, los sentimientos, las pasiones desordenadas—, tanto que nos sucede a veces preguntarnos cuál de las dos realidades es la verdadera. Y, del mismo modo, más tarde, ellas estarían las dos de pie al borde del lecho, contemplando con una especie de estupor (tanto Sabine, que no la había visto todavía, como Louise, que hacía pocas horas la había dejado: porque la imaginación o la memoria —aun recién impresionadas— no funcionan en suma más que como auxiliares del organismo, trabajando para digerir, para asimilar, para hacer suyos —por anticipado, o después de sucedidos— acontecimientos y emociones, de modo —exactamente como sucede con los alimentos— que los hagan, si no provechosos, por lo menos tolerables), contemplando lo que en ese momento les parecía menos una cara humana (y menos todavía una de esas caras familiares, inofensivas, tan conocidas que uno ya no las ve) que una cosa: la máscara austera, altanera y acartonada de Ramsés II, desprovista de esa inocuidad que confieren no sólo la muerte, sino el tiempo, los siglos: impregnada, por el contrario, de una especie de violencia, cerrada, casi hostil, los ojos cerrados, como si la moribunda se concentrara en su propio interior, no en una suprema meditación, sino como habiendo llegado a esa convicción de la inutilidad de toda meditación, al mismo tiempo que de todo decoro, y por consiguiente rechazando todo lo que era ajeno (pensamientos, mundo exterior, gentes) a esa lucha, a ese cuerpo a cuerpo extenuante, que arrancaba a su frágil armazón ese estertor de gigante, formidable, indecente; y, al fin, Sabine se movió, dio media vuelta y dijo:

«¡Pobre Marie!», ya en movimiento para dejar la habitación, su mano levantándose, apartándose con gesto descorazonado, impotente, como quien aparta una mosca, para alejar de sí no se sabía qué cosa desagradable, inoportuna, la voz traicionando, más allá de la piedad, como una secreta reprobación, un secreto escándalo: futileza, indiferencia o contrariedad, sin duda excesivamente demostradas, y no tanto por los testigos (Louise y la enfermera) como por sí misma; lo que llamamos nuestros defectos y condenamos a ese título, no siendo con frecuencia otra cosa que nuestras más preciosas cualidades, es decir, lo que nos permite sobrevivir.

Y eso fue todo. Y sin duda no había nada más que hacer ni que decir, y todavía incluso menos, en todo caso en lo que concierne a las palabras. Y al día siguiente, hacia el fin de la tarde, los tres

hombres estuvieron de regreso, pero Pierre los dejó en la escalinata, mientras mostraban a Sabine el saquito de tela, como esos que usan los panaderos para vender la harina de flor, y sin duda comprado y vaciado de su contenido en el mismo lugar, en la panadería o en el mismo balasto, porque, cuando lo volcaron sobre la mesa, un poco de harina blanca cayó todavía entre las joyas, las monturas aplastadas, pero él ya no estaba allí, atravesaba de un tirón el vestíbulo, intentaba izar su enorme masa en la escalera, jadeante, peldaño a peldaño, pero sin desfallecer ni hacer altos, ni siquiera cuando hubo llegado al último, atravesando el rellano sin disminuir la marcha, empujando la puerta, deteniéndose por fin y colocándose allí, en el mismo lugar donde Sabine había estado treinta horas antes, pegada a la madera de la cama, tratando de recuperar la respiración, los dos hálitos roncos luchando por un momento en la habitación silenciosa (y, parecía, como polvorienta, como si —¿quizá debido a los minúsculos corpúsculos en suspensión que se arremolinaban lentamente en la rígida y en ese momento casi horizontal viga de sol en forma de T?—, como si se levantara cada vez, al entrar en ella, como en esas sepulturas profanadas, un invisible y furioso asalto de cenizas: huesos, ofrendas y afeites intactos después de milenios pulverizándose, volatilizándose a la entrada del intruso), hasta que fue recobrando poco a poco el aliento, dejando de nuevo lugar a esa respiración monstruosa que parecía, por voluntad de algún dios burlón y macabro, haberse asentado en esa forma humana cada vez más disminuida, cada vez más aplastada bajo las sábanas. Y eso fue todo. El no dijo siquiera «Pobre mujer», o «Pobre Marie». No dijo nada. Se quedó allí mirándola, cuando hubo recuperado el aliento, tanto rato que en cierto momento la enfermera (era una jorobada, sin edad precisa —es decir, más joven que vieja, pero sin embargo no tan joven, tal vez por su misma joroba—, que parecía pertenecer por nacimiento, por una especie de condicionamiento preuterino, a una especie, una casta, un cuerpo especial: el de las gentes que tienen como función no el curar, ni siquiera el cuidar, sino ayudar a morir: yendo de una casa a otra como la misma muerte, afable, limpia, dulce, con su bata blanca doblada en el bolso y que se ponía al entrar en el vestíbulo, su joroba, su cara sin edad, discretamente maquillada, su dulzura, su compostura y sus gestos mortales), tanto rato pues que la enfermera se movió, le acercó una silla, diciendo: «Señor...», diciendo: «Estará mejor...», pero él no parecía escucharla, ni siquiera advertir su contacto cuando ella le tocó el brazo, y entonces dejó de ocuparse de él, volvió a sentarse, para levantarse casi en seguida y acercarse a la cabecera de la cama, secar con precaución la boca, los ojos y las sienes de la cabeza masculina (o mejor dicho sin género, sin sexo), apergaminada y calva, que reposaba sobre la almohada, y, cuando ella se incorporó, vio que el hombre se alejaba, pesado, torpe, cruzando la puerta sin volver la cabeza y desapareciendo.

Y después de esto las cosas se estabilizaron, se equilibraron a partir de ese nuevo dato: jugando, cumpliendo su misión esa especie de estómago de avestruz con capacidad ilimitada, ese formidable aparato para asimilar toda situación nueva, no solamente el hombre, su conciencia, sino el todo (gentes, objetos, árboles, cielo) contenido en esta conciencia, reflejado por ella, es decir, a la vez constituyéndola y encerrándola; la modificación —o la desaparición— de uno de los elementos quedando en seguida compensada por una serie de ínfimas variaciones (contracciones o dilataciones) en cadena de las otras partes componentes, de modo que se establece, en el mismo instante, otro todo diverso, diferente en su composición, pero cuyo volumen y peso total son exactamente los mismos.

Y a lo sumo esa especie de embotamiento, de entorpecimiento, la somnolencia de la boa: vibrando dulcemente en la lánguida luz de septiembre, los árboles manteniéndose inmóviles, brillantes, majestuosos, y el olor constante de las peras suspendido, las nubes lentas, los lentos días sucediéndose, pasando, englobando follajes, colinas, y la casa en lo alto de la colina, la fachada clara que destacaba entre la fronda, inexpresiva, enigmática, como si también ella participara de esa pesadez, la vida (puesto que está habitada, ya que la mayor parte de las persianas están abiertas y se puede ver las cortinas que adornan las ventanas) manifestándose sólo por raras, esporádicas, insignificantes y breves apariciones, tan minúsculas en el tiempo y en el espacio (como en los jardines de esas residencias donde vive algún hombre de Estado enfermo o caído, alguna reina

repudiada, residencias espiadas día y noche, por una legión de periodistas rivales, encaramados en los tejados de las casas vecinas alquiladas a precio de oro, y provistos de cámaras con objetivos telescópicos que valen más que su peso en oro, y todo por unos clisés borrosos desmesuradamente ampliados para ocupar la primera página de un periódico o una revista, donde una flecha indica una irrisoria e insignificante silueta de contornos inciertos, apoyada en un bastón o sorprendida furtivamente entre dos setos), tan minúsculas que parecían acusar aún la enorme desproporción entre nuestras acciones y la inmensidad en cuyo seno se ahogan (del mismo modo que, en la noche, podemos ver, desde el otro lado de la calle, una habitación que sabemos habitada, puesto que la electricidad está encendida, pero cuyo ocupante —y a veces sólo una fracción de su cuerpo— sólo es visible un instante, mientras el resto del tiempo aparece únicamente el decorado vacío, vacante, disponible, como si esperara la entrada de unos actores que no llegan nunca, y que, incluso cuando sí llegan, se demoran, se detienen en el campo de nuestra mirada, lejos de resolver el misterio, lo espesan todavía más, incapaces como somos, a causa del alejamiento, de completar sus acciones, o más bien de remediar la ausencia de esas acciones con los comentarios de sus voces, incapaces incluso las más de las veces de ver moverse sus labios, rígidos ellos en su inmovilidad (una espalda de mujer interminablemente en pie ante el lavadero, un hombre leyendo un periódico cuyas páginas vuelve sólo a largos intervalos, o tal vez sentado, sin moverse, delante de una mesa, absorto enteramente en alguna tarea minúscula —¿escribir, contar?— a la vez enigmática y angustiosa, probablemente porque la gesticulación de los actores, el ruido tranquilizador de las voces o la animación de la calle nos han habituado a confundir vida y movimiento): detrás, pues, del macizo de flores de cálidos colores (rojas, amarillas, ocres y anaranjadas), la fachada blanca, desierta, y sólo el perezoso balanceo de la sombra que proyecta la rama del gran cedro, y tal vez, en cierto momento, una escoba o un plumero aparece en una de las ventanas del primer piso, es sacudido, desaparece, sin que hayas podido ver mucho más que la mano —y tal vez el antebrazo— que lo sostiene, y a continuación, de nuevo un largo lapso en que nada se mueve, salvo la sombra de la rama que se retrae insensiblemente, y tal vez, más tarde, una mujer con una sombrilla —¿Sabine?— apareciendo en la escalinata, hablando a alguien detrás de ella y que no vemos, en el interior de la casa, y que, siempre invisible, cierra la puerta vidriera, el sol brillando una fracción de segundo en los cristales de nuevo oscuros un instante después, mientras Sabine desciende los peldaños, pasa a lo largo de la fachada, desaparece, y casi en seguida el ruido —pero sólo el ruido— del coche arrancando, disminuyendo la velocidad antes de entrar en la carretera, acelerando de nuevo, aminorando, apagándose, y más tarde aún —la sombra de la rama de cedro ya no toca la fachada— la forma pesada y lenta de un hombre —¿Pierre?— franqueando la misma puerta acristalada, bajando a su vez los mismos peldaños, pero girando a la derecha, dirigiéndose penosamente, un montón de papeles en la mano, a través del césped, hacia el quiosco de vidrios multicolores (verde, rojo, violeta, amarillo) que se vislumbra al final de la alameda de robles, y más tarde todavía (durante este tiempo la sombra punteada del tilo, más transparente que la del cedro, ha alcanzado casi la primera ventana del lado izquierdo, el sol jugando a través de ella como a través de un tamiz cuyos agujeros se abrieran y se cerraran sin cesar, poniendo y borrando sin tregua los lunares luminosos) de nuevo el ruido del automóvil surgiendo (y por el hecho de que uno no puede, desde lejos, distinguir a sus ocupantes, pareciendo moverse, girar, pararse por sí solo, dotado de una vida —si ésta se prejuzga por el movimiento— propia, sus dos ocupantes, si pudiéramos verlos, no manifestando ninguna actividad aparente, porque están sentados, inmóviles —incluso el chófer con movimientos de una amplitud ínfima en relación con la velocidad, con los cambios de dirección del coche— hasta que hace su aparición una pierna, después el cuerpo entero, fuera de la carrocería), la misma mujer —Sabine— dirigiéndose a la escalinata (y sólo cuando ha recorrido ya unos metros nos llega, desfasado, el ruido de la portezuela del automóvil al cerrarse tras ella), el chófer —¿el criado?— desapareciendo, en el mismo momento, por un extremo de la casa, el coche negro y reluciente quedando allí, como abandonado, olvidado, entre el macizo de zinnias y la fachada, mientras la sombra (las parpadeantes pastillas luminosas encendiéndose y apagándose sin cesar)

tiene tiempo de deslizarse bajo las ventanas del primer piso, desaparece a su vez, la fachada queda de nuevo desnuda, blanca y virgen, cuando se despliega el arco iris brillante (amarillo, verde, índigo y un tenue rojo) a través de la centelleante cortina de gotitas que caen en forma de lluvia desde la manguera de riego, el criado en delantal azul y con las mangas arremangadas lavando el automóvil a fondo, después el arco iris borrándose, el criado quedándose ahora un buen rato agachado (sin que se vea moverse otra cosa que su codo derecho en un gesto regular de vaivén que produce una ligera oscilación de sus hombros) sobre los cromados, y cuando se aleja por fin, tres o cuatro haces de agujas luminosas brillan en los parachoques, y durante todo ese tiempo (¿una, dos, tres horas?, después de que la sombra del cedro haya desaparecido, un brazo haya sacudido la escoba, Sabine haya partido para la ciudad, Pierre se haya alejado hacia el quiosco, haya vuelto el automóvil y el criado lo haya lavado) las persianas de la tercera ventana del primer piso han estado cerradas o casi cerradas, en una posición que deja pasar (dibujada por el intervalo entre sus bordes internos y el de sus bordes superiores y el marco de la ventana) la T de sol reptando lentamente a través de la habitación, reptiliana, paciente, inmaterial, quebrándose en escalones, fraccionándose, reconstruyéndose a medida que pasa de un mueble a otro, hasta que muere finalmente por la tarde, o mejor se desvanece, simplemente, sin dejar de existir, de nuevo presente a la siguiente mañana, implacable, especie de Mane, Thecel, Phares trazado por un dedo de fuego: al principio un punto, después otro, después los dos creciendo, uniéndose, dibujando un trazo, después ese trazo mismo tomando forma mientras sus contornos se precisan, uno de sus extremos afilado en punta mientras que la base se ensancha, se alarga y surge de ella la rama vertical que viene a chocar contra el respaldo del sillón donde dormita la jorobada (como en esos compartimientos de tren donde el viajero extenuado, todavía adormecido, pasa y repasa sobre su rostro la mano tratando de apartar, no tanto la luz, como esa cosa tibia y viscosa que parece pegada a su piel, y abriendo por último los ojos, cerrándolos, cegado, volviendo a abrirlos, descubriendo, todavía muy bajo en el horizonte, el sol, delante del cual corren los sucesivos planos de árboles animados de velocidades diferentes, desde los más próximos a las vías que huyen, indistintos, en una cortina hecha girones, hasta los más lejanos, casi inmóviles, y, entre ellos, yuxtapuestos, derivando paralelamente al rebasarse, bosquecillos y setos, archipiélagos arrastrados en una especie de inmenso y lento cataclismo sobre la tierra líquida y desconocida: y de pronto esa terrorífica revelación de que él (el viajero) ha franqueado el umbral de un nuevo día, tanto más vertiginosamente cuanto que en el interior del compartimiento, aparte del monótono y ligero balanceo de la etiqueta prendida de una maleta o del nivel del líquido de una botella, todo —y él mismo en esa posición pasiva, en cierto modo fetal, que por instinto ha reencontrado en su difícil sueño: el cuerpo dolorosamente encogido a un extremo de la banqueta como por cierta nostalgia del seno materno, de protección, de inacción—, tanto más, pues, cuanto que todo concurre a reforzar esa apacible e ilusoria sensación de inmovilidad o más bien de inmutabilidad buscada en el vientre del sueño, de modo que, al contrario de esos viajeros de relatos de anticipación llevados en la calma interior de un cohete lanzado a una velocidad superior a la de la luz y que tendrían el privilegio de remontar el curso del tiempo o por lo menos frenarlo, comprende de pronto con una especie de agrio desgarramiento, de impotente y fulgurante desesperación (a la vez que contempla con mirada triste cómo huyen colinas, casas, bosques, campos, campanarios, castillos y parques navegando a la deriva), que no es precisamente el tren quien durante la noche falsamente protectora lo ha llevado de un lugar a otro, y que se ha acercado menos a nuevas orillas y a nuevos horizontes que a su propia destrucción), la jorobada, pues, abriendo entonces los ojos («Pero yo no duermo en realidad, sabe usted: es cuestión de costumbre... No, tampoco duermo durante el día, no tengo necesidad, y de noche, en mi sillón, no duermo de verdad, aunque descanse como si durmiera...», y sin duda ella decía la verdad, semejante, con su rostro ligeramente maquillado, su voz dulce, su vigilante cuidado, a una especie de personaje mitológico como aquel que poseía precisamente un cuerpo cubierto de ojos, de modo que algunos de ellos estaban siempre abiertos y podía adormilarse sin dejar de vigilar a la blanca becerra, con la diferencia de que aquí, en esta habitación, los ojos invisibles de que ella está provista espían durante

su sueño, no a la amante de un dios, sino, como una vieja y familiar conocida, el avance de la muerte), volviendo a encontrar frente a ella, exactamente en el mismo lugar sobre la almohada, el cráneo desnudo, la mano descarnada y amarillenta —la pata de pollo— yendo y viniendo sin cesar, deshaciendo interminablemente los pliegues imaginarios de la sábana sobre un pecho liso como el de un hombre, como si a medida que va tomando posesión de este cuerpo, la muerte tuviera como efecto (a la manera de esos especialistas que, en América, se dedican a despersonalizar a los muertos, llevándolos a laboratorios especiales, de donde los sacan, después del tratamiento, sonrientes, maquillados, e inhumanos) desexuarla, la voz misma, cuando ellas la oyeron (al tercer o cuarto día, una mañana, y Louise conversando con la enfermera que se disponía a irse), ronca, o más bien rocosa, asexuada ella también, como si perteneciera a una de esas criaturas imaginarias, ni hombre ni mujer, algún cíclope enronquecido, la enfermera y Louise sobresaltadas (era la primera vez después de llevarla allí que ella hablaba, o más bien, parecía querer hablar), volviéndose con un mismo movimiento, encontrando la mirada de dos ojos ahora muy abiertos, fijos en ellas, o mejor en Louise, y la mano no yendo y viniendo sobre la sábana, sino levantada, inmóvil, como una especie de cetro, y de nuevo se dejó oír esa especie de gruñido cavernoso y la jorobada (que, sin duda, además de poseer esa capacidad de velar a los moribundos mientras dormía, poseía también la de comprenderlos, poderse comunicar con ellos, incluso sin el auxilio de las palabras: en cierto modo como a la manera de un médium, a caballo entre dos mundos, el vivo y el inanimado, como una especie de intérprete bilingüe capaz de traducir un lenguaje que ninguna otra persona podía entender, o, con mayor frecuencia, no realmente un lenguaje, diciendo por ejemplo: «Ahora está bien, quiere que la dejemos tranquila», o: «Ahora quiere beber», sin que el más imperceptible cambio de expresión —al menos a los ojos de un profano— hubiera modificado esa máscara de pergamino), diciendo: «Ella la llama», y Louise: «¿A mí?», y la jorobada, «Sí, vea», y Louise: «¿Yo?», y la jorobada: «La cómoda. Quiere que coja algo que está en la cómoda», y Louise: «¿Yo?», y la jorobada: «En el cajón», y, más tarde, Louise recordaría que a partir de ese momento había dejado de oírla, actuando como si también ella estuviera dotada de ese sexto sentido, como si también fuera capaz de comprender, y ni siquiera comprender: puesto que no eran las palabras, los sonidos indistintos procedentes de la cama lo que ella percibía, sino, por decirlo así, algo que surgía de la mano levantada (aunque no se moviera), de los ojos (aunque tampoco se movieran) fijos en ella, y más que eso: sin tener siquiera necesidad de ver los ojos, la mano: como si ésta la hubiera cogido por un brazo, le hiciera dar media vuelta, la empujara hacia la cómoda; y ahora ella estaba de espaldas a la cama, pero seguía pudiendo sentir esa presión constante, física, de la mirada y de la mano, percibiendo como un fondo sonoro, y más como un comentario que como instrucciones, la voz de la jorobada diciendo: «No, el segundo», y después: «Al fondo, a la derecha», y después: «Sí: la caja», y después: «Eso es, ésta», y después: «Ella quiere que usted la coja. Para usted. Ella se la da», los ojos y la mano siempre posados (realmente posados, ponderables) sobre su carne: no como si esa vieja en trance de morir en la cama se hubiera puesto delante de ella, hubiera abierto ella misma el cajón y cogido el cofre, la vieja caja de galletas o bombones (como el día que le dio el anillo), sino como si las manos de ella (Louise) fueran las propias manos de la vieja; Louise dejó la caja de hojalata (más oxidada todavía, le pareció, que la primera vez que la había visto, pero en cuya tapa seguía sonriendo, decentemente tumbada en la hierba, la dama de los lazos azules y el perrito rizado), cerró el cajón, volvió a coger la caja y dio media vuelta. La mano había vuelto a caer sobre la sábana y aquellos ojos demasiado claros habían dejado de mirarla, la máscara apergaminada de nuevo impasible, no expresando nada (salvo aquello que emanaba de ella desde que la habían acostado allí, y que no era una de esas cosas que un rostro tiene costumbre y puede expresar, sino un objeto), y entonces ella oyó de nuevo la voz de la jorobada, plácida, impersonal, también sin expresión, constatando (o traduciendo): «Ahora está contenta», las palabras o mejor el sentido de las palabras contrastando hasta tal punto con el rostro altivo, ausente, en el que nada traicionaba contento o descontento, que el sonido adquiría algo de insólito, vagamente aterrador, Louise sobresaltándose, mirando un instante a la jorobada con aire perplejo, casi asustado,

volviéndose después de espalda y saliendo de la habitación. Y, un poco más tarde, cuando hubo abierto la caja, quedando quieta allí, mirando su contenido, sin tocar nada, sintiendo de nuevo la misma perplejidad, el ceño fruncido, silenciosa, y manteniéndose así quizás un cuarto de hora, inmóvil, sentada ante la caja abierta sobre el tocador, y al cabo de cierto tiempo, los ojos doloridos, la visión borrosa, y entonces, con un dedo (con ese gesto sin convicción con que se remueven las cenizas) desplazando, a golpecitos, los objetos mezclados como un juego de palillos, algunos (considerados sin duda los más preciosos) envueltos en algodón, la mayor parte sin nada, hasta que, uno después de otro, ella hubo hecho el inventario, o sea: un broche en forma de trébol de cuatro hojas de plata, cada una de las hojas llevando en el centro una minúscula —y probablemente falsa— esmeralda incrustada

un anillo de oro en forma de serpiente

una bolsa de malla de oro

una bolsa de plata más pequeña

un bolsito de malla de metal negro provisto de un cierre de bolitas de metal también negro, las bolitas en forma de bellota

un gran imperdible de metal dorado

una cadenita para niño de oro, muy fina, con dos medallas

un par de hebillas de zapato antiguas de cobre

una cajita redonda de metal plateado, con la tapa adornada con una cabeza de mujer de abundante cabellera suelta, la cabeza muy fina, el cuello demasiado frágil en contraste con la abundante melena que se esparce en olas, en meandros, río

una caja de cartón blanco satinado rodeada por una cinta, blanca también en su origen, pero ahora amarillenta, y que contiene:

una medalla militar (sin su lazo), de esmalte y metal

un par de tijeritas de bordar, de oro rojo, una de sus hojas rota

un huevo de metal dorado y cincelado del tamaño aproximado de un huevo de paloma, provisto en uno de sus extremos de una anillita que permite colgarlo, sin duda como dije

un collar formado por rectángulos de azabache montados en engarces de plata

un collar de cuentas negras, con facetas

dos rosarios, uno de granos de coral tallado, el otro de granates

por último una veintena de botones de toda clase

Y, después de esto, siguiendo (Louise) allí, sin hacer un movimiento, aunque también unos cuadernos (seis —con el lomo de tela, que dejaba asomar, el más delgado, las dos grapas de metal que sujetaban las hojas— reunidos por una de esas cintas de caucho rojo-gris provista de una lengüeta, y que se utilizan de ordinario para cerrar herméticamente los potes de mermelada); pero ella no los tocó, todavía no, sabiendo por adelantado, si no lo que contenían, al menos la naturaleza de su contenido, sintiendo subir en ella, con un gusto de lágrimas, una especie de desesperación, rechazándolos —o mejor esforzándose en rechazarlos— como con rabia, rebelándose, repitiendo (pero ahora ya no con el tono de la sorpresa, de la interrogación, como un rato antes en la habitación): «A mí... A mí...», después: «¿Con qué derecho? Ella... ¡Con qué derecho! », después: «Pero si yo no quiero. Que busque algún otro, que...», después dejando caer la mirada en la tapa del primer cuaderno, encuadernado, de un marrón rojizo, el lomo cubierto por una molesquina granulada de un negro verdoso, leyendo ella la lista de las fechas escritas una al lado de la otra, cada número separado del siguiente por un guión, primero:

1922 — 1923 — 1924 — 1925 — 1926

después (como si al cabo de esos cinco años ella —la que en este momento estaba en trance de muerte— hubiera decidido economizar las dos primeras cifras, o mejor como si, bruscamente, el tiempo se hubiera puesto a correr a una velocidad acelerada):

—27 —28 —29 —30 —31—32 —33
—34 — 35 — 36— 37 — 38 — 39 — 40 — 41
—42 —43 — 44 — 45 — 46 — 47 — 48 — 49
—50 — 51 — 52

como una especie de muro de ladrillos unidos o mejor ensamblados, ajustados sin la menor fisura, el menor intersticio, algo que hacía pensar en esos vestigios de antiguas construcciones pelásgicas o romanas, que parecen no sólo haber resistido al tiempo, sino ser en cierto modo el tiempo mismo, las tintas con que habían sido trazadas las cifras presentando de año en año imperceptibles diferencias, como una pátina progresiva, la base del muro paradójicamente constituida por las fechas más recientes, como si el conjunto hubiera sido edificado al revés de los habituales procedimientos de construcción, es decir, comenzando por arriba y levantando progresivamente cada hilera de años por medio de crics para permitir deslizar por debajo la hilera inferior, las últimas cifras trazadas con una escritura temblona, difícil, como aplastada, venciéndose bajo el peso formidable del todo: después Louise cedió, se decidió, hizo saltar la cinta de caucho, abriendo al azar un cuaderno, mirando sin sorpresa (puesto que, también esto, lo sabía antes de abrirlo: que no iba a encontrar un diario, ni unas memorias, ni cartas amarillentas, ni nada de este género, es decir que pudiera presentar algún carácter de indecencia, y ni siquiera de indecencia, de absurdo, de sin sentido, puesto que era un tipo de ocurrencias —llevar un diario, escribir la historia de su propia vida— que no eran capaces de rozar siquiera el espíritu de la persona que escribió los cuadernos) las páginas uniformemente divididas en tres columnas, las dos de la derecha con las inevitables y sempiternas menciones: Ingresos, Gastos, la de la izquierda, más ancha, reservada para las justificaciones, la tinta descolorida, amarilleada al mismo tiempo que el papel, letras y cifras trazadas con mano firme, con esa artificiosa caligrafía de maestra, de trazos llenos y de perfiles imperturbablemente formados, sin concesiones, como despersonalizada, impregnada también la escritura de ese inflexible pudor que se niega a cualquier comentario, sin tener otra preocupación ni otra razón que ser legible (como, sin duda, la primera cortesía, el primer signo de respeto por uno mismo y por los demás radica en ir siempre limpia y correctamente vestida), y esto no para dar testimonio, para elevar una querella ante cualquier imaginario tribunal o cualquier imaginaria posteridad, sino simplemente porque el corolario de unos vestidos correctos, de la limpieza, era que estas cosas (gastos, ingresos, viajes, enfermedades, ventas de heno o muertes) fueran, en buena regla, consignadas, a su tiempo y en su lugar, y nada más, leyendo pues al azar:

ENERO

1	Resto en caja.....	700	
4	Nuestras dos pagas . . .	1.445	
6	Pierre enfermo. Eugénie se lleva 800 Fr para su viaje a Burdeos.....		800
7	El Banco me ha entregado todos los títulos 6 % que yo les había remitido en junio para ser cambiados .	102	
12	Un paraguas.....		32
14	Vendido 3 dobles de nuez a 15,50 el doble.....	46,50	
17	Hombre para retirar la nieve.....		20

23 Recibido de Mr. Debourg, comerciante en madera, 90 Fr como indemnización (prado del Brü de Corne) . 90

25 Regreso de Eugénie, que devuelve 560 Fr 560

los más menudos acontecimientos (y ni siquiera acontecimientos: hechos, incidentes —y ni siquiera incidentes: lo cotidiano, cualquier acontecimiento —y ni siquiera menudo: minúsculo, insignificante) resurgiendo fuera de tiempo, lo ya abolido, como esos jalones plantados aquí y allá en la gris inmensidad sin comienzo ni fin, su insignificancia, su pequeñez misma, fuera de toda proporción con el marco donde se inscribían, otorgándoles una especie de grandeza insólita, de majestad, la inflexible, impersonal y apacible escritura enumerando, recapitulando, sumando, no los gastos o los ingresos evaluados en términos de moneda y de decimales, sino, por así decirlo, las inmemoriales e invariables entidades: cosas que sirven para alimentarse, para cubrirse, para calentarse, y la nieve de pronto en una mañana de invierno, y el inmemorial raspado de las palas en las aceras, y las inmemoriales historias de cercas hundidas, de límites derribados, las inmemoriales obligaciones: hambre, enfermedad, vestimenta, todo, página tras página, año tras año, Louise dando vuelta a esos espesores de tiempo, leyendo de nuevo:

Guillaumot ha cortado los cerezos, que han dado 6 estéreos y medio de madera. Por cortarlos ha cobrado 9Fr por estéreo, lo que hace un total de 58 Fr 50. Me ha pedido que le diera 18 Fr 50, y como él alquila el huerto por 140 Fr, quedará debiendo por este año 100 Fr..... 18,50

y luego:

Partida ayer de Pierre, Sabine y los niños, gastado durante este mes para la alimentación de seis personas 1.365

todo en el mismo plano —entradas por madera, vacaciones, partidas, cuentas del tendero u honorarios del médico—: no la tragedia, los gritos, lo accidental, lo espectacular, sino lo que constituye, por así decirlo, la trama misma de la existencia, como si (lo mismo que en esas cartas que escriben o reciben los soldados y donde no se encuentran, a pesar de las lecciones de la escuela, ni puntuación, ni mayúsculas) algún secreto conocimiento, esa rigurosa experiencia que no precisa de libros ni de frases, hubiera guiado la mano a lo largo de las páginas, le hubiera enseñado a no establecer diferencias entre el hecho —la obligación— de alimentar el fuego, de llevar un traje, o de morir, escribiendo.

SEPTIEMBRE

18 Compra 6 botes de conservas
y transporte 31,50
24 *Eugénie* (subrayado dos veces,
la segunda con lápiz rojo)
25 Nuevo abono periódico . . 48

y en la página siguiente:

OCTUBRE

16 Alquiler campos Ferriére .		40
20 Muerte de Eugénie (escrito con lápiz)		
25 Tarjetas de participación .	70	
Transporte fúnebre ...	100	
+ 2 coches a 25 Fr ...	50	
Féretro.....	100	
29 Cuenta de Godin (canalón		
y veleta chimenea) ...	50	
	370	40

y más tarde, cuando Louise recordará ese tiempo —los diez días que transcurrieron en esa tibia agonía del verano moribundo—, no le parecerá un pedazo de tiempo preciso, medible y limitado, sino que tendrá la apariencia de un período vago, cortado, compuesto por una sucesión, una alternancia de agujeros, de sombra y claros: la habitación cerrada, la deslumbrante luz del exterior, la exuberante y loca vegetación de septiembre, la penumbra, el rostro momificado, la gloria, la paz de los días crepusculares—, viéndose, pudiendo ver el traje claro corriendo en la pantalla de la memoria, la mancha luminosa perseguida por el haz del proyector bajando la verde colina, o tal vez sin correr, caminando con paso igual, por lo menos hasta el límite de los castaños con hojas ya amarillentas, bordeadas, atacadas por un borde marrón que empezaba a arrugarlas, y, en cuanto no podían verla ya, corriendo entonces, huyendo a través del ensordecedor concierto de los gorriones, no yendo hacia nada, puesto que no era aún la hora, sino huyendo del sonido, el estertor, las forjas de Vulcano soplando, el ruido de la fragua, el corazón saltando enloquecido por la carrera, las pulsaciones aceleradas de la sangre, latiendo con golpes violentos, sus senos subiendo y bajando, mientras ella se mantenía inmóvil, fuera ya, habiendo escapado al estertor, luchando, la cólera, la rebelión, luchando contra el amargo sabor de las lágrimas, repitiendo, No no, repitiendo, Ella no es nada mío ella no puede ella no tiene derecho, frente a frente con el gato agazapado, aplastado en lo alto del muro desmoronado, la brecha fácil de franquear por la que ella puede ver la curva de la carretera, todavía desierta, la mirada acerada y amarilla fija en ella, aferrada a ella, clavándose en ella como unas uñas, parecidos los dos a unos ladrones sorprendidos, espiándose, culpables, las pupilas alerta tras la estrecha ranura de los párpados, entre las zarzas entrelazadas, los millares de hojitas oscilando indiferentes y sin tregua, las ramas suavemente balanceadas, las nubes indiferentes, el zumbar continuado de los insectos que giraban indiferentes, los tallos entrelazados de los girasoles silvestres, la hierba silvestre, las lenguas de las hierbas lamiéndole las piernas desnudas, y al final el gato dando media vuelta, sin transición, girando bruscamente la cabeza, dejando de mirarla, negándola, borrándola, suprimiéndola, no sólo de su conciencia, sino del mundo, desinteresándose de ella como si ella hubiera perdido de pronto toda existencia, animándose, relajándose, estirándose, poniéndose en marcha, negligente, el lomo flexible ondulando a lo largo de lo alto del muro y saltando al otro lado, desapareciendo, y ella (pudiendo todavía verse con ese retroceso que da el alejamiento en el tiempo, es decir liberada de la sujeción

del presente, mirándose actuar con esa especie de condescendencia un poco desdeñosa, un poco fastidiada, un poco envidiosa también, que sentimos hacia nosotros mismos cuando nos vemos después de la acción, como veríamos actuar a un niño, a un menor, ignorante de lo que nosotros sabemos, hemos aprendido a la luz de lo que ha sucedido después, como si conocer el futuro nos hubiera conferido una superioridad, mientras que todo lo que hemos ganado es tal vez tener un poco menos de ilusiones, de inocencia, de modo que esto no ha sido una ventaja, sino una pérdida) quedando sola, los rayos de sol cada vez más horizontales, las sombras invadiendo el valle, los prados, la carretera, la curva, subiendo lentamente como una marea, la cima del gran árbol todavía por un momento iluminada, dorada, encendida, después apagándose a su vez y el automóvil —el Simca gris— tomando la curva, disminuyendo la velocidad, desapareciendo de nuevo, pero ella siempre sin moverse, oyendo disminuir paulatinamente el alboroto de los gorriones, un perro ladrando en algún lugar a la orilla del río, uno de esos motores de riego de dos tiempos luchando para subir el agua hasta un huerto, el agua murmurante, pedazos de cielo corriendo por los surcos paralelos, el olor de la tierra mojada elevándose, la paz, la noche ascendiendo, extendiéndose, una ligera niebla azulada suspendida ahora por encima del río cubriendo los prados, el cielo del lado del crepúsculo pasando del rojo al verde, después al color pizarra, las hojas completamente negras recortándose sobre él, mientras ella podía oír sus dos voces murmurando, apresuradas, inquietas, y ella diciendo: ¿Qué?, y él: ¿Qué has decidido?, y ella: ¿Decidido?, y él: Por nosotros yo, y ella: Decidido, hace mucho tiempo que tomé esa decisión y nada me hará, y él: Yo, y ella: Sí sí sí, su voz dura, violenta, llena de esa cólera anhelante, y en este momento las ventanas iluminándose (ahora la casa no es más que una masa oscura allí arriba, por encima de ellos, entre las masas negras de los árboles inmóviles, las formas negras e inmóviles de los matorrales, el bosquecillo de bambúes negro e inmóvil también donde los gorriones han callado por fin, parecida ella misma a un gran pájaro pasmado, dormido en medio del césped), los rectángulos de luz anaranjada recortándose brutalmente contra el crepúsculo, casi ya la noche, y ella: Es preciso que yo, y él repitiendo: ¿Entonces?, sin aflojar su abrazo, y ella girando los hombros para librarse: Sí es sí ya te he dicho que sí ¿no? Separándose, rechazándolo, alejándose...

Y ella podrá verse a sí misma entrando en el comedor, la escena, el cuadro: Sabine y el hombre gordo ya sentados (pero ante el cuarto cubierto el lugar todavía vacío), los dos levantando la cabeza a su entrada, con el mismo aire interrogador en el rostro, vagamente asustado —o tal vez no: sólo porque ella sale de la oscuridad, de la sombra, entornando los ojos, descubriendo en la luz precisa las dos figuras vueltas hacia ella, como sorprendidas por uno de esos brutales flashes de los fotógrafos, las arrugas como líneas de demarcación dibujadas entre las diversas partes del rostro, como si éste no fuera más que una reunión de carnes prontas a separarse (como en esos dibujos de las carnicerías donde los cuerpos de las reses aparecen marcados con líneas de puntos que señalan los límites de las distintas partes, tal como estarán colgadas más tarde en el escaparate del carnicero, ya cortadas), la vieja pareja (o mejor dicho el viejo y la mujer, que se niega a considerarse vieja, continúa, o más bien se obstina, se encarniza, se agarra a esa imposible inalterabilidad, con su ropa demasiado vistosa, sus uñas sangrientas, su rostro pintarrajeado, parecido, bajo los afeites excesivos, al de las viejas prostitutas: vagamente estremecedor, sugiriendo, no la idea de placer o de voluptuosidad, sino la de algún culto a la vez bárbaro y primitivo: el ancestro, el venerable abuelo del mundo, el antiguo y viejo falo decorado con guirnaldas, erguido, monstruoso, solitario, enorme, con su cabeza ciega, su ojo ciego, su rigidez de piedra (y, en el fondo, palomas, ofrendas, animales sacrificados, coronados de flores, lentas procesiones): algo para ser escrito —o descrito— en latín, con la ayuda de esas palabras latinas que no son crudas, impúdicas, sino que parecen especialmente concebidas y forjadas para el bronce, las piedras de construcción de los arcos de triunfo, los acueductos, los monumentos, las hileras de palabras, también ellas como construidas semejantes a indestructibles murallas destinadas a durar más tiempo que el tiempo mismo, con la compacta sucesión de sus letras talladas en forma de cuñas, de cubos, de vigas, apretadas, ajustadas sin puntuación, mayúsculas, ni el menor intersticio, como esos muros construidos sin mortero, las

palabras rigiéndose unas a otras, ajustadas por esa sintaxis imperiosa inventada sin duda en previsión de las mutilaciones futuras y con el único fin de poder ser reconstruidas mil o dos mil años más tarde, después de haber sido dispersadas, olvidadas, enterradas, recubiertas de maleza, sumergidas y redescubiertas, deletreadas por la mano de los pastores que sigue con un dedo el mármol del frontón caído entre los hierbajos de la verde Arcadia, recitadas, balbuceadas por las futuras generaciones de malos estudiantes, los dedos manchados de tinta, buscando, con las mejillas encendidas (en diccionarios manchados de tinta, de páginas dobladas en la esquina, encuadernaciones desmanteladas, remendadas, recubiertas de papel de embalaje azul o marrón y donde las sucesivas generaciones de hermanos mayores ya han buscado antes que ellos —especies de Biblias del conocimiento, transmitidas de mano en mano, y en cuyas primeras páginas se alinean los nombres sucesivos de poseedores, se escalonan, torpemente caligrafiados en tintas amarilleadas), buscando las viejas, las indestructibles palabras latinas (matrona, ménsula, menstruo), los labios manchados de color violeta, mordiendo el mango roído de la pluma, como si, con la tinta que lo ensuciaba, chuparan sin comprenderlo la leche, el principio, no de una civilización, de la polvorienta cultura acumulada en los inútiles y polvorientos volúmenes, sino de la vida misma), la vieja pareja reunida, pues, allí, por la sola existencia, la virtud, el funcionamiento, el oscuro, ciego y fecundo vaivén de esta infatigable lanzadera, buscando desde el comienzo de los siglos en el tenebroso, cubierto de maleza y secreto vestíbulo de ese tabernáculo que es el dulce vientre de las mujeres, y no sólo porque, cuarenta años atrás, un joven profesor con barbita y gafas había pedido en matrimonio (o había sido pedido en matrimonio, o mejor había sido inducido por ella a pedirla en matrimonio) a una de esas estudiantes con carita de frágil porcelana de Sajonia, bajo las pesadas guedejas de su cabello, sino también porque dos solteronas (aunque en esa época no eran todavía solteronas), y antes que ellas un viejo campesino analfabeto, habían decidido hacer un profesor del último de los hijos nacidos, salidos, surgidos de ese falo del cual ellas mismas habían emergido y que él (Pierre) poseía también (o más bien que le poseía, es decir, vivía, crecía en él, sirviéndose de él en cierto modo como de un vulgar mantillo, hundiendo en él sus raíces, y sacando la fuerza para crecer, para erguirse y proyectar hacia afuera su simiente, y con ese solo fin, exigiendo no sólo que ese cuerpo —ese mantillo— fuera alimentado, mantenido, cuidado, sino que el cerebro que dirige ese cuerpo pensara (y no sólo para sí mismo, sino también para su simiente, su progenitura, su descendencia) en los medios de paliar el hambre, el frío, el sueño (y a un analfabeto condenado por su ignorancia a pasar la vida inclinado sobre la oscura tierra, aprender a leer debió parecerle uno de estos medios, si no el único), preocupaciones que excluían por consiguiente toda otra que no concurriera a procurar a ese único órgano (a tal punto que se dice «el» miembro del hombre, como si no existiera ningún otro, o como si éste los resumiera a todos, los gobernara: los brazos para trabajar y alimentarlo, las piernas para llevarlo de un lugar a otro), a proveerlo pues de lo necesario, aun por medio del rapto, la guerra, la violencia y —de un modo más general, o natural— la trampa), el viejo y la vieja levantando la cabeza, pues, la cuchara a medio camino entre el plato y la boca, la boca ya abierta (es decir, la del hombre, porque Sabine, que había leído veinte años atrás, en alguna revista con recetas de belleza o de salud, que la sopa engorda, había renunciado a ella, desde entonces, aunque no hubiera comprobado —puesto que había seguido engordando a pesar de eso, regularmente— la verdad del aserto, sin duda por un supersticioso respeto a la letra impresa), y, en los ojos, esa expresión vagamente asustada, vagamente reprobadora, hasta que oyó su propia voz (sin recordar ni siquiera si había visto moverse los labios de Sabine diciendo: «Pero, ¿dónde estabas?»), su propia voz que decía: «He ido paseando hasta el río. Tenía necesidad de... Yo...»

Pero, evidentemente, Sabine no oía, o no se tomaba el trabajo de escuchar, sea que no se interesara en la respuesta, o que no hubiera hecho ninguna pregunta, mientras Louise se sentaba, desdoblaba su servilleta, oía (no como derivando de lo que ella misma acababa de decir, sino como continuación de algo que había sido dicho antes de su llegada: su entrada en la habitación, por tanto, sólo había abierto un paréntesis ahora cerrado, cuando Sabine retomando el hilo): «Estaba diciendo:

esa esmeralda. Porque, en fin, cómo explicar que se haya encontrado todo, salvo dos o tres cosas sin valor y, precisamente, esa esmeralda. Naturalmente, me dirás que pudo rodar hasta algún agujero o ir a parar al fondo de una fosa, pero acaso uno de esos hombres no pudo deslizársela en el bolsillo o incluso tragársela, como he leído en un periódico que hacen, o por lo menos tratan a menudo de hacer, los negros que trabajan en... Georges y Julien aseguran que han estado todo el rato detrás, sin perderlos de vista, pero ellos también buscaban y un gesto como éste se hace rápidamente, sin que ellos hayan podido advertirlo. Porque el hecho es que ha desaparecido. Naturalmente, no se puede probar que la hayan encontrado, ni acusar formalmente a ninguno de esos hombres, pero me parece que debe haber sido muy tentador para uno de ellos el...»

Después, a su vez, Louise dejó de escuchar, o algo vino a interponerse entre el ruido de esa voz y ella, aunque ese algo no había en realidad dejado de escucharlo, y no solamente después de haber entrado en la casa, sino incluso, pensó, cuando se creía lejos del alcance del sonido, el estertor, el poderoso fuelle de fragua que le llegaba ahora a través del techo, o tal vez por la caja de la escalera y el vestíbulo, franqueando dos puertas, llegando, apagado pero distintamente, como las pulsaciones regulares y formidables de algún órgano instalado en el centro mismo de la casa, como si la persona de donde emanaba yaciera en una especie de soledad real, pomposa y solemne, a la que había sido relegada no sólo por la pérdida de sus facultades, la imposibilidad en que se encontraba de comunicarse, sino también por la magnitud terrible de la acción en que se hallaba empeñada —la de morir—, como esas reinas abandonadas por todos y que al mismo tiempo eran objeto de la atención, de la curiosidad morbosa, voraz y fascinada de todos, obligadas por un protocolo bárbaro e implacable a dar a luz y a morir en público: ya no, a partir de ahí, un acto simple, natural, sino un ceremonial, un rito; y durante todo ese tiempo Louise había acercado hacia ella la sopera, colocada sobre la bandeja con ruedecitas, se había llenado el plato, y entonces se puso a comer; es decir, su garganta deglutió dócilmente, una tras otra, las cucharadas de líquido tibio y opaco, provisto menos de un sabor, de un gusto, que de una calidad de materia particular —ligeramente granulosa—, que su paladar y su lengua se contentaban con registrar sin más, sin transmitir al peldaño siguiente del conocimiento, de la conciencia, porque su espíritu estaba ocupado en preguntarse si podría escapar, aunque no fuera más que por un momento (puesto que ni siquiera en la falda de la colina, cerca del muro, frente a frente con el gato, lo había conseguido), de ese ruido, y no sólo ahora, sino más tarde (puesto que ya ni era necesario que sus oídos lo oyeran), entonces (sin duda el viejo debió alzar la voz, o tal vez fuera la cualidad del silencio que siguió, ultrajado, por así decirlo, sofocado, antes incluso de que Sabine respondiera, se hizo más intenso, porque en realidad él no había levantado la voz, ni siquiera levantado la cabeza para mirarla, diciendo solamente entre dos cucharadas de sopa, con un tono igual, impersonal —y con más cansancio que amargura, y más aburrimiento que burla, y más resignación que exasperación—: «Tal vez harías bien en pedir que inspeccionen su mierda. ¿No era acaso esto lo que el diario decía que se hace con los negros?»), Sabine miró el rostro del viejo, o al menos lo que podía ver de él, pues estaba de nuevo inclinado sobre su plato, mientras el silencio se espesaba, Sabine inmóvil, la boca abierta —aunque su plato estaba vacío y la cuchara a su derecha sobre el mantel (plato y cuchara sin utilizar, pero que se seguían colocando cada noche en su lugar desde hacía veinte años, desde la lectura del famoso artículo sobre el adelgazamiento, sin duda por obediencia a una especie de protocolo, como si estuviera tácitamente entendido, convenido, establecido entre los sirvientes, la sucesión de sirvientas femeninas encargadas de poner la mesa, que debía fingir no ver (los sirvientes no tenían por que saber esas cosas) que ella no tomaba la sopa, es decir, que ella engordaba, es más —puesto que la gordura era sobre todo cuestión de edad—, que envejecía) —la boca abierta, pues, como si ella también estuviera a punto de tragar algo (tal vez simplemente el aire, sólo ese aire invisible que servía de vehículo a las palabras invisibles que lo habían atravesado sin dejar rastros, por medio de infinitesimales compresiones y descompresiones, dejándolo intacto, presto a servir de nuevo, sutil, temible, enigmático y transparente mensajero, el pensamiento —las palabras— no teniendo necesidad, como en el papel, de tomar forma, de materializarse por medio de líneas, de signos aparentes y duraderos,

sino tomándolo prestado, como, por así decirlo, toma el pez prestada el agua: un simple temblor, una simple vibración, una ondulación, una fuga, el centelleo plateado de un vientre, glauco sobre glauco, el pescador sorprendido creyendo ver todavía la trucha que ha huido hace rato, buscando, los ojos abiertos de par en par, reteniendo el aliento para no asustar, sino sorprender, capturar lo inmaterial, el inasible reflejo de luz en los guijarros, la arena o las hierbas del fondo: nada) y por fin logrando decir: «Que yo... Tú has dicho que yo debería...»

Después su voz cesa. No porque se niegue a pronunciar, repetir las mismas palabras, la burla, la ofensa, sino porque él (el viejo sentado delante de ella) ha dejado ostensiblemente de escucharla, aunque siga mirando en su dirección (ella dando la espalda a la puerta), con la cuchara otra vez detenida entre el plato y la boca, pero pasando la mirada ahora por encima de ella, fija en algo —o en alguien— que ella no ve, que sin duda queda a sus espaldas, y cuando ella se da vuelta también lo ve, ya no detrás de sí, sino a su izquierda, pasando silenciosamente a lo largo del trinchero, penetrando en la zona iluminada: el cuerpo enflaquecido, la cara también enflaquecida, y no atezada, sino, parece, como ennegrecida, o mejor manchada por el sol, como cubierta por una capa de maquillaje, como esas gentes que se disfrazan de negros en carnaval: no oscura, sino manchada, y tal vez grasa sucia en uno de los pómulos huesudos y a través de la frente, pasando sobre los cabellos pálidos, apenas diferenciables —las manchas, la grasa— del bronceado, los antebrazos, de pelos rubios descoloridos también por el sol, sobresaliendo de las mangas arremangadas, sucios también por el bronceado y la grasa, y extendidos ahora a un lado y otro del plato, el busto revestido de un mono manchado inclinado ahora hacia adelante, la cabeza casi metida en el plato, el mentón rozando el borde, de manera que la mano huesuda y fina que sostenía la cuchara sólo recorría en cada ida y venida un trayecto reducido al mínimo (habiéndose sentado y llenado su plato sin decir una sola palabra, comiendo ahora con esa especie de concentración, de avidez taciturna y metódica de los campesinos, la mirada del viejo siempre fija en él), y, al cabo de un rato, el viejo, como si recordara de pronto su propia cuchara, terminando el gesto suspendido, llevándosela a la boca y tragando, como quien dice por debajo de su mirada, sin dejar ni un instante de observar a Georges, y la mano bajando, volviendo a hundir la cuchara en lo que quedaba de sopa, pero quedándose allí, no volviendo a subir, la mirada siempre fija en la cabeza de la que sólo se veían los cabellos rubios, casi mojándose en el plato, detrás la cuchara en su vaivén metódico, y entonces Sabine carraspeando precipitadamente y diciendo: «Pierre...», pero el hombre gordo sin inmutarse, enorme, paquidérmico, sin dejar de observar a Georges, y Sabine de nuevo: «Pierre, por favor, sabes bien que...

—¿Qué que?» dijo Georges.

Y Sabine: «Nada. Tu padre...»

Y Georges: «¿Qué pasa?»

Y Sabine: «Tu padre... Es decir, nosotros... Es decir: yo estaba inquieta, me preguntaba lo que tú...»

Y Georges: «La bomba se estropeó. No es culpa mía que todo el material de esa maldita propiedad se caiga a pedazos...»

Ella recordaría eso: aquella noche (o tal vez otra, una de esas diez cenas al anochecer de uno de esos diez días que la pobre vieja necesitó para llegar a, para tener al fin derecho a morir), pensando (Louise) en todo lo que se necesita para hacer no un hombre o una mujer, sino un cadáver —una de esas cosas que se empaquetan en cajas de estaño y luego se hunden en la tierra, en condiciones y a profundidades reglamentadas, teniendo en cuenta la protección de las poblaciones contra los riesgos de epidemias que pueden proceder de la descomposición, de la pudrición de cuerpos, carroñas y otros desechos— y no solamente diez días tres o seis, poco importa— de agonía, sino la suma de meses, de años, de amaneceres, de tardes, de noches, de alimentos consumidos, de ropas usadas: la formidable acumulación, edición, enumeración mantenida día tras día, con la repetición monótona de las rúbricas «Gastos», «Ingresos», todo con la misma correcta, impersonal, inflexible y púdica escritura consignando, sin marcar (sin permitirse marcar) diferencias, arreglos de zapatos, lecturas

de gas y los menudos e irremediables desastres (Cuenta de Martin por hacer el pozo de desagüe del sótano, 83 horas de trabajo a 2 Fr la hora, total 166 Fr, Martin nos debía 146 Fr de 600 que le habíamos prestado, debemos pagarle 20 Fr. Dos ovillos de algodón de zurcir 3 Fr 20. Comienzo de la enfermedad de nuestro padre. Una chapa de bicicleta 18 Fr. Enlucido de la fachada que da al jardín, 645 Fr. Seis docenas de huevos para conservas a 5,25 total 31 Fr 50. Medicamentos (vino y pildoras), 20 Fr. Alquiler del prado Boichaille 75 Fr. Gastos de sucesión pagados al licenciado Fabre, 2.950, cogí 1900 de la caja para este pago, el resto lo saqué de mi cuenta en el Banco, retiré 1.500 Fr, agregué 1.050 a los 1.900 que poseía, devolví 450 Fr a mi caja. Aserrado del álamo talado en enero último, 85 Fr. Nevada por la tarde y toda la noche, por la mañana había 40 cm, y el tejado de la leñera se hundió. Reparación del reloj del salón, 21 Fr), las páginas, las columnas de cifras y de justificaciones surgiendo, elevándose, acumulándose en una especie de paciente tumba edificada piedra a piedra, como si algunas disposiciones legales, una administración vacilante y engorrosa, sólo permitiera a nuestros huesos fatigados echarse al fin para volver al polvo original después de haber erigido esa especie de fabuloso mausoleo hecho de tiempo amontonado sobre un poco de ceniza: las cenizas, la nada, y, por encima, un amontonamiento de vacío, en el cual o sobre el cual los fantasmas de las acciones realizadas aparecían en su desoladora insignificancia, concretizadas, no por esas ambiciosas inscripciones trazadas sobre las piedras funerarias, sino por los irrisorios símbolos del dinero, en una moneda depreciada que confiere a los viejos libros de cuentas, como a los actos de los héroes balzacianos, esta especie de falaz, risible y minúscula irrealidad, en el seno de la cual generales, banqueros, condesas, estafadores y prostitutas parecen agitarse y desgarrarse entre sí por el valor de un puñado de piececitas tintineantes en el bolsillo de un chiquillo.

Así pues: la vieja —el viejo, el frágil amasijo de huesos, de piel, de órganos extenuados, que aspiraban al reposo, a la nada original, yaciendo —levantando apenas la sábana— en el seno, en el centro de la casa, reinando, invisible y omnipresente, no sólo en todas las habitaciones (presidiendo —sin necesidad de bendición— la comida, la partición en común del pan familiar entre el tintineo de los cubiertos golpeando contra los platos, la absurda charla de la otra vieja), sino incluso desbordándolas, extendiendo su presencia, su reinado, más allá de los muros, más allá del estertor, como si éste no necesitara ser percibido por oído alguno para que se escuchara hasta en el pie de la colina, y todavía más lejos, ahora, en la noche silenciosa, en la nocturna paz del jardín, las frondosidades y los pájaros dormidos, los insectos en la hierba negra, bajo el cielo negro y apenas más claro allí abajo, el lado donde se ocultaba el crepúsculo como una herida por la que se alejaba lentamente la luz.

Y: el hombre montaña, o mejor la masa informe en el interior de la cual se hallaba el viejo como aprisionado, como amordazado, emparedado en su propia carne, ocupada ésta en alimentarse (o mejor en destruirse: como si por efecto de una burlesca maldición, de un imbécil y mortal desquite de la materia, el acto natural —ingerir alimentos— destinado a sostener la vida, determinara un resultado en cierto modo inverso: un lento ahogo por su exceso mismo), el brazo al extremo del cual se encuentra la cuchara, después el tenedor, cumpliendo su función sin, aparentemente, preocuparse por el consentimiento del espíritu, como se alimenta a un idiota, a un niño: por sorpresa, a pesar suyo, autoritariamente, la cuchara o el tenedor obligados a veces a esperar, retenidos pacientemente cerca de la boca, embaulando líquido o sólido, aprovechando, en cierto modo, los momentos de descuido, es decir, cuando se vela, o se cansa esa mirada fija ahora, no en Georges sino en las manos de largos dedos finos y delgados, semejantes a las manos de un pianista, y paradójicamente quemadas por el sol, manchadas de tierra, de grasa, destacando en oscuro sobre el blanco mantel, incongruentes, insólitas, con sus uñas no solamente sucias sino totalmente bordeadas por un semicírculo negro, la piel incrustada de finos surcos de suciedad indeleble, causada, se diría, por el polvo y el aceite íntimamente mezclados a partes iguales, habiendo adquirido ese aspecto, ya no de tejido vivo, sino de materia híbrida —concerniendo a la vez al reino animal y al mineral—, como las manos de los campesinos o de los mecánicos, del mismo modo en que ese rostro fino que parece exigir debajo de sí corbata y pechera blanca, surge, en lugar de eso —también él quemado y

sucio— de una camisa informe y un mono de trabajo.

Contemplando pues (a través de esas dos irrisorias y únicas fisuras, los ojos, que permiten sin duda a su espíritu deslizarse, evadirse —como si también él se viera forzado a actuar con astucia, clandestinamente, y aprovecharse, por así decirlo, de una falla, de un defecto de la materia— fuera de la monstruosa prisión de carne con una especie de cansancio, de perplejidad, de soñadora incredulidad) a aquel a quien debía probablemente admitir que había engendrado, es decir, sacado de la nada original, creado a partir de nada (un frotamiento de piel, una excitación de glándulas, un prurito, un orgasmo) y por un acto, si no voluntario, en todo caso sentido, proyectado fuera de sí en un espasmo (semejante, asimilable a una corta muerte, un brusco anonadamiento: en realidad, un breve eclipse de esa lacerante conciencia, como si dejara de existir en la duración de esa parcela de ella misma que se separa en un fulminante arranque, del que no se sabe exactamente si se cumple a favor de un paroxismo de placer o de dolor, dado que además por otra parte parece que en este momento se produce una confusión, la eyaculación es sentida a la vez por la carne y el espíritu como una especie de deslumbramiento sombrío, estallar abigarrado de plumas de gallo desparramándose en el cerebro del hombre al mismo tiempo que en la oscura y roja noche de la matriz, de donde tal vez (cohete, explosión) deriva la expresión popular «lanzarse al aire», que parece se remonta a los mitos originales de la Gigantomaquia, donde las criaturas con nombres (Urano, Saturno) y con dimensiones de mundos se acoplan, luchan enconadamente sobre el fondo azul noche del cielo todavía sin astros, y ese macho frustrado en su deseo, su gigante conquista asaltada (poseída) zafándose con un golpe de caderas, la simiente desparramándose, vía láctea, polen engendrador en nuestra madre la tierra, de donde se levanta en seguida ante nuestros ojos horrorizados una descendencia maldita), proyectando pues fuera de sí una parte de sí mismo destinada a sobrevivirle, es decir, a perpetuarle, y por lo tanto, en definitiva, una prolongación de sí mismo, aunque sea aparentemente la negación, lo contrario, y, por lo tanto, forzado a reconocerse en ella, de modo que, contemplando las manos de campesino expuestas, exhibidas a plena luz (la pantalla de la lámpara colgante —una antigua lámpara de petróleo transformada— delimitando un círculo luminoso que desborda apenas la mesa, los bustos de los cuatro personajes manteniéndose en una semioscuridad, sin relieve, como relegados a un fondo lejano, mientras sobre la deslumbrante blancura del mantel sus manos y sus antebrazos parecen como separados de ellos), son en suma sus propias manos las que él contempla (y por lo tanto también las de su propio padre, igualmente incrustadas —si no, como podría creerse a primera vista constituidas —de tierra, y delgadas ellas también, no finas, ni delicadas (eso sin duda fue aportación de la que, en las viejas fotografías, aparecía, flexible e irreal, en sus trajes vaporosos), sino presentando ese mismo aspecto descarnado, los dedos semejantes a bastoncitos de madera seca, las junturas como los nudos de la madera), pensando tal vez (siempre emparedado en su aplastante prisión de carne, y sin que se alterara ningún músculo de su cara, salvo aquellos de la masticación, es decir, que, paradójicamente, mientras su cuerpo se activa, se afana, absorto por entero, ciego, voraz, en la acción de comer, él parece estar privado de vida, no ser más que un peso de materia muerta, la agilidad, el movimiento, la fulminante movilidad de esa cosa con fulminantes idas y venidas, fulminantes aceleraciones y enlentecimientos, concentrado todo ello en la mirada inmóvil, fija, pesada y melancólica bajo los párpados de gruesos pliegues): «Mi propio yo...», pensando tal vez en el mismo instante en, pudiendo ver con la misma mirada su propia mano, regordeta, y hasta hinchada, hueso, junturas y articulaciones sumergidas, invisibles bajo la blanda capa de grasa, de tal manera que él no puede saber siquiera cómo está hecha en realidad, si se parece a la otra, esta piel blanca y lisa que nunca —o al menos desde hace mucho tiempo— ha tocado, estado en contacto con otra cosa que no fueran los libros, es decir, una cosa tan desprovista de realidad y de consistencia como el aire, la luz, y pensando: «Bueno. Pero, ¿qué?», y tal vez también: «¿Podrá ser una ley, una fatalidad?», y después quizá la rebelión, la cólera: «No. No, yo no...», y en ese momento Sabine, que no deja, al tiempo que habla, de vigilarlo con el rabillo del ojo, haciéndose más locuaz todavía, levantando todavía más el tono de la voz, como si con ella pudiera construir

una barrera, una defensa, fingiendo (adelantándose, previendo, esperando desviar de ese modo) estar enfadada, aunque ella sabe no sólo que ninguno de los otros la escucha, sino que saben que ella lo sabe, sin tomarse siquiera el trabajo de fingir ignorarlo (ahora Georges se ha puesto de nuevo a comer, la cabeza otra vez inclinada sobre el plato, con esa glotonería, o más bien con esa afectación de glotonería que parece superpuesta, tomada de prestado, pegada a él de la misma forma que las manchas de tierra o de grasa e incluso el oscuro bronceado, en desacuerdo con sus cabellos demasiado claros, su apariencia delicada, frágil, Louise mirando hacia adelante, como si no advirtiera que, mientras habla, Sabine ha vuelto la cabeza varias veces hacia ella, esperando sin duda que le responda, la ayude, venga en su auxilio), la voz de Sabine alzándose un grado más, vehemente, precipitada, diciendo: «¡Como si esa bomba no hubiera podido esperar hasta mañana por la mañana!... Se diría que... —¿No te parece que ya has tirado suficiente dinero por la ventana?» dice Pierre.

Y Sabine, muy aprisa: «Sí, tu padre tiene razón, esa bomba...»

Y Georges: «¿Tirado?»

Y Sabine: «Esa bomba que está siempre estropeada, me parece...»

Y Georges: «Cállate.»

Y Sabine: «Yo...»

Y Georges: «Oh, por favor, cállate, ¿quieres?»

Un momento mirando a su padre, posando la cuchara, dejando de comer, los dos hombres a un lado y a otro de la mesa mirándose de hito en hito, el más joven negro, delgado, quemado —y no solamente por el sol—, con esa cosa que, a pesar de los treinta años, a pesar del sol, la tierra, las manos callosas, parece quedar en él de indefectiblemente femenino, frágil, débil, y el otro inmovilizado en su montaña de grasa, esa muerte pesada que lo acosa, lo invade, lo aplasta, lo inmoviliza, con sus ropas, su camisa inmaculada, sus manos inmaculadas también, y, entre ellos dos, las últimas palabras pronunciadas, aunque ambos saben perfectamente (y ambos saben que lo saben) que no se trata de dinero, que en realidad no es de dinero de lo que ha hablado el viejo, sino de algo que ninguno de los dos mencionará, aunque lo que el hombre gordo (es decir, no el montón de carne, por el momento inmóvil, absurdo, que no es más que peso, sino los ojos, la mirada cansada, melancólica, en la que parece haberse refugiado la vida, observando algo más allá de los años, más allá del tiempo abolido, o resurgido), lo que el hombre gordo contempla ahora, no son las manos morenas y manchadas, ni la cara, sino el mono, la tosca camisa de campesino, y en ese momento la criada que entra, y Sabine respirando: «Sí, puedes... Sí...», la muchacha yendo y viniendo, llevándose los platos y remplazándolos por otros, Sabine diciendo: «No, hay postre...» «No, ¡las cucharas pequeñas!», gritando casi para que la oigan a pesar del tintineo de la vajilla ruidosamente apilada, sin que ninguno de los otros hable, y por último la puerta cerrándose detrás de la muchacha, y Sabine (su voz precipitándose, diciendo): «¿Habéis visto?», y los otros siempre callados, y Sabine repitiendo: «Hace varios días que la observo, ¿no habéis notado nada?», y los demás siempre callados, como si no la oyeran y, sin duda, no la oyen, Georges y su padre que continúan, no mirándose propiamente de hito en hito, sino más bien mirando el uno en el otro algo que los demás no pueden ver, que sin duda no puede verse con la simple ayuda de los ojos, y Sabine: «Pero ella está encinta, vamos, me dejaría cortar la cabeza... Louise, querida, tú no has notado que desde hace algún tiempo...», pero no vale la pena que continúe hablando, porque Georges se ha levantado, ha dejado su servilleta enrollada al lado del plato, y sale de la habitación.

O tal vez no. Es decir, tal vez no esta noche, o estas palabras (sino la voluble, alocada e inconsistente cháchara de Sabine), esa salida. Tal vez simplemente, en lugar de eso, algunas miradas (o ni siquiera eso: ojos que evitan encontrarse), las palabras no dichas, o dichas en otra ocasión, o tal vez no se dijeran jamás, sólo se pensaron, y no un incidente (el escándalo, el estallido) de un día, sino algo latente, permanente, instalado, la otra escena que Louise podrá volver a ver más tarde, tal vez perteneciendo quizá también a ese dominio de lo latente, de lo inexpresado, o —el límite, la línea de demarcación entre lo formulado y lo no formulado radicando sólo en esa porosa,

grosera y frágil barrera de las palabras— tal vez ni eso. Un poco más tarde, en su habitación (es decir, en la habitación que era la suya, no porque ellos (Louise y Georges) la hubieran amueblado, decorado, arreglado a su gusto —aparte de dos o tres objetos y la cómoda de su cuarto de soltera que ella había traído consigo—, sino sólo suya porque el hecho de dormir y de acoplarse entre cuatro paredes (fueran cuales fueran, incluso las de una venal habitación de hotel) durante un tiempo suficiente, termina por conferirles, lo mismo que a las flores de papel, a los muebles anónimos, ese carácter de servil y despreciable complicidad, a la vez familiar, tranquilizador y dominante, que, como aquello que hemos adquirido por dinero o elección, equivale a un título de propiedad, con todo lo que el concepto de posesión comporta (en cuanto a servidumbre, obligaciones y sumisión) para el poseedor, Louise pues en su habitación, enteramente vestida, tumbada sobre la cama sin deshacer, el humo del cigarrillo elevándose, enroscándose y desenroscándose ante el cuadro oscuro de la ventana, y la voz procedente del cuarto de baño, por la puerta abierta, mezclada al ruido purificador del agua, diciendo: «porque yo quisiera no haber leído jamás un libro, no haber tocado un libro en toda mi vida, no saber siquiera que existe esa cosa que se llama los libros, y aun, si fuera posible, ni siquiera saber, es decir, haber aprendido, es decir, haber dejado que me enseñaran, haber sido lo bastante idiota para creer a los que me enseñaron que unos caracteres alineados sobre un papel blanco podían significar otra cosa que unos caracteres sobre un papel blanco, es decir, exactamente nada, salvo una distracción, un pasatiempo y sobre todo un motivo de orgullo para tipos como él. Muy bien, eso es cosa suya. Todo lo que yo le pido es que me deje en paz. No es gran cosa, ¿verdad?»

Pero ella no responde nada, y, al cabo de un momento, él aparece: ella podrá verle más tarde así, y se preguntará entonces si no ha sido en este momento cuando ella ha tomado su decisión, aunque, pensará con ironía, es más o menos igual inteligente intentar saber el momento en que se ha tomado una decisión y las razones de esta decisión que aquel (y aquellas) en que (y que hacen que) se ha atrapado un resfriado, la única certeza que se pueda tener respecto a una u otro (la decisión o el resfriado) se produce cuando una u otro se manifiestan, y en ese momento una u otro llevan ya mucho tiempo instalados; él aparece pues en el umbral del cuarto de baño, llevando sólo el pantalón, los cabellos mojados, secándose el cuello (el torso flaco, también él enflaquecido, sobre el que se podrían contar todas las costillas, como las de esos perros perpetuamente hambrientos, e, igual que el rostro, quemado por el sol —no dorado ni bronceado como aquellos que proponen como ejemplo los higiénicos anuncios de esas publicaciones que ponderan sobre papel couché los farmacéuticos beneficios de la vida al aire libre, sino oscurecido, casi gris, de forma que parecería que el sol hubiera llevado a cabo una acción corrosiva (pero sólo parecería, piensa ella, o habiendo tal vez ayudado, precipitado, hecho más evidente, eso es todo), tanto sobre el cuerpo, los miembros (el busto grácil e incluso endeble de niño delicado sobre el que hubieran venido a agregarse, a superponerse —en cierto modo parasitariamente, a la fuerza— esos músculos de descargador que son como lo contrario de los atléticos y gloriosos ejemplos propuestos por las revistas culturistas, evocando antes esas ilustraciones que se pueden ver en los textos de medicina, con el mismo, parece, tipo bigotudo y sin edad fotografiado, sentado o de pie —un rectángulo negro colocado ulteriormente sobre los ojos con fines de anonimato—, en un decorado de ripolín y desnudo que postula talla, peso y el descorazonante olor a éter de los dispensarios, exponiendo con esa triste resignación, esa triste abyección que son como los estigmas de la miseria, un pecho estrecho, hundido y deformado), tanto sobre los miembros como sobre el rostro —ella no levanta los ojos, no necesita mirarlo para verlo: marcado de una vez por todas de esa permanente expresión de permanente indignación, de permanente asombro), secándose el cuello, diciendo (Georges, o mejor —ya que sigue sin levantar los ojos— el flaco torso enarcado y quemado donde puede ver subir y bajar las costillas, almacenar el aire y expulsarlo con las palabras, la respiración, también la voz impregnada de esa misma indignación hosca y casi quejumbrosa, y también con ese algo abyecto que emana de las fotos de esos tipos con el rectángulo negro sobre los ojos): «...cateado en la Normal, lo que constituye un excelente certificado de aptitud para el resto de la existencia, pero yo

debía, era preciso a toda costa que yo me hiciera profesor, él no se preguntó nunca si yo hubiera podido, si yo tenía ganas de hacer otra cosa, porque sin duda no era imaginable en o para Su orgullo que Su hijo pudiera ser, pudiera querer ser algo distinto a lo que era él...» Después la voz cesando (sólo las flacas costillas siguiendo el movimiento hacia arriba y hacia abajo, mientras él permanecía inmóvil ante la cama, mirándola sin duda (pero ella sigue sin levantar los ojos) un momento, y descubriendo o creyendo sin duda descubrir algo que no había podido descubrir sólo con los ojos, porque habla de nuevo), la voz ahora diferente, diciendo: «¿Qué es lo que te pasa?»

Ella recordaría esto: no exactamente el diálogo, no exactamente las palabras dichas o redichas, repetidas o discutidas, sino las dos voces respondiéndose, alternándose, enlazándose, fundiéndose en su memoria en una especie de bloque único, indivisible, palabras y respuestas soldadas en esa especie de implacable y absurdo encadenamiento de todo diálogo, de toda palabra: «Qué es lo que te pasa, Nada, Sí qué es lo que te pasa, Te digo que nada qué quieres que me pase qué te ha dado ahora qué, Por qué pones esa cara, Qué cara. Esta cara, Yo no pongo ninguna cara, No igual crees que soy idiota imaginas que no sé bien cuando te pasa algo y cuando finges, Tú lo sabes oh mi pobre querido Georges tú lo sabes Dios mío me gustaría saber lo que tú sabes lo que tú imaginas saber porque entonces yo sabría más de lo que sé ahora basta de chiquilladas sólo porque esta noche estás furioso contra tu padre es preciso, Qué es lo que te pasa, Oh ya basta, Qué es lo que te pasa yo no soy ningún idiota, Nada te digo que nada qué quieres que invente ¿es que vas a pasar mucho tiempo repitiendo lo mismo? harías mejor en terminar de lavarte ¿sales?, No cambies de conversación, ¿Sales?, Te crees muy lista, Me parece que yo también tengo derecho a hacerte una pregunta te pregunto simplemente si vas a salir, Sí, Haces bien esto te calmará, Escúchame Louise, Haces bien ¿regresarás tarde? No lo sé escucha Louise, ¿Vas al Rubis? Por qué al Rubis qué es esa historia del Rubis, ¿No es acaso en el Rubis-Bar donde vas a jugar? ese bar que está delante del mercado de ganado, Qué es lo que supongo que es ese cerdo de doctor el que qué te ha dicho, No es en el Rubis dónde pues, Qué cerdo le voy a, Entonces sí es en el Rubis, Qué cerdo cuándo te lo ha dicho, Pobre Georges ¿crees que necesito que me lo vengan a contar? por qué finges que te indignas por qué fingir que tú no sabes perfectamente que yo sé, Escucha Louise, Entonces ¿la esmeralda no ha bastado?» Esperando que él la golpee, pero sin moverse, siempre extendida, las piernas cruzadas, en el mismo vestido claro, sin mirarlo, llevándose de tiempo en tiempo el cigarrillo a los labios, mirando salir el humo desprendiéndose de sus labios, las palabras desprendiéndose de sus labios, que quedan como el humo suspendidas un instante ante sus labios, una bola gris rodando sobre sí misma, los sonidos pronunciados, las palabras rodando las unas sobre las otras, es decir, mostrando sus diversas facetas, sus diversas combinaciones —por eso se dice sin duda «dar vueltas a las palabras»—, después (las palabras, la ensambladura de palabras) deshilachándose, disgregándose, disolviéndose en el aire nocturno, pero eso (el golpe, la bofetada) no llegó, Georges manteniéndose todavía inmóvil, ella pudiendo ver cómo suben y bajan las costillas flacas, y por fin decidiéndose a levantar los ojos, los dos mirándose desafiantes, ella con el rostro perfectamente tranquilo, apacible, dejando transparentar como mucho una curiosidad glacial, distante, como si le mirara con una especie de retroceso, desde muy lejos, a través de unos invisibles prismáticos puestos al revés, y él, la toalla todavía en la mano, desconcertado, con un aire a la vez lastimoso y abyecto, de perro flaco, vehemente, ofendido, diciendo por fin: «Entonces tú crees, tú te imaginas...»

Y ella: «Yo no creo nada, te he hecho simplemente una pregunta...»

Y él: «¿A eso le llamas tú hacer una pregunta...?»

Y ella: «Entonces no hablemos más de ello.»

Y él: «Tú crees que yo la cogí...»

Y ella: «Te hice simplemente una pregunta, no hablemos más de ello.»

Y él: «Tú me crees capaz...»

Y ella: «Si te da gusto oírlo: te creo capaz hasta de no haberla cogido, no hablemos más de ello...»

Y él: «Escúchame, te juro...»

Y ella: «Pobre Georges, no jures nada.»

Y él: «Pero yo puedo jurarte...»

Y ella: «Bueno, de acuerdo, qué importancia tiene.»

Y él: «Louise, yo te juro...»

Y ella: «Ella me ha dado sus joyas, ¿podrías quizás intentar venderlas también?» (Pensando de nuevo: «¡Ahora!», poniéndose rígida, respirando tal vez un poco más aprisa, mirando el rectángulo negro de la noche por la ventana abierta, la espesa y pesada noche de septiembre penetrando en la habitación con su violento y penetrante perfume de frutas que se pudren, trepando como una espesa capa de pintura viscosa y negra que recubriera la tierra, los árboles, las plantas incrustadas en ella, en filigrana, como esos fósiles vegetales en el oscuro espesor de las capas de carbón, los bosques engullidos, los helechos con sus delicados tallos encorvados, sus cilios, sus delicadas ramificaciones, sus folíolos engullidos intactos en el negro, la hierba, los pájaros dormidos bajo la cobertura de la noche, encerrando el perfume de las frutas secándose en los armarios, sobre los estantes cubiertos de periódicos, donde dejan manchas color de nicotina, exhalando un olor a muerte, a descomposición, estancado, encerrado, atravesado por el zinzín de los mosquitos, su mano cayendo sobre el brazo desnudo, la palma abierta viniendo a interponerse delante de la noche, y ella (Louise) mirando el breve reguero de sangre, diciendo con la misma voz impersonal): «Qué tiempo tan pesado, el cielo se cubrió al ponerse el sol, tal vez llueva esta noche, no valía la pena que regaras...»

Y él: «¿Qué es lo que has dicho?...»

Y ella: «Que no vale la pena que te esfuerces con esa bomba, porque creo que...»

Y él: «¿Qué es esa historia de las joyas?...»

Y ella: «Oh, ¿las quieres?»

Y él: «Louise...»

Y ella: «Si las quieres, tal vez podrás obtener por ellas diez mil francos, si sabes arreglártelas...»

Y él: «Louise...»

Y ella: «Diez mil francos, ¿te das cuenta?, todo lo que ella ha poseído de más precioso encerrado en una caja de hojalata, supongo que es la primera cosa que pensó coger cuando partió de allí, hay una cadena de oro rota, hebillas de zapatos desparejadas y además un montón de...» (Pero él no la golpea, dice simplemente): «Cállate» (Sin moverse, pero ella no lo ve, sería preciso que volviera la cabeza, y en lugar de eso sigue mirando rectamente ante ella, hacia la noche, el rectángulo negro, quedando sólo un instante sin respuesta, diciendo por fin, u obligándose a decir, forzándose): «¿De verdad no las quieres?» Después nuevamente el diálogo, las dos voces que se alternan, sin mezclarse ahora, una frente a otra, esa especie de vaivén, como un cambio de golpes:

«Louise

»Qué

«Para ya

«Parar qué

«Escucha, ¿quieres que me quede?

«Como quieras

»¿Tienes ganas de que me quede?

«Como quieras

«Tú prefieres que salga, ¿verdad?

«Por qué

«Qué es lo que vas a hacer

«Acostarme y leer por qué

«Escúchame Louise

«Qué

»Nada

«Pobre Georges

»Dios mío». Mirándola con aire taciturno, ultrajado, sus miradas cruzándose por segunda vez, ensortijándose, inmovilizándose un instante, después la de Louise desviándose, el busto desnudo y flaco trasladado horizontalmente a un lado, mezclado con las flores de papel pintado, la mancha caoba de la cómoda, el espejo donde por una fracción de segundo ella lo vuelve a ver, esta vez de perfil, la caja torácica enarcada como la de un perro flaco bajando y subiendo, después de nuevo la ventana, el rectángulo negro, el aliento negro de la noche, esa cosa tenebrosa y viscosa que parece penetrar, desparramarse sin cesar por la habitación, a pesar de los esfuerzos de la lámpara eléctrica para retenerla fuera, como una marea de hormigas ciegas subiendo pacientemente al asalto, el eco del estertor llegando ahora del exterior, con el olor cadavérico y fermentado de los millares de peras que se pudren sobre la tierra negra, la voz de Georges golpeándola esta vez por el costado (pero ella sin sobresaltarse, siempre tumbada, inmóvil, sólo su corazón late un poco más aprisa) diciendo: «Te acuestas con él, ¿verdad?»

Ella no respondió, moviéndose, apoyándose en un codo para alcanzar el cenicero, aplastar el cigarrillo, coger otro del paquete que está sobre la mesita de noche, después siguió allí, el brazo levantado, los dedos vacíos, todavía en la posición de sostener el cigarrillo, la mano ocupando de nuevo el lugar en que se encontraba cuando él la golpeó —no muy fuerte—, habiendo cedido el brazo bajo el golpe, retrocediendo y recuperando luego la misma posición, como impulsado por un resorte, el cigarrillo rodando por el suelo sobre la alfombra y deteniéndose. La mano se movió de nuevo, llegó hasta la cajetilla que había sobre la mesilla de noche, la sacudió para que salieran los cigarrillos (el otro brazo replegado bajo ella, manteniendo siempre el busto levantado), cogió uno, se lo puso entre los labios, el corazón latiendo todavía violentamente en su pecho, la voz de Georges alcanzándola nuevamente desde un lado, diciéndole: «¿Eres su amante? Responde.»

Y ella: «Sí» (esperando por tercera vez que él la golpee, esperando que la golpeará, mientras piensa: «Hazlo por Dios hazlo por Dios por Dios por Dios», pero, en vez de eso sólo la voz diciendo): «Sé que lo han destinado a Pau, ¿vas a irte con él?»

Y ella: «No sé, tal vez...»

Y él: «Maldita sea...»

Y ella: «Pobre Georges...»

Y él: «¿Cuándo?...»

Y ella: «Cuándo, ¿qué?»

Y él: «¿Cuándo vais a largaros?...»

Y ella: «No podrías hablar de otro modo... ¿A santo de qué, por qué nosotros...?»

Y él: «De acuerdo, ¿cuándo piensas irte?»

Y ella: «No lo sé, pero no antes de que ella haya muerto.»

Y él: «Que ella... ¿qué tiene ella que ver en todo esto, acaso...?»

Y ella: «Yo...»

Y él: «Está bien, muy bien, por lo que me importa, oyes, no me importa nada, si supieras lo poco que me importa...» Y cuando él se ha ido, ella se queda allí un buen rato, sin hacer un solo movimiento, el cigarrillo sin encender siempre entre los labios, hasta que se lo quita, mirando un momento el extremo húmedo, chasqueando los labios ligeramente para arrancarse una brizna de tabaco, dejando por fin el cigarrillo en el cenicero y permaneciendo luego tendida, apacible, la mano de tanto en tanto secando las sienes, y un poco más tarde viendo su rostro a través del cristal de las lágrimas, acudiendo a su encuentro, máscara de ahogada, en el espejo del cuarto de baño, subiendo a la superficie a través de las profundidades verdes, impreciso, como líquido, disuelto en la diamantina transparencia de las lá6rimas, emergiendo poco a poco —como la imagen que el fotógrafo enfoca sobre el cristal esmerilado— mientras ella se moja los ojos, el dibujo, los rasgos concretándose, hasta que quedan perfectamente nítidos, los ojos ahora secos, las pupilas como lentejuelas mirando todavía sus dobles, vacíos, fríos ahora, sin expresión, mientras la mano coge maquinalmente la borla, se la pasa por la nariz, por la frente, la tira antes de terminar, cogiendo (la mano continúa el movimiento sin detenerse) una toalla (y tal vez, al mismo tiempo, un

encogimiento de hombros, una crispación de los labios), quitándose furiosa los polvos, cogiendo luego la crema limpiadora, pasándosela por la cara, arrojando luego el tubo, limpiándose de nuevo con la toalla la crema recién puesta, la mirada fija, frente a frente, inmóvil, ante su propia imagen espantosamente tranquila, dándose vuelta después (moviéndose, pudiendo sentirse en movimiento, como privada de peso, flotando en esa especie de calma terrible, de vacío): apagó la luz, salió del cuarto de baño, atravesó la habitación (apagando también la luz), recorrió el corredor y, abriendo la puerta, se encontró, no en presencia o en contacto con, sino, por así decirlo, dentro del estertor que llenaba la pieza, la penumbra, desmesurada, la mano arrugada posada esta vez inmóvil sobre la sábana, el rostro (la máscara acartonada de Ramsés II) bajo la luz de la lámpara tamizada por un pañuelo que han colocado sobre la pantalla (como si la muerte tuviera algo indecente y exigiera, como la fornicación, el secreto, una luz atenuada, y se rodeara, debiera rodearse de esas púdicas precauciones destinadas a ocultar el carácter en cierto modo obsceno, insoportable, que está ligado a esos dos momentos extremos: la llegada al mundo y su contrario, la partida), pareciendo que este rostro se ha desecado, arrugado, empequeñecido, todavía más, de modo que se diría más desproporcionado que nunca respecto al estertor, ese ruido de fuelle de fragua que escapa de él, Louise inmovilizándose al pie del lecho, mirándola con esa especie de espanto, de estupor (y de rebeldía, de cólera), pensando: «No es posible que ella haga, que pueda hacer tanto ruido y durante tanto tiempo...», pensando paralelamente (ya no ella: la rebeldía, la cólera): «No es posible que me obligue, que tenga el poder de...», después la sintió cerca, antes de haber oído nada, sobresaltándose (había olvidado su presencia), la extraña y dulce cara de Polichinela discretamente maquillada, llegándole justo a la altura del hombro, el cuerpo deforme bajo la blusa blanca, como una insólita aparición surgida de la nada, del reino tenebroso donde tal vez ella dialogaba de igual a igual, por así decirlo, familiarmente (como ese barquero encargado de transportar las almas de una orilla a otra), con aquellos a quienes ayudaba a morir, en ese lenguaje sin palabras que debía sin duda conocer, diciendo (su caricaturesca y macabra boca pintada de cascanueces abriéndose, ensanchándose en una sonrisa alegre, dulce): «Está bien, no ha pedido nada, no se ha movido desde que...», y Louise: «Pero no era preciso, usted no ha debido...», mirando el sillón, el chal abandonado, pensando: «Pero tal vez ella no necesita reposo, tal vez esto forma parte de su oficio, de su función, de su naturaleza. Como su joroba...», englobándola, comprendiéndola en la misma ola de rebelión, de cólera, de desesperación, diciendo bruscamente: «Buenas noches, buenas noches», abandonando la habitación, encontrándose (ella recordaría que se había encontrado) un instante más tarde en su cuarto de baño, de nuevo frente al espejo, quitándose, esta vez realmente, el maquillaje, extendiendo sobre su cara (como si hubiera sido la de otra persona, mirándola, impasible, rígida, de madera) con gestos bruscos la crema de perfume dulzón, mientras podía escuchar a través del delgado tabique la voz de Sabine (pero no se interrumpió, siguió desmaquillándose con los mismos gestos precisos, mecánicos, impersonales) llegándole como una especie de fondo sonoro, indistinto, continuo (sin escuchar, sin tratar de escuchar, todavía de pie en su soledad, frente a frente con esa cara de maniquí que la mira sin simpatía, ausente), la voz invisible susurrando siempre, con su cháchara locuaz, quejosa, vehemente, como una especie de recitado monótono, hasta que, de pronto, sin advertirlo, sin inflexión terminal, cesó, se detuvo en seco, y entonces nada más, pudiendo oír Louise en el silencio las gotas que caían, una tras otra, del grifo del lavabo, después la voz elevándose nuevamente, repitiendo sin duda la misma pregunta, con inflexión esta vez en las últimas palabras de la frase, dando mayor énfasis al final, al extremo de la frase, como si la mantuviera suspendida, en vilo, en ruptura de equilibrio, para exigir, hacer inevitable, obligatoria, la respuesta, y entonces: la otra voz elevándose esta vez muy cerca, sin duda al otro lado mismo del tabique, y precisa, y no necesitando siquiera ser precisa para aquello que estaba diciendo, el acento, la laxitud, la sequedad del tono siendo ya suficiente, diciendo (y más que decir, significando): «No», la voz de Sabine surgiendo antes incluso de que la otra se hubiera apagado, distinta ahora, muy próxima también: Louise podía verla, imaginarla, apareciendo en el umbral de la puerta, sin duda a medio desnudarse, una prenda de vestir (o un cepillo, o un peine) en

la mano —la mano untada de crema y cargada de anillos— manteniéndose erguida en esa especie de aura resplandeciente (como si emanara de ella, aun estando inmóvil, un permanente e indecente tintinear de joyas, de pulseras entrechocadas), con sus cabellos rojos, su rostro envejecido y pintarrajeado, su carne vulnerable, parecida, en el amplio, diáfano y suave camisón, a un personaje de ópera, una vieja cantante desmelenada, enjoyada, loca y semidesnuda, encarnando no sabemos qué patética escena, un patético y desigual combate perdido de antemano (y en el personaje y en ella misma repitiéndose sin cesar la misma y tremenda escena del adiós, donde retoma obstinadamente, ciegamente, el papel, el éxito, el disfraz de sus veinte años, afónica, descarnada, exhibiendo sus viejos senos caídos por el escote), perdido contra el tiempo, de modo que Louise no tuvo necesidad de oír distintamente lo que decía para saber, para prever el fracaso, la respuesta del viejo repitiendo por segunda vez, sin apresuramiento, y en tono tranquilo: «¡No!» Ella se mantuvo inmóvil, reteniendo la respiración, oyendo cómo se respondían alternativamente las dos voces invisibles, apagadas pero distintas —como si le llegaran no sólo apagadas por la interposición del delgado tabique de ladrillos, sino desde muy lejos en el espacio y en el tiempo, como si ese alejamiento les confiriera una especie de existencia propia, decantándolas, despojándolas de todo lo que en realidad (el contacto directo con la realidad) viniera a importunar su percepción, solicitada ésta de todos lados, desparramándose, dispersándose—, los dos personajes, pues, reducidos sólo a su voz, devueltos por así decirlo a su principio, a su ser esencial, la voz de inflexiones patéticas y dolientes de cantante chocando contra la paquidérmica, cansada, paciente e inquebrantable oposición de la otra voz:

«Pero, puesto que ella no sabrá nada, que no se dará cuenta de nada, que está sin conocimiento... Vas a dejar a tu hermana, a tu propia hermana, morir como un perro, como si no fuera otra cosa que un perro, una bestia, y puesto que no se daría probablemente cuenta de nada, que es cuestión de unos minutos, justo el tiempo de poner un poco de aceite en la frente y en los pies y decir una...

—Te he dicho que no.

—Entonces tú te opones a...

—No soy yo, es ella, es ella la que siempre lo ha querido así, y tú lo sabes...

—No es ella, puesto que ella ya no siente, no ve, no puede decir nada, ¿acaso tú puedes decir, adivinar, saber lo que en este momento pasa por su espíritu?, ¿si tal vez ha cambiado de opinión?, ¿cómo puedes saber que ahora no lo desea, lo que diría si pudiera hablar?, nadie todavía en esta casa ha muerto de ese modo, y ahora que se trata de tu propia hermana vas a permitir que vengan simplemente a buscarla y llevársela y meterla en un agujero como si fuera basura, como una cosa de la que uno se desprende escondiéndola, hundiéndola, echándole tierra encima... ¿Me estás oyendo?» Deteniéndose, por un instante, la oleada de palabras, Louise pudiendo verla, imaginarla, inmovilizada en su postura teatral de vieja diva, esperando, mendigando —no ya los aplausos, ni siquiera tal vez un asentimiento: sólo un signo, un indicio, la atención—, en el rostro esa expresión un poco extraviada, ese mismo pánico de la vieja Walkiria resplandeciente de pedrerías o más bien (en el decorado amarillo y esmaltado del cuarto de baño sembrado de pájaros japoneses y de ramas de cerezos en flor) de Madame Butterfly en su quimono tornasolado, su cara desencajada, comprimida, que ha llegado jadeante al pasaje, a la nota donde se desencadenaba antaño el trueno de las aclamaciones, las ovaciones, escrutando con los ojos la sala medio vacía donde cabecean en platea algunos viejos abonados que se han acostado todos con ella —y a los que por otra parte esto ha dejado desde hace mucho tiempo de interesar (acostarse y oír cantar, incluso a otras más jóvenes), ella, pues, de pie entre la nieve de las flores primaverales, el eterno y silencioso gorjeo de los pájaros exóticos posados en las ramas rojas, y él también sin duda a medio desvestir (o desnudándose, porque de pronto ella dice: «Ya sabes que no lo puedes hacer solo, espera...», y él: «Sí», y ella: «Ahora el otro... Se ha enredado, naturalmente, como siempre... Espera que encuentre... Ya está»), macizo, sin duda sentado, y ella inclinada sobre él, abrochando quizá la chaqueta del pijama sobre el enorme vientre desnudo de piel extrañamente blanca, extrañamente fina, vulnerable, desarmante, Louise siempre de pie delante de su imagen, espiándola, en esa especie de doble

soledad vigilante, inmóvil, el tubo de crema —o quién sabe si ahora el cepillo— todavía en la mano, sin moverse, no por miedo a hacer ruido, a que la descubran, ni siquiera para oírlos mejor (del mismo modo que los viejos abonados cansados y sin embargo asiduos: sin duda porque la voz —o la ausencia de voz— de la vieja cantante ajada ya no es objeto de su fidelidad o simplemente de su presencia, como tampoco lo es el interés por los personajes que debería encarnar, la larga y ectoplásmica teoría de las heroínas gesticulantes y vociferantes que pasean majestuosas por los escenarios polvorientos sus trajes de cola, sus diademas y sus joyas falsas, sino la soñolienta y sin embargo inaplacable nostalgia de algo que todas esas Julietas vocingleras o las Margaritas de trenzas postizas son menos capaces de resucitar que cualquier hábil bisturí y cualquier vigorizador injerto de mono), contentándose pues (Louise) con registrar maquinalmente, pasivamente, las voces, las palabras («¿Y dónde la van a meter, ya lo has pensado? —¿Meterla? —Sí, meterla, ya sólo queda sitio para dos, cuando enterramos a papá sólo quedaban tres sitios vacíos... —¿Y? —¿Y nosotros, dónde nos meterán a nosotros...? Ni siquiera tendré derecho a estar entre los míos, allí donde toda mi familia, desde siempre... —Bueno, todavía quedará un sitio... —¿Y tú? —A mí me da lo mismo, podéis... —De modo que a ti te da lo mismo, yo por mi lado, tú por el tuyo, no importa dónde, te da lo mismo...»), pudiendo ver dibujarse detrás de la varita mágica del director de orquesta la tradicional tela pintada agitada espasmódicamente por las corrientes de aire entre bastidores (a menos que no fuera el aliento expectorado a través de la complicación serpentina de los cobres) y en la que el sempiterno y fastidioso claustro italiano pintado en grisalla sirve de fondo a la sempiterna tumba de cartón erigida como imperecedero monumento a la imperecedera gloria de las glándulas de mono en una especie de apoteosis macabra, de eterna perpetuación: la vieja no dejando oír desde el otro lado del tabique más que un murmullo indistinto, doloroso, como una queja, inclinada siempre —vistiéndolo y desnudándolo según el momento— sobre el cuerpo monstruoso, impotente e informe, como sobre el caricaturesco fantasma de su juventud, asistiendo por anticipado a su propio entierro, sus propios funerales, imaginando sin duda confusamente una especie de supervivencia bajo la forma de una vaga existencia subterránea, donde el viejo y ella se encontrarían por fin perfectamente unidos (es decir, sin posibilidad de escapatoria, de traición, de infidelidad), después de una corta y provisional separación, durante la cual él —o ella— esperaría a que el otro —o la otra— viniera a reunírsele, existencia no obstante (y a pesar de sus atractivos: eterna, absolutamente posesiva y exenta de alarmas) demasiado hipotética sin duda e incluso de las más dudosas, a pesar de que ella se ocupara de organizarla por adelantado en todo detalle, como esas damas que, en las agencias teatrales o de viajes, reservan dos asientos vecinos para el espectáculo o en el tren, y se informan a través del empleado de multitud de detalles precisos (Louise recordando haber oído contar en su infancia la historia de una vieja prima de la familia que, diez años antes de su muerte, había encargado su ataúd y, durante estos diez años, había vivido por así decirlo con él, el ataúd colocado en su salón como una especie de cofre de madera sobre el que incluso a veces alguien se sentaba, trabajando ella sin descanso, durante estos diez años, en su ornamentación, su comodidad, proveyéndolo de almohadones, de cojines que ella probaba acostándose en él, invitando a sus visitantes a que lo hicieran también, ponderándolo, lustrándolo, perfeccionándolo sin cesar), y ahora Louise podía escuchar a través del tabique los fragmentos de un cálculo complicado, Sabine especulando aparentemente sobre el probable y avanzado estado de descomposición de los cadáveres más antiguos de la familia (que nombraba), putrefacción e incluso, esperaba, pulverización que permitiría sin duda —como había oído decir una vez que se había hecho en el panteón de una familia amiga y demasiado numerosa— reunir varios restos en un solo y colectivo féretro (los féretros también, según había oído decir, reducidos a polvo, de modo que fue necesario para esa última reunión familiar hacer fabricar uno nuevo), especulación sin embargo tan vaga, tan problemática, y en definitiva tan azarosa que (o tal vez fuera simplemente la visión de esos restos, de esas sobras familiares, esa mezcla de cráneos y huesos anónimos exhumados por un instante y en seguida inhumados de nuevo, mezclados unos con otros) la voz de Sabine pareció de pronto desgarrarse, retorcerse, elevándose en un grito, una protesta desesperada,

furiosa (e incluso agresiva, indignada, terca), diciendo: «¡Yo no quiero morir!», el viejo contentándose sin duda con mirarla sin decir nada, porque al cabo de un instante la voz —la protesta, el desafío— se elevó de nuevo, aunque en tono más débil (pero Louise podía percibir que no era tanto por el hecho de su intensidad, como porque no procedía ya del mismo lugar, Sabine habiéndose desplazado sin duda entre los dos gritos, el segundo, apagado, pareciendo proceder de la habitación), diciendo: «Yo detesto la muerte, la idea de la muerte, no puedo soportar...»

Esta vez, la otra voz no la dejó concluir, se elevó antes incluso de que el grito se hubiera apagado, e incluso lo dominó (no por la fuerza, sino al contrario por su placidez, su calma, su cansancio), ahogándolo, diciendo: «Vamos, por favor, deja esa botella, ¿no crees que por esta noche ya has...?», y ella: «He bebido apenas un vasito, pero, naturalmente, a ti te importa un bledo...», y él: «Vamos...» El se incorporó, o mejor Louise le oyó levantarse: el chirrido sobre el suelo del sillón empujado, el ruido, esa especie de jadeo silencioso (y sin embargo perceptible a través del tabique: no audible, pero percibido sin duda por otro sentido que no era el oído) que procedía no de los pulmones, sino, parecía, de toda la enorme masa de carne pugnando por incorporarse, por ponerse de pie, después desplazarse, moviéndose con ese pesado y tambaleante paso de pato; después, aun antes de que hubiera llegado, de que hubiera tenido tiempo de llegar a la habitación, la voz de Sabine (pero como estrangulada, es decir, las primeras sílabas, el comienzo de la frase aglutinado, con esa especie de ruido particular que hace una garganta obligada con precipitación a pasar de una de sus funciones —deglutir— a otra —emitir sonidos—, de modo que los primeros salen como envueltos en un ruido mojado, la voz reafirmándose después, afirmándose, retomando poco a poco su seguridad, gracias a ese formidable aplomo —o astucia, o trampa— que parece ser el atributo de toda criatura hembra y que posee ya la chiquilla a la que sorprende la madre hurgando en el bolso, por poco que haya tenido simplemente tiempo, no de soltar el bolso, sino de sacar de él la mano, el mero hecho de haber podido sacarla a tiempo bastándole para conferirle ese aire de perfecta inocencia, de perfecta buena fe, que le permite decir con absoluto candor, a despecho de las marcas de carmín que embadurnan todavía su rostro: «No, yo no... Yo nunca... No estaba haciendo nada...»), la voz de Sabine, pues, adelantándose a decir: «Oh... Mira, apenas he... Dios mío, quien te oyera, quien te viera, creería que soy una vieja borracha, cuando todo lo que hago es tomar unas gotas, una lágrima de coñac para que me ayude a dormir, como si con todas las preocupaciones que tenemos... ¿Crees que es necesario que lo encierres con llave, crees que después de tanto tiempo yo no hubiera podido encargar otra llave, si quería beber sin que tú...?», después la voz apagándose, renunciando (sea —por ella misma— a repetir las palabras ya mil veces dichas; sea ante la evidente inutilidad de continuar, el ruido de los resortes del somier, gimiendo bajo el formidable peso de huesos y de carne, elevándose como única respuesta; sea incluso porque alguna de las últimas palabras pronunciadas se hubiera deslizado por un conducto subterráneo, mientras la voz proseguía, arrastrada por su ímpetu, la palabra en cuestión (es decir, lo que al principio no era más que un ruido), prosiguiendo astutamente esa misteriosa mutación que puede transformar un inofensivo conjunto de sonidos en algo tan corrosivo, tan abrasador, tan intolerable como un veneno —la súbita mordedura, el ataque interno, la llaga reavivada—, pues:) la voz se alzaba de nuevo, otra vez cambiada, distinta, angustiada ahora, implorante, diciendo: «¡Pierre!»

Y él: «¿Qué?»

Y ella: «Pierre, ¿crees que soy tan vieja?»

Y él: «¡Vamos!»

Y ella: «¿Crees pues que soy tan vieja?»

Y él: «¡Por favor!»

Y ella: «Porque al fin y al cabo no soy vieja, tengo diez años menos que tú, no soy vieja, una no es vieja a mi edad...»

Y él: «¡Vamos, por favor!» Después, nuevamente, Louise dejó de oírlos, por lo menos de manera clara, percibiendo sólo un vago murmullo, ahogado, tal vez una queja, tal vez sollozos, pudiendo sentir al mismo tiempo, por segunda vez en la noche, esa especie de cosa negra,

irresistible (que no era la noche, pero había sido traída por la noche, o al amparo de la noche, tal vez existiendo en alguna parte, escondida, al acecho, durante el día, y aprovechando la noche para resurgir, insinuarse, infiltrarse, mezclada a —o traída por, o incluso a favor de— el repugnante y mortal perfume de los frutos pudriéndose, tenaz, innumerable y vasto), trepando invisible, sin prisa, y Louise sofocándose, pensando: «Tal vez sea sólo este tiempo, esta tormenta que no se decide...», oyendo casi simultáneamente las primeras gotas caer sobre las hojas del castaño y la voz de Sabine (bruscamente muy cerca, como si hubiera hablado en la misma habitación, Louise sobresaltándose, con la sorpresa, no de oírla de pronto tan cerca, otra vez en el cuarto de baño, justo al otro lado del tabique, más o menos en el sitio donde había estado un momento antes el viejo, sino del imprevisible, del completo cambio de tono, del completo cambio de preocupaciones, de pensamientos, si no de espíritu, de alma —sin duda por efecto de este principio que hace que uno puede esperar siempre de una mujer, joven o vieja, casi cualquier cosa, comprendidas las más bellas o las más difíciles, la más corriente, la más banal de estas variaciones, de estos bruscos cambios de dirección sin previo aviso que consisten en emprender con la mayor tranquilidad la reparación (con esa fría y minuciosa atención que es sin duda herencia de siglos de experiencia: no la experiencia de los maquillajes, de los afeites, sino del hombre) de los desperfectos ocasionados en un maquillaje por el supuestamente incontenible torrente de lágrimas que corría un instante antes por sus mejillas, que era con toda probabilidad lo que estaba haciendo Sabine, preguntándose ahora Louise si lo que ella había tomado por sollozos no habría sido simplemente el gluglú del lavabo, a menos —porque ahora se añadía un tintineo de vidrios entrechocados— que no fuera todavía otra cosa, ya que uno podía muy bien llenar de coñac una botella de perfume con la etiqueta «Cuir de Russie», o «Arpége», o «Bandit», colocada inocentemente entre las otras, llenas del mismo líquido ambarino, en el estante del tocador: y sin duda se trataba de esto, porque cuando se elevó de nuevo la voz de Sabine —ahora distraída (demasiado), demasiado apacible, verificando simplemente—, tenía esa imperceptible resonancia pastosa, al decir:) «Mira, ¡está lloviendo!», y después, casi en seguida, también sin transición, aunque esta vez parecía aplicarse, esforzarse en la indolencia, lo anodino, hablando en ese tono en que se habla solamente para amueblar el silencio, para decir cualquier cosa, mientras nos entregamos a otra ocupación (por ejemplo a esas misteriosas y graves operaciones que requiere la complicación de las cremas, de los tubos, de los múltiples potes de tonos suaves, de contenidos misteriosos, suaves y secretos, vagamente inquietantes, fascinantes, como una emanación misma de la delicada carne de las mujeres en su secreta y terrible complicación, su violencia y su vertiginosa suavidad): «Pero, Georges, estuvo todo el tiempo cerca de ti, ¿no?», después, sin esperar la respuesta, o adelantándose a ella, o haciéndola imposible, diciendo: «Quiero decir... Tú no me contaste exactamente cómo lo hicisteis... ¿Estuvisteis todo el tiempo juntos, u os separasteis en grupos? Quiero decir: ¿se separó Georges para buscar en un sector con algunos de esos hombres, mientras tú y Julien estabais ocupados en...? Quiero decir: ¿no habría sido posible que...?», después (como si no quisiera oír la respuesta, como si de pronto hubiera tomado conciencia, retrocediendo, asustada, ante las posibles consecuencias de su pregunta), dando precipitadamente marcha atrás (es decir, lo que para un hombre hubiera sido batirse en retirada, pero que, para ella —y una vez más en virtud de esa prodigiosa facultad de las mujeres de volver en su provecho las leyes a las cuales el común de los mortales está sometido, haciendo por ejemplo que lo alto sea lo bajo o la oscuridad sea la luz—, lo que para ella, pues, se transformó en un fulgurante salto hacia adelante, y aún más, en un ataque, una estocada), diciendo muy aprisa: «Porque tú no serías capaz de ver ni siquiera lo que pasa a dos dedos de tus narices, ya no la barriga de esa muchacha, que esta noche saltaba a la vista, sino tan siquiera lo que ocurre aquí, bajo tu propio techo, lo que concierne a tu propio hijo, a tu propia nuera...» Pero tampoco en este momento Louise se movió: podía imaginarla (a Sabine) en pie quizá como ella ante el espejo, los dos espejos, en cada uno de los cuartos de baño, colocados encima de sus respectivos lavabos, y, sin duda por razones de cañerías y desagües, exactamente dorso contra dorso a un lado y otro del tabique, de modo que le parecía ver a Sabine en el mismo lugar de su propia imagen virtual, las dos (Louise y

Sabine) una enfrente de la otra, la vieja inmóvil, con su agresiva cabellera roja, sus velos, sus manos enjoyadas, en esa postura, esa actitud de alguien que da la espalda a su interlocutor y que acaba de hablar (por así decirlo, detrás de su propia cabeza), esperando, mirando de reojo (como si también la mirada se esforzara en ver detrás de la cabeza, espiando, confiriendo al rostro esa expresión de expectativa solapada, desconfiada, al tiempo que ligeramente inquieta, un poco ansiosa, la mirada del cazador que acaba de lanzar el cebo y se mantiene alerta, un poco crispado), o tal vez rápidamente, para llenar la espera o entrar en calor, pero sin perder el cebo de vista, tragando apresuradamente un sorbo de aguardiente, Louise creyendo oír de nuevo un ligero tintineo de cristal, pudiendo verla, en el espacio de un relámpago, la cabeza hacia atrás, como vencida hacia atrás por el peso, la masa llameante de mechones rojos, la mano endiamantada acercando a los labios (o mejor haciendo chocar contra ellos, con un gesto salvaje, fulminante, subrepticio) el vaso, o tal vez incluso la botella —la vieja boca pintada chupando ávidamente, directamente del gollete— con su elegante etiqueta donde figura en elegante tipografía el nombre (tal vez, en el entrelazamiento de las ramas de cerezos en flor y de pájaros exóticos de delicadas patas color coral, «Mitsouko», o quizás «Désir», o tal vez incluso —quién sabe— «Ivresse») y el mismo frasco con formas de caderas, de senos, como un voluptuoso equívoco, alusión, ilusión, pero todo muy aprisa, pudiendo percibir Louise, o creyendo percibir casi inmediatamente el ínfimo ruido (un roce de cristal esmerilado) del tapón devuelto a su lugar, al mismo tiempo que oye de nuevo la voz (elevándose ahora en respuesta a la pregunta planteada, o quizás incluso sin pregunta alguna, porque esta vez Louise no percibió nada, sea porque desde la habitación, de la enorme montaña de carne tumbada ahora en el lecho no brotó más que un gruñido, o tal vez ni siquiera eso, sólo el roce de una página del periódico al darle vuelta, sea porque el corto instante de silencio correspondía sólo a una de esas pausas sabias, como las del actor que manipula sus efectos, para estimular, aguijonear la atención, o tal vez incluso, mucho más prosaicamente, a un simple alto en la cantina), la voz diciendo: «Ese ingeniero de petróleos, ella es su amante, estoy segura, me dejaría cortar la cabeza, son cosas que una presiente, que...», las pulsaciones, la afluencia zumbadora de la sangre un poco más rápida, pero apenas, y quizás una pizca de calor en las mejillas, pero manteniendo la misma mirada dura, fría, en exceso tranquila —la suya— que seguía mirándola sin parpadear, sin emoción aparente, desde el otro lado del espejo, en el mismo lugar en que debía encontrarse la vieja, después, al cabo de un instante, eso se atenuó, cesó, sus oídos podían percibir de nuevo la voz de Sabine, comprendiendo al mismo tiempo que nunca había en realidad dejado de oírla y que no habían sido sus oídos, la sangre más rápida, sino una especie de desconexión, su atención totalmente acaparada por ella misma, o tal vez por ese doble que la observa sin complacencia, injuriándola, repitiendo con esa sombría, calma y fría rabia: «Idiota idiota maldita idiota», mientras era ella misma presa de esa misma cólera (y no por haber sido descubierta, por haberse, de un modo u otro, traicionado, no), esa misma rabia impotente que había sentido ante la caja de joyas, regalo de la moribunda, la vieja caja sobre cuya tapa la imagen de una mujer joven, lánguida, y de un perrito rizado con un lazo azul se repetía, indefinidamente reproducida sobre la tapa de la misma caja en pequeño que la mujer tenía en la mano (en realidad, es decir, de manera visible, sólo dos veces, porque la tercera cajita de galletas era ya tan pequeña que la mujer no era más que una manchita sobre la verde hierba, y el perrito sólo un punto, pero la idea de esta repetición sin fin, cuya percepción escapa a los sentidos, a la vista, precipitando al espíritu en una especie de vertiginosa angustia), la duración de ese diálogo rabioso entre ella misma y su doble habiendo sido sin duda más largo de lo que hubieran dejado sospechar las pocas palabras (la implacable, furiosa y monótona repetición de la misma injuria), no intercambiadas, sino asestadas y encajadas del mismo modo (es decir, como dos adversarios que se odian a muerte, intercambiando golpes en silencio, sin una queja, como si recibir y dar golpes fuera, por una tácita convención, considerado por ellos no sólo como un asunto privado alrededor del cual no se hace ningún ruido, sino como el único modo posible e incluso normal de relaciones), porque ahora (cuando recomenzó a poder captar lo que la otra decía) Sabine había cambiado una vez más de tema (suponiendo que una mujer deje nunca de

hablar del mismo tema, y suponiendo también —porque sería sin duda injusto limitar esto a las mujeres—, suponiendo que las toneladas de discursos, de volúmenes, de razonamientos, de ficciones, de especulaciones acumuladas por el hombre, no hayan tenido nunca por tema otra cosa que la misma preocupación, la insoluble interrogación: él mismo), hablando ahora (Sabine) con una voz tranquila, indiferente y, parecía (aunque elevara el tono, gritara casi para dominar el ruido de la lluvia que caía con fuerza en el exterior), cadenciosa: las frases, las lentas y perezosas inflexiones de la voz —y a veces un poco demasiado modulada, un poco más alto de lo que exigiría la mera necesidad de hacerse oír por encima del ruido de la lluvia, como si otra cosa, que ella no podía controlar (Louise se preguntaba cuál sería ahora el nivel del líquido en el elegante, el voluptuoso frasco en forma de busto de mujer), la hiciera a ratos extraviarse—, las inflexiones calcadas sobre el propio ritmo de los gestos, la mano con el cepillo pasando y repasando sobre la ardiente y roja cabellera, mientras a través de la insípida charla le parecía verlos: a los dos, el hombre y la mujer, que no eran ya más que una pareja de viejos, no dedicados a discutir (ya que, aparentemente, el hombre-montaña había dejado desde hacía un buen rato de dar otra respuesta que vagos sones indistintos, emitidos no a guisa de respuesta sino, por así decirlo, como señales, e incluso: no señales de atención, de interés por lo que ella contaba, sino, en cierto modo, como una simple manifestación —el sonido, el ruido de la garganta— de existencia, como un reflejo desencadenado, no por las palabras, sino por el silencio —como el viajero que dormita en el ruido monótono del tren y que despierta en las estaciones—, es decir, cuando cesando el fluir de las palabras, el silencio se restablecía, se prolongaba, se espesaba, le hacía comprender que ella esperaba, exigía, se consideraba con derecho a esperar esa muestra, esa prueba de su presencia, antes de recomenzar a hablar), no en plan de pelear, pues, sino cumpliendo la serie de gestos, de ritos, acompañados o no de palabras —escuchadas o no— que sancionaban el fin de cada día, Louise pudiendo verlos surgir a los dos, materializarse poco a poco a través del ruido múltiple de la lluvia nocturna, las múltiples rayas negras entrecruzándose, superponiéndose, borrándose, persiguiéndose, viejos films, y ellos parecidos también a esos personajes de las viejas películas anacrónicas: ella con uno de esos sombreros en forma de campana descendiéndole hasta los ojos, uno de esos collares demasiado largos, uno de esos trajes en forma de tubo, adornado con varias franjas de flecos y llegando apenas a las rodillas, que dan a las mujeres (con sus zapatos claros, sus cabellos cortos y sus labios pintados) la apariencia de muchachitas perversas y endomingadas, él no muy diferente todavía al joven profesor con barbita y con gafas que figuraba en la fotografía de la boda (aunque no lleva ya barbita ni gafas, pero tampoco todavía la barriga), ridículamente provisto de un sombrero en apariencia demasiado grande que se le hunde hasta las orejas, y de uno de esos pantalones estrechos y demasiado cortos, y de polainas, y de un bastón, los dos moviéndose a través o más bien detrás de la cortina de lluvia negra y espesa (como si una mano rabiosa hubiera tejido delante o por encima de sus imágenes esa furiosa red —de la manera en que un niño garabatea las ilustraciones de un libro— para borrarlos, para tacharlos, a ellos, a sus gestos muertos, sus sonrisas muertas, sus bocas mudas abriéndose y cerrándose), en un decorado asimismo anticuado y difunto: algo apareciendo vagamente bajo los garabatos, con palmeras al fondo y tal vez un malecón —o un paseo— a orillas del mar, y tal vez uno de esos casinos posados sobre la superficie del agua, como uno de esos insectos de largas patas separadas, con una morfología de insecto, marquesinas, ventanas, vidrieras, puertas en forma de élitros, alas, abanicos, ojos con facetas, y, como una vieja emperatriz, sobrecargada, coronada de encajes, de balaustradas, de festones de hierro, un mar de tarjeta postal viniendo a romperse a sus pies, y además algunos coches de caballos entre los automóviles de formas brutales, también los coches semejantes a viejas damas, a viejas emperatrices, con sus baldaquines con flecos, sus silenciosas ruedas cauchutadas hechas para rodar entre las matas de adelfas y las plantas tropicales en las avenidas regadas tres veces al día, y sus viejos rocines ensombrerados, y también esos palacetes demasiado blancos, como construidos a piezas, de cúpulas rosadas o malvas, el todo —decorado y personajes— poseyendo en común ese no sé qué vagamente fabuloso que parece ser el privilegio de esos actores del cine mudo o de los maniquíes de

escaparate, es decir, la imposibilidad de concebirlos sin ropa, desnudos, tanto en lo físico (senos —en esa época en que ninguna mujer parecía tenerlos—, vientre, caderas, sexo, pelos) como en lo espiritual, es decir, incapaces, parece, de sentir nuestras pasiones (salvo a la manera de los protagonistas de aquellas películas, a los que se podía ver, dicen, en los burdeles, entregándose —los hombres barbudos y las mujeres en camisolas burbujeantes, arremangadas hasta las axilas— a una irrisoria parodia de los gestos del amor en una pantomima furiosa —o mejor frenética— y sincopada, aproximándoles más a esos autómatas torpemente animados por un mecanismo de relojería que sólo es capaz de imprimir gestos simples, elementales, esenciales —privados de esa vaguedad, esa imprevisión, esa inconclusa vacilación que es el sello de lo humano—, más parecidos, pues, a autómatas que a seres de carne y hueso, y excluyendo en la misma fornicación toda idea de voluptuosidad, toda emoción), encarnando, por así decirlo, pasiones descarnadas, al modo, por otra parte, de ciertos actores de moda en aquella época, cuyos nombres (Pola Negri, Valentino) de consonancias hispánicas o sudamericanas, así como sus rostros (los rostros de estos nombres) de cabellos engominados, rizos pegados a las sienes, uno diría que pintados (escapando así a su condición de pelos, descartando, suprimiendo toda idea de pilosidad, del mismo modo en que se asignaba a las estrellas de origen anglosajón una rubia cabellera, impalpable, etérea, irreal) sobre unas cabezas de celuloide también ellas prefabricadas, haciendo que estas vedettes nos parezcan tan lejanas a nosotros, tan extrañas a la realidad cotidiana como Fedra o los personajes de los tradicionales teatros de Extremo Oriente —de ahí sin duda el epíteto de «clásico», frecuentemente utilizado hoy día para designar aquel período del cine, arcaísmo del lenguaje, o de las actitudes, o de los vestuarios, que bastaban sin duda para garantizar esta transposición necesaria, para trascender —quitándole las apariencias de lo familiar— el espectáculo más banal—, y del mismo modo le parecía ahora a Louise que los estaba descubriendo a los dos (Sabine y Pierre) bajo el aspecto de esos temibles y sagrados personajes hollywoodenses, primos de aquellos de las tragedias griegas o racineanas, el más insignificante de sus gestos impregnado de esa majestuosa solemnidad, como, por ejemplo, Sabine sentada en uno de esos salones de hotel de crema de Chantilly, con sus palmeras enanas emergiendo de grandes maceteros de cerámica en tonos rosa y verde, dando golpecitos nerviosamente con una uña demasíado roja y demasiado larga en una de esas mesitas de mimbre, con su superficie recubierta por un vidrio glauco, de modo que las ciudades, las islas, las ruinas, las plazas y las montañas de los folletos turísticos que en forma de abanico habían colocado debajo parecían lugares sepultados e inaccesibles —y que eran en realidad y de hecho inaccesibles, salvo para esa particular categoría de seres humanos vestidos con ropa especial, como aquellos personajes que podemos ver en folletos dedicados a admirar ruinas o paisajes y que pueden disponer de suficiente dinero, o mejor de ese sésamo, ese pasaporte, esa moneda de una especie particular que es el dinero gastado en grandes cantidades, es decir, una moneda (aunque sean aparentemente los mismos billetes) que no tiene nada en común con la otra: no es el dinero ganado, economizado y temerosamente gastado en la tienda de comestibles o la carbonería, sino el que se tira a puñados, o mejor —invisible efrit de poder sin límites— a cheques de por lo menos cinco cifras, esta capacidad para gastar confiriendo a los dos personajes (Sabine y Pierre), antes entrevistos que vistos a través de las estrías de la película deshilachada, un poco más de esta superrealidad, de esta inhumanidad propias de las criaturas del teatro y la pasión, el diálogo, las frases intercambiadas (dándose cuenta —Louise— de que desde hacía un momento las bocas habían dejado de abrirse y de cerrarse sobre el silencio), tomando ellos también de esa irrealidad una suerte de apasionada grandeza:

veníais de hacer el amor, tú ibas a su lado, sólo había que miraros, lo llevabais escrito en la cara, ¿crees que puedes ocultarme algo?, pobre Pierre, y ella, si hubiera proclamado a gritos lo que acababa de hacer, no lo habría demostrado con más evidencia, y probablemente estaba encantada de que yo me diera cuenta, de burlarse de mí, de poner las cartas boca arriba, ella era sincera, por lo menos eso habla a su favor, ¿crees de verdad que yo iba a tragarme tus mentiras, esa historia que apesta a falsedad?, al menos hubieras podido encontrar otro pretexto... en una ciudad de doscientos

mil habitantes, sin contar a los veraneantes, gentes de paso, que un hombre y una mujer se encuentren digamos por casualidad, un hombre y una mujer que a mis espaldas y aun delante de mis ojos no han cesado durante ocho días de... Pierre

qué

podrías jurarme

jurar qué

que no tenías una cita con ella, que cuando os encontré no salíais de uno de esos hoteles, te estoy hablando, Pierre

sí

por tus hijos tu familia tu hermana

esto es ridículo

ya ves

vamos

ya ves

vamos, por favor

oh eres odioso eres innoble, has estado todo el tiempo con ella, incapaz incluso de contenerte, sacando la lengua como un perrito que ella hubiera llevado sujeto, mirándola como si fuera qué sé yo qué, una diosa bajada del Olimpo, una diosa, ah ah una zorra es lo que es, pero eso no te podía desagradar, zorra o no zorra ¿verdad?, y ella sin saber qué hacer, qué inventar, nunca en mi vida vi a una mujer comportarse con tanta desvergüenza, ah sí no he necesitado mucho tiempo para comprender cómo había conseguido su marido el nombramiento, o mejor como se las ha arreglado ella para conseguirle el nombramiento, jamás hubiera creído que un ser humano pudiera carecer hasta ese punto de pudor, de respeto ante sí mismo y ante los demás, inclinándose todo lo que podía hacia adelante para enseñarte sus senos, responde

qué

¿acaso no te mostraba sus senos, con la taza de té en la mano, cuántos terrones de azúcar, cómo? ¿sólo uno? necesitó tanto tiempo para cogerlo como hubiera precisado yo para vaciar toda la azucarera sacando cada terroncito con las pinzas, siempre cuidadosamente inclinada hacia adelante, debía terminar con dolor de riñones, pero supongo que ya estaba acostumbrada, una de sus posturas favoritas sin duda, ésa y tumbada de espaldas, y tú no era que no los miraras, sin duda era por eso que estabas rojo como un tomate, no, seguro que me lo invento, ella no te enseñaba nada y tú no mirabas nada, sólo con veros se hubiera dicho que erais dos perros en celo, y yo despertándome sola, desdichada, en esa habitación de hotel, abandonada, preguntándome dónde tú... si hubieras salido como pretendes, simplemente para ir a la biblioteca, no te hubieras escabullido de puntillas, cuidando de no despertarme, por qué, sí, por qué no me has dicho que salías, responde, por qué di por qué

por qué qué

por qué te has tomado tanto trabajo para no despertarme, para escabullirte mientras yo dormía

estabas haciendo la siesta, me habías dicho

y quieres hacerme creer que has pasado dos horas en la peluquería

yo no quiero hacerte creer nada, te dije que había salido a dar una vuelta, llegué hasta la biblioteca para ver si tenían ese libro que

y te quedaste tres horas en la biblioteca

no, dos horas, trabajé un rato y después

trabajaste dices, ¿tomaste notas?

sí, leí y tomé algunas notas, ya las has visto

y qué me prueba que las tomaste ese día, ¿cómo quieres que lo sepa?, tu cartera está siempre llena de papeles, y fuera o no ese día, a ti te pareció natural, normal, dejarme sola en una habitación de hotel toda la tarde

creí que estabas cansada, que querías descansar

confiesa que teníais una cita

no, ya te he dicho que no

no sé por qué te obstinas en negarlo en lugar de decir simplemente las cosas tal como sucedieron, en definitiva no habría nada malo en que fuerais a dar un paseo juntos

no

por qué no me dices simplemente que, como yo no quería salir y estabas solo, fuisteis a dar una vuelta los dos

porque no es verdad

(las dos voces ahora mezcladas, enlazadas, y no enfrentándose la una a la otra, sino elevándose, por así decirlo, pacientemente, cada una en su turno, y —por lo mismo— no tan opuestas, irritadas, como impregnadas de una especie de común laxitud, de común desolación, Louise, ahora, pudiendo a duras penas distinguir las palabras: un simple ruido, monótono, desconsolado, entre el chisporroteo monótono de la lluvia, también ella ahora en cierto modo instalada, apacible, multiplicando, parecía, la vasta noche: muy cerca, distinto, el fluir de los canalones y desagües, después, inmediatamente detrás, el jardín chorreante de lágrimas, de llantos, las ramas, las hojas chorreando, la hierba chorreando, y más lejos todavía, alrededor, los prados, los bosques, el valle, las colinas invisibles ahogadas en el indistinto y apacible rumor del agua, como si la noche entera, el mundo entero se estuviera licuando lentamente en las tinieblas húmedas, hundiéndose, deshaciéndose poco a poco, insensiblemente, bajo los miles y miles de gotas innumerables, tranquilas, encarnizadas, obstinadas en reblandecerlo, roerlo, gastarlo, rodeando la casa de ese murmullo formidable y majestuoso, ante el cual, o mejor en el seno del cual, la voz de la vieja parecía perseguir en el vacío alguna eterna e inconsolable queja, como una letanía, a la vez desolada, encarnizada y lánguida, diciendo:) pero con la cabeza sobre el tajo tú seguirías negándolo, obstinándote, imaginando que podrías hacerme creer que estuviste trabajando dos horas en la biblioteca, tras haber salido de puntillas, para pasar en seguida una hora en el peluquero, y que al salir te encontraste con ella así, por pura casualidad, vaya qué sorpresa, por ejemplo, cómo está usted, porque también ella sin duda paseaba por allí enteramente por azar

sí

claro, sólo que yo no soy ciega, preferiría no ver, no haber visto nada y sobre todo la manera repugnante en que ella se pegaba a ti mientras bailaba

mientras bai... qué es lo que... bailar, pero si yo jamás he bailado con ella, tal vez he bailado tres veces en toda mi vida, qué es lo que

que no has bailado nunca con ella, pretendes ahora, vas a tener ahora la cara de decir que no has bailado nunca con ella, cuando yo os he visto con mis propios ojos

visto, pero de quién estás hablando

de quién, tienes la cara de preguntarme de quién, el mismo día de nuestra boda, y yo como la pobre idiota que era

dios mío, ahora sales con la historia de Gilberte

no trates de desviar la conversación, te molesta que te hable de Gilberte, ¿verdad?

por qué, por qué quieres tú que

porque durante tres años me engañaste con ella, ¿crees que porque yo callé, porque nunca te dejaste sorprender, necesito que, que una mujer necesita...? como si esas cosas tuvieran que ser... son cosas que se sienten, que una mujer... ella se reúne con él en la brecha del muro, la he visto muchas veces bajar hacia el bosquecillo, ella

pero qué es lo que

pero qué es lo que, pero qué es lo que, oh todo esto es repugnante, los perros se comportarían con más... todavía la veo pegada a ti, prendida de ti, y eso el mismo día de nuestra boda, cuando yo todavía no era tan siquiera tu esposa, pero me resistía a creerlo, a admitir una cosa tan repugnante, pensar que era eso lo que me esperaba, con mi mejor amiga, con cualquiera, con zorras, con putas, con todas esas que se dicen estudiantes, entonces yo no sabía nada de esas cosas, no sabía qué

engaños, qué duplicidad pueden desplegar un hombre y una mujer, ella me hacía insinuaciones amistosas, me sonreía, nos invitaba, y ni siquiera enrojeció cuando os sorprendí allí, claro que los dos estabais en guardia y debíais tener una mentira preparada, supongo que si le hubiera hecho preguntas, me habría contado también una historia de peluquería, desde luego con la mayor naturalidad, tanto más cuanto imagino que después de lo que acababais de hacer ella necesitaba peinarse, de modo que a fin de cuentas no era una mentira, sólo que se olvidó de decir que el que la había peinado, o mejor despeinado, eras tú, y todo esto, claro, por pura casualidad, dos personas que acaban de encontrarse por la mayor de las casualidades y que dan unos pasos juntas, sólo que, por desgracia para vosotros, allí estaban vuestras caras, y eso no miente, yo podía sentirlo, podía saber lo que acababais de hacer los dos, hubiera podido decirle esta noche cuando ha entrado en el comedor que acababa de hacerlo, que. acababa de salir de sus brazos, tan seguro como si pero qué es lo que lo hubiera hecho delante de mí, todo su cuerpo diciéndolo, proclamándolo, eso entraba con ella, al mismo tiempo que ella en la habitación, todavía más que la otra apretándose la barriga, oprimiéndola como un salchichón a punto de reventar, con la esperanza de que no se notara, y quién la ha puesto en este estado, quisiera yo saber, sin duda ha sido otra vez Julien, ya que al parecer considera que a todas las criadas que contrato les pago para que él las utilice como... pero sin duda ha terminado por considerar que es una obligación, que forma parte de su salario, de sus atribuciones, un derecho de pernada en definitiva, yo no había comprendido nunca por qué te empeñas en defenderlo, en mantener desde hace treinta años a un tipo que no es ni siquiera capaz de mantener limpios los caminos del jardín, me parece que no exijo tanto, me gustaría que por lo menos el que arranca del portal no pareciera un campo de malas hierbas, pero parece que es pedir demasiado, ahora incluso ha inventado un nuevo sistema para recortar los setos sin cansarse demasiado, con el pretexto de que levantar un poco los brazos le producía dolor de espalda, de modo que ya no tenemos setos, sino antepechos donde apoyar los codos, y pronto tendremos almohadones donde apoyar la cabeza, el día en que haya encontrado el sistema de recortarlos estando él echado, con un dispositivo que le permitirá leer el periódico al mismo tiempo, lo único que parece no fatigarlo es embarazar a las criadas, esta misma mañana he tenido que indicarle que el coche estaba asqueroso y ha tenido la cara de decirme que él no podía hacerlo todo, entonces yo hubiera podido decirle, pero a esa pobre chiquita sí ha tenido tiempo de hacerle un niño, apenas hace seis meses que está aquí, pero para eso parece que no le ha faltado tiempo, claro, pero qué puedo hacer yo, qué puedo decir yo en esa casa donde todo el mundo me trata como si fuera una zapatilla vieja, sería muy capaz de echarse a reír en mis narices, de explicarme, de tener el gusto de explicarme que no había sido él, sino el aparcero, o tal vez Georges, o quizá tú mismo, por qué no, como si ya debajo de nuestro techo tú no hubieras, tú, que has hecho de mí una vieja antes de hacerme tu mujer, traicionándome, humillándome, asesinándome el mismo día de nuestra boda, convirtiendo a una muchacha de dieciocho años en una vieja, obligada a soportar ya desde entonces, y desde entonces en adelante, oh qué es lo que no habré tenido que soportar, aguantar, siempre callando, sufriendo, soportando sin decir una sola palabra todo lo que veía, olía, no propiamente un olor, sino se diría como un fluido, un aura que ha entrado al mismo tiempo que ella en el comedor, entonces he dicho: ¿dónde estabas metida?, viéndole la mentira en el rostro, esto también me lo has enseñado tú, obligada como he estado a leerla en el tuyo durante cuarenta años, la misma mentira, la misma mirada, la misma cosa exhalándose de su cuerpo sin ella saberlo, sin vosotros saberlo, pero que una pobre vieja como yo sí podía adivinar, oh sí he tenido todo el tiempo del mundo para aprender a reconocerlo, vosotros dos pegados el uno contra el otro bailando, ella con la boca abierta, los ojos en blanco como si ya la estuvieras poseyendo, allí mismo, delante de nuestros invitados, mis padres, en mi propia presencia, en presencia de una de esas... pero el azar hace bien las cosas, el azar, felizmente existe un azar que permite a los hombres y a las mujeres encontrarse, hacer el amor por azar, enseñando los senos por azar porque simplemente estaba demasiado inclinada, olvidando sin duda que su traje, su escote se entreabría siempre, las pinzas del azúcar en la mano y el tono distinguido de una conversación mundana, cuántos, uno solamente, sólo uno, mire

mis senos, mire mi trasero ardiendo, el cuerpo ardiendo, bajando, entrando en el bosquecillo, deben encontrarse en el lugar donde el muro se ha derrumbado, era como si ella tuviera todavía las huellas de sus manos sobre su vestido blanco, allí donde él la había tocado, en los senos, en el vientre, entre los muslos, yo podía verlo tan claramente como si hubiera estado bailando con un carbonero, bailar, los dos, pegados, los ojos en blanco, oh (continuando así quizá durante un minuto... o dos, o diez, o media hora, o un millón: el tiempo (esa especie de tiempo en el cual sin duda ella se movía) imposible de medirse por el hecho de que, evidentemente, no era de la misma especie que el que puede medir una manecilla desplazándose sobre una esfera; esa esfera (esa sobre la cual la manecilla —o el espíritu de Sabine— avanzaba) constituida al parecer por varias esferas superpuestas o, si se prefiere, concéntricas, como en esos relojes astronómicos donde están representados a la vez las horas, los signos del zodíaco, los doce apóstoles, las mareas, los años bisiestos y los eclipses del sol y de la luna, señalando la manecilla, pues, en el mismo instante varias indicaciones, lo cual, si se medita bien, es igualmente cierto para no importa qué manecilla de no importa qué reloj comprado el día de la primera comunión —o regalado, heredado, la caja adornada con las iniciales grabadas y tan complicadamente entrelazadas que resultan indescifrables o al menos tan difíciles de reconocer (es decir, de desenredar y después, hecho esto, de identificar, atribuyéndolo a uno u otro de los diez o doce antepasados, tíos abuelos o viejas primas ya olvidadas, a quienes ha pertenecido, como sucede con esos pesados monogramas bordados en las sábanas —en general desaparejadas, pero aparentemente sin uso— que se transmiten de generación en generación: representando cada sigla la alianza de al menos dos familias —algunas de ellas conservando orgullosamente, y a menudo indebidamente, según las cláusulas de la ley sálica, un nombre ya extinguido por tratarse de una sucesión femenina—, el mecanismo del tiempo y el de la reproducción desarrollándose ambos bajo los simbólicos vestigios de otros tiempos y de otros coitos), tan difíciles de reconocer y luego de atribuir (cada una de las iniciales enlazadas por dos o tres letras pudiendo ser las de muchos nombres o patronímicos y pudiendo representar también sus combinaciones una infinidad de alianzas, de emparejamientos e incluso —el mismo patronímico atribuido hereditariamente a menudo, en las familias, en recuerdo de parientes próximos o lejanos— de identidades, de manera que los dos lados del reloj, dorso y esfera, parecen presentar incesantemente un doble enigma imposible de resolver, constituido por una multitud de calcos superpuestos que, en transparencia, hacen aparecer simultáneamente la innumerable presencia fantasmal de personas y acciones difuntas), la voz solitaria prosiguiendo ahora sin interrupción esa especie de informe monólogo un tanto quejumbroso, un poco extraviado, un poco exaltado (e incluso exultante), que se desliza a veces, desviándose —si no vacilando—, como si por momentos le costara sostenerse, e incluso haciéndose decididamente pastoso, tanto que Louise podía darse cuenta, por la manera en que la voz sonaba ahora, de que Sabine no se mantenía ya en pie frente al espejo, sino al parecer en el lugar donde el viejo se había desnudado un rato antes, sentada (cepillos, cremas y peines abandonados, olvidados), sentada en la silla baja, como en su propia desesperación, su propio desamparo (ya porque sus piernas habían acusado de golpe la fatiga de la jornada, ya porque ella experimentaba —como su voz— cierta dificultad para conservar el equilibro), manteniéndose, pues, allí, rodeada de sus velos colgantes, el peinador japonés pendiendo también, lacio, a su alrededor, vestida, cubierta de pájaros y flores bordados, entre el ensordecedor y mudo gorjeo de las aves exóticas de encantadoras y delicadas patas de coral que se persiguen sin fin por las paredes entre las ramas de cerezos primaverales, la mirada fija, el cuerpo inmóvil, las dos manos sosteniendo sobre las rodillas el frasco, vacío ahora en tres cuartas partes, y después, de pronto, un grito: sorpresa, miedo, súplica: No... Te lo prohibo... No, no quiero... Te lo suplico, es sólo perfume, es el frasco de perfume que me regalaste para...

Y el viejo: Vamos, dámelo

Y ella: Te lo prohibo

Y él: Vamos

Y ella: Me haces daño, Pierre, te lo suplico, me haces daño, no es más que un poco de coñac

que tengo aquí para, oh, Pierre, no me, no me, oh te lo suplico, no me

«Porque él la ha sorprendido», dice Louise (es el día siguiente, y de nuevo la noche, y ella está allí de nuevo, entre los hierbajos, las hojas, la sombra, la cómplice y verdosa negrura inmóvil, aprisionada bajo las ramas, misteriosa, clandestina, las dos siluetas —la suya frágil, delicada, y la otra más alta, le pasa una cabeza, un poco inclinada— absolutamente negras también, y casi indistintas entre la complicación vegetal de las zarzas, la salvaje, la exuberante vegetación, y ella hablando con esa misma voz lenta, pensativa y ausente, como si se dirigiera, no al rostro indistinto inclinado sobre ella, sino al vacío, a la oscuridad, mirando siempre por encima de los hombros del otro, a cuyo nivel apenas sus ojos llegan, alguna cosa invisible, fascinante, que ninguna otra persona puede ver, diciendo:) «La había sorprendido, debió levantarse sin hacer ruido mientras ella hablaba —y aunque él hubiera hecho ruido supongo que ella no lo habría oído, porque, en aquellos momentos, aunque hubieran tirado un cañonazo a su lado, no se habría enterado, porque ni el cañón ni el rayo hubieran sido tan fuertes como aquello que sin duda ella oía y veía: no su voz —porque quizás ahora no se daba ni siquiera cuenta de que hablaba—, sino aquello que la hacía hablar, aquello que su voz intentaba, no contar, porque aparentemente no se preocupaba ya de ser o no escuchada y menos todavía de ese mínimo de coherencia que hay que dar a las palabras para hacerse entender, es decir, pensándolo mejor, para no hacerse entender, porque es de todos modos bastante cómico e incluso completamente absurdo estar obligado, creerse obligado a expresarse de modo coherente cuando lo que uno siente es incoherente, así yo, por ejemplo...»

Y él: «¿Qué?»

Y ella: «Oh, nada, no tiene importancia.» Pero se pegaron. Es decir, como pudieron: él con sus ciento veinte kilos de grasa, de carne, de peso muerto, sus piernas que apenas podían sostenerlo, y ella, que en ese momento debía estar completamente ebria. Es decir, propiamente hablando no se pegaron, no en el sentido de darse golpes, más bien fue como una lucha por apoderarse de algo que el otro posee, dos viejos encarnizados —por más que ni él ni ella sean en realidad viejos, quiero decir en la acepción común de la palabra, con lo que implica de decadencia física y moral, pero, sin embargo, degradados el uno y el otro, reducidos a un estado muy próximo a la senilidad, él por ese formidable y parasitario fardo de carne muerta, semejante a un hombre que estuviera obligado a llevar siempre el cadáver de otro atado a él, como sucede en no sé qué país, donde las parejas de ladrones son abandonados así después del suplicio, el superviviente (aquel al que por un refinamiento de crueldad han dejado sobrevivir) atado totalmente, miembro a miembro, rostro contra rostro, al cuerpo del otro, soportando pues no sólo el doble de su peso, sino el horror, el asco, asistiendo por adelantado, todavía vivo, a su propia descomposición, él, pues, más que un viejo, y ella, peor que vieja, ella, que si no se cubriera de pintura, de joyas y de vestidos extravagantes, podría ser todavía, si no aquello que se empeña en seguir siendo, cree sin duda —quién sabe— seguir siendo (la muchacha lirio de la foto de bodas: puesto que es capaz de revivir todavía en forma tan abrasadora la injuria, el sufrimiento —o lo que ella imagina que fue una injuria, un sufrimiento, y que tal vez no fue injuria ni sufrimiento en aquel entonces, sino que lo ha ido transformando poco a poco, con el correr de los años en una injuria real, un sufrimiento real— que sintió al ver al hombre con el que se acababa de casar bailando un vals con su primera o segunda dama de honor, sintiendo ahora este sufrimiento tan intensamente, si no incluso más intensamente que hace cuarenta años...), ella, pues, que podría todavía darles mil vueltas a mujeres diez o veinte años más jóvenes, en ese estado (la embriaguez) en que toda noción de edad desaparece, se rebasa: vieja borracha cubierta de diamantes, vieja Deyanira chocheante, agarrada, aferrada al filtro mágico (el frasco de perfume, es decir, de coñac), que intentaba desesperadamente salvar, como en...»

Interrumpiéndose, diciendo bruscamente (la voz, de golpe, enfurecida, salvaje, aunque no haya levantado el tono, ni hecho un gesto, ni dejado de mirar esa cosa imposible de ver pero sin duda fascinante, temible): «Sácame de aquí, vayámonos...»

Y él: «Sí.»

Y ella: «Sácame en seguida.»

Y él: «Sí, ya sabes que nosotros...»

Y ella: «Vamonos de aquí, huyamos, no quiero quedarme un día más, una hora, un minuto más, ahora mismo...»

Y él: «Ahora mismo, sí, pero tú...»

Y ella: «Va a ser pronto la hora de cenar, diré que me duele la cabeza, subiré a hacer de prisa una maleta, una bolsa de viaje, lo indispensable, vendré a encontrarte aquí...»

Y él: «Pero...»

Y ella: «Pero ¿qué?...»

Y él: «Creo que tú me habías dicho que querías esperar a que ella estuviera...»

Y Louise: «¿Muerta? Pero si ella ya está muerta... ¿Esperar a que ella esté cómo? ¿Metida bajo tierra? Para qué... ¿Acaso no es ya un cadáver, allí arriba, en aquel lecho...?»

Pero sabiendo (al mismo tiempo que oye su propia voz decirlo) que no es verdad, que son únicamente palabras, palabras para engañarse, aturdirse, y que aun en el caso de que la anciana estuviera realmente muerta, sin que ningún soplo tiñera, empañara el espejo (pensando: «Porque seguro que ella lo tiene (la enfermera, la jorobada) en un bolsillo, o dentro del bolso, a punto para cualquier eventualidad, junto con el pañuelo para sujetar el mentón, junto a las palabras de circunstancias, y, supongo, si se le pide, las plegarias que se deben decir»), e incluso bajo tierra (es decir, bajo las tres o cuatro toneladas de mármol del mausoleo, donde sin duda los primeros y legítimos ocupantes, obligados, por Sabine, a apretujarse para dejarle sitio, la acogerían rezongando), ella no habrá dejado por eso de estar allí; interrumpiéndose, pues (Louise), diciendo muy aprisa: «Oh, me parece que ya no sé lo que digo, creo que me están convirtiendo en una idiota...», diciéndose que era preciso, que iba a ser de un modo o de otro preciso terminar por matarla, por deshacerse de ella: no de aquello que era menos que nada, el frágil amasijo de huesos y de carnes disecadas que levantaba a duras penas la sábana, el cuerpo entero parecido ahora a un mísero manojo de ramitas, uno de esos haces que reúnen las viejas y que (de regreso a casa, desatándose el delantal) dejan caer ante el hogar, y que se desparraman, se esparcen por el suelo (lo que sin duda sucedería, piensa ella, si se intentara ponerla de pie, o simplemente sentarla en la cama...) con un imperceptible y hueco tintineo de huesos, o ni siquiera eso: de cerillas; no, pues, la vieja dama, el altanero, el lejano cadáver que no terminaba de morir (pensando: «Pero nada termina nunca, eso no termina nunca, nada...», oyendo —creyendo todo el tiempo oír— el interminable lamento, la voz llorosa y desolada, la grotesca y eterna joven desposada de rostro pintarrajeado, revocado, la mujer lirio (y, en definitiva, siempre parecida a un lirio, es decir, exhalando esa desgarradora melancolía de las flores marchitas: pudiendo, creyendo verla, desmoronada, hundida en esa silla baja del cuarto de baño como un montón de andrajos: algo en ella —con sus cosméticos, su quimono, la pelambre naranja— parecido a los pétalos, también ellos de un malva a la vez agresivo y marchito, manchados de esta apelusada llama amarilla, impalpables, ajados), ocupada la mujer, detrás del fino tabique, en insistir sin fin, como el lamento mismo de la carne putrescible, gimoteante y aterrorizada); no ya para desembarazarse de, terminar con, destruir lo que, en el dormitorio donde la T del sol reptaba lentamente a lo largo de lentas e interminables jornadas, no era ya más que un simple despojo en el que la vida (la sangre, el aire sutil, el complicado y sutil mecanismo de cambios y metamorfosis por los cuales el propio aire invisible se modifica a través de una serie de transmutaciones en el interior de esta red, de este laberinto, de este oscuro y misterioso dédalo de vísceras, órganos dibujados en rojo y en azul en los grabados de anatomía, en algo todavía más sutil, invisible, imperceptible: el pensamiento, el amor, la conciencia), en el que la vida no proseguía sin duda más que por la fuerza de la inercia adquirida, apagándose, debilitándose por grados, insensiblemente —no, sino únicamente desembarazarse de aquello que ella (no la ruina, el despojo, sino aquello —el invisible núcleo de invisible conciencia, de invisible amor, de invisible pensamiento— que lo había habitado) había dejado tras de sí, esa formidable y aplastante pirámide que el orgullo del más orgulloso de los faraones hubiera sido incapaz de concebir y que ella —la anciana ahora a punto de morir, si no muerta ya— había erigido para sí misma y, en cierto modo,

contra su voluntad (al igual que, contra su voluntad, del pequeño, del insignificante puñado de ramitas que yacía en el lecho, se elevaba ahora, indiscreto, indecente, insoportable, ese estertor estruendoso de cíclope o de pitia): esta pirámide, este monumento —es decir, el contenido de la caja de galletas sobre cuya tapa seguía sonriendo bobamente la dama con el perrito rizoso tumbada sobre la hierba— que había llegado a las manos de Louise, no directamente transmitido, legado, sino por mediación de un personaje (la enfermera jorobada) de apariencias, funciones y naturaleza en cierta suerte míticos.

Y entonces, pasando toda la jornada (dos días después) en su habitación (también allí las persianas bajas interponiéndose entre ella y la deslumbrante, tormentosa luminosidad del verano moribundo —el verano que se iba gradualmente agotando, de tormenta en tormenta, como si cada una de ellas se llevara, le arrancara un poco de su sustancia—, esa materia espesa y opaca, como la pasta de un pincel demasiado cargado, en la que parece haberse sumergido por entero: los lentos cielos pesados, el pesado y verde olor del heno cortado, de hierba tibia, de tierra tibia, de frutos tibios, madurándose, pudriéndose—, las tormentas (como la de anteayer) primero inmediatamente absorbidas, bebidas por la tierra polvorienta, el polvo blando y gris, después, poco a poco, atacando el verano, lavándolo, desleyéndolo, perforándolo con sombras transparentes, alargándose, y después, más tarde todavía, arrastrándolo, llevándoselo, ni más ni menos que una acuarela que se deslíe, se emborrona, se echa a perder entre el húmedo, pardo y silencioso arrugarse de las hojas que se desprenden, caen, y no dejan otra cosa al final que el negro entrelazamiento de las ramas desnudas y rígidas que entrechocan, oscilando con rigidez en la virginal y metálica lluvia invernal), pasándola pues en su habitación, el contenido de la caja herrumbrosa —los cuadernos, el heteróclito tesoro de hebillas de zapato y sortijas de cuatro ochavos— extendido ante ella, no tanto con la esperanza de descubrir nada especial, cuanto animada, impulsada por esa obstinada conciencia del prospector sin fortuna que sigue hasta el final excavando metro por metro la concesión que le ha sido asignada, pensando que, si termina por encontrar lo que busca, se sentirá entonces liberado, y que, si no lo encuentra, se sentirá liberado también, porque habrá adquirido al menos la certeza de que no hay nada que pueda ser encontrado (aunque al mismo tiempo, antes incluso de comenzar, al abrir la tapa, pensara: «Pero no hay nada, lo sé», encogiéndose de hombros, sacudida por ese tipo de risa silenciosa, triste, que es como lo contrario de reír: «Sí: se diría esa fábula idiota: el labrador, el campo, el tesoro, y los idiotas de los hijos revolviendo la tierra de arriba a abajo. Con la diferencia de que yo soy todavía más idiota que ellos, puesto que sé ya de antemano que no hay nada, y que todo lo que ella ha pretendido al dármela, o más bien, haciendo que me la dieran, o, mejor, no ella, porque puede ser que al igual que no tiene conciencia de este ruido que sale ahora de ella, es decir, que se sirve de ella para...»), sin la esperanza de descubrir nada, pero encarnizándose, obstinándose, dando vuelta una y otra vez, con la misma febril avidez, el mismo incrédulo estupor de la primera vez (y que nada, sentía ella, podría jamás atenuar, aunque las releyera por milésima vez, las examinara hasta sabérselas de memoria) a las páginas de papel grisáceo y cuadriculado, llevando cada una de ellas como encabezamiento un fatídico leitmotiv «Queda en caja...», la mitad derecha dividida en dos columnas: «Gastos», «Ingresos», la acumulación, el formidable, vertiginoso y paciente amontonamiento de cifras minúsculas —la mayor parte del orden de las decenas, excepcionalmente de las centenas, los céntimos cuidadosamente anotados también—, las justificaciones púdicas, impasibles: «Gastos médico... Transporte al cementerio...», o minuciosas, prolijas: «Electricidad 15 julio-15 agosto: 19 Fr 30 (pero he utilizado el hornillo eléctrico durante ese período para el desayuno, el té de las cinco y para hervir la leche, de ahí la diferencia)», o: «El día 3 tengo exactamente 2.700 Fr en el sobre y nada en el bolso, mandé a la Caja de Seguridad 967 Fr de economías, que se desglosan del siguiente modo: 608 Fr de 1947; 162 Fr del l.er trimestre 48; 197 Fr del 2.° trimestre 48», la tranquila enumeración, adición y sustracción de alquileres, de sueldos —y más adelante de jubilaciones—, de envíos, tala de árboles, madejas de lana, alquiler de campos, venta de nueces, cuentas de deshollinadores y electricistas, de zapateros remendones, de paquetes de detergente, loza, adornos para blusas (cambiando primero el cuello y los puños, y más

tarde el cuerpo, y más tarde otra vez el cuello y los puños, y así sucesivamente, de modo que, no habiendo nunca nada completamente nuevo, la blusa conservaba siempre ese carácter de entidad ingastable e intemporal, no ya una blusa, sino la blusa, como la casa, la mesa, el sillón), y también títulos del Crédito Territorial, obligaciones de los Ferrocarriles del Estado, o décimas de décimas partes de pozos de petróleo o de sociedades anónimas recomendadas por una de esas oficinas especializadas, con, entre las dos páginas del cuaderno, un sobre con la doble correspondencia, el borrador de la carta enviada, la escritura inclinada, honesta e impersonal de unas cartas cuidadosamente redactadas, sin que trasluciera el temblor, ni se alterara por una indignación contenida: y sin duda por ser orgánicamente inalterable, y sin duda porque no había indignación, informándose simplemente, como si la estafa, el robo incluso, desvergonzado, declarado, fueran incapaces de modificar un ápice esa indefectible confianza, esa indefectible fe en sus semejantes, descartando, rechazando como algo sucio, maloliente, degradante en sí misma, la mera idea, la mera sospecha de robo o de estafa:

«Señor,

El primero de marzo de 1935, le escribí que, siguiendo su consejo, había comprado en julio de 1933 dos acciones de la Compañía Internacional de Hidrocarburos y que, después, no había vuelto a oír hablar jamás de dicha Sociedad, y le preguntaba en esa carta si tenía alguna posibilidad de recuperar el dinero desembolsado.

Usted me respondió que, vista la crisis bursátil, no convenía intentar por el momento la venta de las acciones. Hoy le renuevo mi pregunta y le agradecería mucho me dijera si ese negocio existe todavía y en qué situación.

Reciba señor, con mi agradecimiento, un cordial saludo.»

Y la respuesta, tecleada a máquina sobre un papel de cartas con membrete grabado, y una dirección de París, tal vez a fin de cuentas real, ya que aparentemente la correspondencia llegaba y uno podía igualmente —si no mejor y con mayor impunidad— estafar a la gente teniendo una oficina abierta que practicando el robo callejero (a menos que se conformaran con mantener un tipo —si no era el mismo tipo quien cumplía funciones de consejero, mecanógrafa y chico de los recados— encargado de montar guardia delante del edificio a las horas en que llegaba el cartero y precipitarse sobre él antes de que entrara en la portería y volver rápidamente con el paquete de cartas para teclear las respuestas en serie en la máquina instalada sobre un tablero colocado a su vez encima del lavabo mugriento de una habitación alquilada), y una lista impresionante de números telefónicos, tal vez, en definitiva, también reales:

«Muy señora nuestra,

La rogamos disculpe nuestro retraso en contestar a su carta, retraso que se debe a la mucha correspondencia que recibimos desde que se ha reanudado la Bolsa. Tenemos el honor de adjuntarle la información que nos solicita.

Siempre a sus órdenes, aprovechamos la ocasión para saludarla atentamente.»

Y, unida a la carta con una de esas cantoneras de metal acanaladas y doradas, la información amablemente suministrada, tecleada igualmente a máquina, sobre el lavabo dudoso y sembrado de cabellos, pero considerando en esta ocasión suficiente un cuarto de hoja sin membrete:

«Compañía Internacional de Hidrocarburos

Se nos dice que estos títulos no son objeto de demanda actualmente y que no se ha pagado ningún cupón sobre ellos.»

Louise volviendo a meter las dos cartas en el sobre y el sobre entre las dos páginas, pensando: «Pero no es esto. No puede tratarse sólo de unos centenares, unos miles de francos. ¿Qué es lo que unos centenares unos miles de horas, pueden...?», deslizando uno sobre otro los cuadernos (como si fuera una baraja, las tapas como el dorso de las cartas, y una vez dada vuelta a la carta (la tapa), este enigma: los enigmáticos signos, los enigmáticos, los bondadosos o crueles rostros de la suerte o de la mala suerte, el impasible rostro del azar), las tapas en tela o en cartón, lisas o marmóreas, o incluso de ese cartón barato, rosa o verde pálido, de los cuadernos escolares de cuatro centavos,

tradicionalmente adornados, como los cuadernos, con uno de esos tradicionales motivos alegóricos, patrióticos y guerreros —legión de honor, corneta o gallo agitando las alas ante un sol de Austerlitz de rayos desplegados—, uno de ellos, impreso en azul sobre fondo verde, representando un haz de líctor romano entre dos banderas entrecruzadas, cuyos pliegues caen sobre una cartela donde figura la palabra *Gloria* en caracteres también de inscripción romana, las dos ramas de una corona de vencedor —o de distribución de premios— surgiendo detrás del haz, una un ramo de laurel, la otra de roble, el conjunto, los lacios estandartes inclinados, el hacha, las varas unidas y la corona cesárea, como enfáticos y relumbrantes símbolos (Louise pensando en la solterona sentada, impasible y rígida, allí, durante tres días y tres noches, en su vagón de ganado, el sombrero de paja negra bien plantado en la cabeza, las manos, dentro de unos guantes de hilo negros ribeteados con un pequeño ribete blanco, apoyadas sobre el mango del paraguas, una de ellas apartándose a veces, sacando del bolso negro y raído el pañuelo de un blanco inmaculado plegado en cuatro, secándose furtivamente con él el sudor de la frente y volviendo a meterlo en el bolso, de nuevo impasible y rígida, mientras a su alrededor un país entero se dispersaba, se hundía, se derrumbaba en un estruendo de vociferaciones y metal —que era como el extremo opuesto de las aclamaciones y de las viriles trompetas de la gloria—, se deslizaba como gelatina sobre una película, fundiéndose, no dejando subsistir otra cosa que el celuloide transparente y la pequeña forma negra, indeleble, sentada en el vacío), pareciendo estos símbolos haber sido colocados allí por un dibujante bromista o imprevisor, para uso sin duda de jóvenes cabezas onduladas pobladas de sueños batalladores y crueles, y —como esos viejos enseres militares, esos viejos capotes, esas viejas polainas sin gloria que terminan, viudos de dorados y de espuelas, colgados detrás de la puerta de una granja o recorriendo los largos surcos— quedando varados junto al manojo de puerros en el estante de las provisiones o en el rincón de una mesa de cocina, bajo los dedos torpes y agrietados que guían con aplicación los dos centímetros de lápiz chupado, pudiendo ver Louise, página tras página, la aterradora sucesión de días, las páginas divididas ahora horizontalmente, un trazo de un extremo a otro de la página separando cada día de los otros, así:

Martes
bistec..... 2,70
uva..... 3,50
diario (el mes) . . 7,50
pan..... 0,90

Mier. 4
mermelada 1 kg . 9
galletas '4 ... 8,50
queso..... 2
jamón..... 4,50
uva 1 kg 3,50

Jueves 5
alubias..... 2
jabón..... 1,80

Viernes 6
pescado 3,70
jamón..... 2,80
uva..... 3
pan..... 0,90

Sábado 7

pan.....	3
jamón.....	3,20
alubias.....	0,70
plátanos	1,60
nuevos.....	4,50

Domin. 8

jamón.....	2,50
queso.....	1,20
uva.....	3,20
café.....	3,50
sal.....	0,70
galletas	16
leche.....	0,50

Lunes 9

carne bistec ...	3
vino 1 litro . . .	2,50
ensalada	0,50
apio.....	3,20

la interminable escala de Jacob elevándose, alargándose, cuaderno tras cuaderno, y sin comienzo ni fin, parecía, es decir, intercambiables (los cuadernos) en el tiempo, los años (1924, o 1912, o 1937) no correspondiendo a otras diferencias que las de los precios (la coma empujada poco a poco hacia la derecha, franqueando un decimal, luego dos), el lento discurrir del tiempo, la lenta y pendular oscilación sobre su eje del mundo arrastrado en el espacio perceptible sólo por el regreso periódico y estacional de las diferentes clases de frutos, las invariables compras estacionales de azúcar para las mermeladas o vinagre para los pepinillos, Louise, por fin, apartando los cuadernos con un gesto de cólera, de desesperación, y fue entonces cuando la fotografía escapó de uno de ellos, cayó, semejante ella también —la copia al bromuro mal fijada, amarillenta, con reflejos pardos— a una hoja muerta, con su asamblea de personajes muertos posando, no en forma simétrica y ceremoniosa, sino, cómo decirlo, un poco rígidos, cierto, un poco envarados (pero menos por efecto de una imposición que por efecto de la costumbre, de ese apacible, risueño y rígido decoro de las personas que no saben —que nunca han aprendido, que nunca han tenido tiempo ni ocasión, ni siquiera saben lo que es— descansar completamente, como esas viejas campesinas que se puede ver en los trenes pasar la noche entera sentadas sin moverse, la cesta de provisiones en las rodillas, sin que ni siquiera se les ocurra apoyarse en el respaldo del asiento, y menos todavía cerrar los ojos, y menos todavía levantarse para ir a estirar las piernas en el pasillo), inmovilizados pues, con esa suerte de dignidad, de gravedad natural, en ese jardín (o más bien, aunque parece haber, en el centro, algo que recuerda un macizo, no enteramente un jardín, o todavía no: todavía un huerto, como el lienzo de muro y el largo tejado que pueden verse a la derecha de la fotografía son todavía los de una granja, allí donde el conjunto de granjas, de graneros, que sin duda se convertirán más adelante —a medida que se vayan llevando a cabo, a lo largo de cuarenta años, esos trabajos y arreglos propios de hormigas, pagados a toca teja con las economías hechas con cada terrón de azúcar escatimado en el café y a base de las prendas de ropa remendadas y rehechas sin fin— en la vasta, aberrante mansión del terco perfume a manzanas maduras descrita por Georges), y el fondo, detrás de los personajes, casi descolorido, formado por un confuso entrecruzamiento de ramas de ciruelo pendiendo hacia el suelo, parecido a un pálido encaje amarillento, como aquellos que ella (Marie) le había enseñado un día a Louise, guardadas en una de esas largas cajas de cartón satinado, medio rota, rodeada también

de varias vueltas de cordón, y que ella había sin duda salvaguardado, transportado, mantenido contra sí en el bolso de viaje que contenía asimismo la caja de galletas, durante los tres días de vagón de ganado; y ella misma sentada allí, y perfectamente reconocible, Louise inclinándose un poco más, mientras calculaba mentalmente, mirando al niño de pantalones hasta la rodilla, cabeza rapada, cuello almidonado, corbata de pajarita, balanceando debajo de la silla unos botines abotonados, y pensando: «Aproximadamente diez, doce años, por lo tanto ella...», y luego con un sobresalto, mirando todavía con mayor atención, pensando: «Pero no es posible, él... Pero no es Georges, es... es...», dando bruscamente vuelta a la fotografía, leyendo entonces, dibujada con la misma letra concienzuda e inclinada, la fecha, «Agosto 1896», mirando de nuevo la cabeza redonda del niño juiciosamente sentado, el aire un poco aburrido, demasiado serio, intentando añadirle la barbita, las gafas —mientras que imposibles de emparentar, de reunir, las dos imágenes se superponían ahora: el niño juicioso de rodillas nudosas, de carita estudiosa, un poco triste, y el hombre viejo, invadido, aplastado, asfixiado por el peso monstruoso de su propia carne, luchando a la vez contra su cuerpo informe, esa especie de odre, de tambaleante montaña, y la vieja Deyanira hiposa—, componiendo los dos uno de esos grupos piramidales, como esos cuadros reproducidos en las páginas del Petit Larousse, representando uno de estos episodios mitológicos o bíblicos, en un decorado a la antigua, con un embaldosado dibujado en rigurosa perspectiva, el del cuarto de baño: el propio cuarto de baño pareciendo conferir a la escena un carácter como intemporal, por efecto sin duda del carácter vagamente equívoco, turbio, de esos lugares —abluciones, peinadores, tenaces olores a perfume, a carne, flotando allí, suspendidos, espejos que parecen guardar, invisibles pero presentes, los reflejos de cuerpos desnudos o vestidos como en una confusa evocación de la Antigüedad o de Oriente—, y dentro los dos personajes de rostros ansiosos y distorsionados, enzarzados en una lucha incomprensible que el título enigmático del cuadro (que ilustra un episodio olvidado de la historia o de la leyenda), los nombres de los personajes —también ellos olvidados— grabados en la chapa de cobre, atornillada en el marco, que se puede descifrar inclinándose, aclarando sólo a medias (u oscureciendo todavía más) para el espectador que intenta recordar qué rey o qué reina del pasado (o qué Hércules adiposo, decrépito y asmático, qué hechicera y qué viejo monarca tratando de arrancarle el frasquito de veneno) lucharon entre sí, están condenados a luchar sin fin, con los rostros convulsos por el esfuerzo y la pasión, en un frío, geométrico y voluptuoso decorado de sudatorium o de baños turcos, entre los bebedores holandeses, las alegorías y los dux de Venecia, en el seno del perpetuo y polvoriento silencio del museo, turbado sólo por esporádicas cabalgatas de americanas de zapatos sin tacón o de alemanes derramados por autocares enteros, que atraviesan al galope, ruidosos, sin aliento y llenos de respeto, las largas y regias sucesiones de galerías bajo las largas y regias bóvedas por un instante despertadas, violadas, y cayendo de nuevo, recuperadas (la última americana, el último profesor alemán desapareciendo, allí abajo, minúsculos, al fondo de las regias perspectivas) por el majestuoso y mortal silencio donde Rut y Booz, los campesinos flamencos y los rubios cuerpos desnudos de las suaves venecianas se suceden sin fin, petrificados en sus marcos de oro, la cumbre de la pirámide formada por el grupo de los dos personajes ocupada por el frasco (el filtro, el veneno, el bebedizo, el coñac) desesperadamente mantenido fuera del alcance y hacia el cual se tiende un ramillete de manos ávidas (y, se diría, multiplicadas, saliendo, emergiendo de todas partes), y Louise siempre inmóvil en ese cuarto de baño en cierto modo simétrico, pudiendo, le parece, verlos, trágicos y grotescos a la vez, hasta que le llega, por encima de los dos alientos entremezclados, el tintineo del frasco roto, y el grito desgarrador de Sabine, y el ruido sordo de los dos cuerpos entrelazados cayendo al suelo por primera vez —y en la fotografía amarillenta el mismo rostro que ahora, momificado (osificado), yacía sobre la almohada, idéntico, impregnado de esa misma invencible expresión de apacible virginidad, simplemente lleno entonces, recubierto por la carne intacta, lisa (no precavidamente preservada, protegida bajo sombrillas o cremas, frágil, tributaria de ungüentos, una textura no hecha de una pasta de porcelana de receta complicada a base de polvos de arroz, y amenazando siempre con disgregarse, volver a deshacerse en polvo al mínimo golpe, sino dura, simple, ruda incluso), las

manos llenas, firmes y rudas también (la derecha —aquella que ahora, descarnada, semejante a una pata de pollo, va y viene sin tregua sobre la sábana, capaz en aquel entonces tanto de trazar sobre la pizarra las letras de curvas impecables, de trazos gruesos y perfiles impecables, como de sostener el mango de una azada y escardar un campo de patatas—, la derecha, un poco caída, el brazo replegado sobre el respaldo de la silla, la izquierda posada sobre el lomo de un perro con las dos patas delanteras extendidas sobre su muslo —no un perrito blanco, rizoso, con lazos, del mismo modo en que tampoco ella lleva un vestido blanco y con lazos (sino oscuro, de cuello alto) y no está tumbada sobre la hierba (sino sentada en una silla), el perro de pelo corto, y oscuro también él, y de cuerpo, de músculos duros también él, de modo que ella, la silla y el perro parecen hechos de una misma e idéntica materia, inalterable, como si (tal vez es el tono marrón de la fotografía y su inmovilidad lo que produce esta impresión) los hubieran fundido y vaciado juntos en una materia parecida al bronce, la misma mirada clara, transparente (azul), tranquila, dirigida hacia los personajes sentados en el banco del jardín, al otro lado de la mesa de hierro sin mantel donde están dispuestas las copas (blanquecinas en la fotografía, como esmeriladas: más probablemente recubiertas por esa ligera capa de vaho debida a la condensación, porque el agua que se ha utilizado para alargar el jarabe procede del pozo helado, donde sin duda se conservaba también por si acaso la botella de vino —probablemente rosado, tela de cebolla— sobre la cual el vaho parece una grisácea capa de polvo, dispuesta igualmente sobre la mesa, pero apenas empezada, como si los tres hombres presentes —los dos que aparecen en la fotografía y, sin duda, el mismo fotógrafo— se hubieran limitado, en vista de la presencia de las damas, a verter o aceptar dos dedos antes del brindis) y un plato de galletas para los visitantes que habían venido a llamar a la puerta, a empujar la verja oxidada y chirriante hacia la caída de esa tarde de verano, el rumor apacible de las voces (no el guirigay, las risas cristalinas, el tintineo cristalino de impalpables copas de champán; y tal vez, incluso, los sones de la orquesta —puesto que Sabine hablaba de un vals— llegando a través de los ventanales abiertos del salón, mientras el fotógrafo oficial se afanaba ante el grupo de los alegres compañeros del novio, los alegres, jóvenes y despreocupados condenados a muerte, en pechera y corbata blanca o en uniforme de oficial con alamares —uno de ellos caballerescamente sentado a horcajadas en una silla dorada, un cigarro con vitola entre los dedos—, esos alegres invitados entre los cuales se encontraban las dos hermanas, Marie y Eugénie, en sus pesados, costosos y severos vestidos encargados a París, entre las plantas verdes, rígidas, elegantes y finas del mirador), el rumor apacible de las voces pareciendo pues flotar, suspendido, inmaterial, decoroso, ante el pálido encaje del huerto, hablando sin duda de recetas de frambuesa, del verano lluvioso, de los rincones del bosque donde se encontraban las setas: a un lado, pues, ella y su hermana (de quien la enfermedad y después la muerte no iban a dejar más tarde otros vestigios que un nombre subrayado dos veces en las páginas de un cuaderno, luego una simple mención entre el alquiler de un campo y la deducción de los gastos de inhumación), y el hombre (el viejo campesino iletrado que había pensado, creído que sus hijos, al tiempo que aprendieran el secreto de aquellos signos que él no había podido jamás descifrar ni trazar, adquirirían por añadidura todo aquello que... ¿quién sabe qué?, en cualquier caso algo que a él le había sido negado, manteniéndose allí, con su mostacho erizado, sus polainas de cuero, sus ojos claros fijos en el objetivo, el rostro arrugado y sonriente impregnado de ese algo de intratable que tienen en común las gentes del campo, algo áspero, ávido —pero él no de dinero: codiciando, ambicionando, no el prado del vecino, una mejor yunta de bueyes, una vaca más en el establo, sino aquello, debía pensar él, que permitía prescindir de prados, de bueyes, de sudor: penetrado, imbuido de una supersticiosa confianza en aquellas palabras que él sólo podía oír y pronunciar (y tal vez mascullándolas), es decir, el saber, la ciencia, lo que encierran los libros, rebelándose pues (ya que encarnaba esa insaciable y crédula sed de saber y de dominar que es en el hombre la expresión del rechazo de su condición, plantado o mejor cuadrado allí, de pie al lado de la mesa, bigotudo, adusto, fangoso e indestructible, como la afirmación misma de la indestructibilidad de toda rebeldía, aun de la más vana, y de toda esperanza, aun la más ilusoria)— y, enfrente, en el banco, la dama, la visita, con su sombrero florido y

voluminoso, en ropa de ciudad (sin duda la esposa del fotógrafo amateur ahora en acción, la que habla de las recetas de frambuesa y de la lluvia), pero no es a ella a quien ella (Marie, la muchacha encerrada, vaciada en su severo vestido color bronce, cuya mano posada sobre el perro sabe manejar la tiza y, con igual soltura, el rastrillo del heno, o la azada, o el hacha para cortar leña), no es a ella a quien mira {y no ruborizándose, furtivamente, ya que no se le ocurre nada que pueda hacerla enrojecer o desviar los ojos, a ella habituada desde siempre a mirar sin enrojecer cómo se acoplan los machos cabríos, los animales: la mirada transparente y azul apacible, directa, sin emoción): no a la visitante, sino al que está sentado a su lado (quizá venido con ella, traído por ella o por su marido, o tal vez requerido por el padre, el viejo campesino analfabeto, por encima del seto, y entrando, empujando a su vez la verja oxidada, disculpándose por su aspecto, por el polvo blanco que cubre sus zapatos, protestando, obligado a levantar con su vaso el gollete de la botella, diciendo: «Sólo un dedo», y sentándose, y callando): el aire (con sus cabellos rapados, su cabeza redonda, su bigote caído —y no retorcido, rizado, como el de los compañeros del novio, jóvenes y turbulentos dragones de cigarros envitolados—, su alto cuello duro, su corbata de nudo hecho, su chaleco de flores, sus pantalones y sus calcetines de ciclista, y su mochila a su lado sobre el banco) de un joven profesor o más bien de un maestro en vacaciones (y tal vez un aficionado a la botánica, que había pasado el día buscando hierbas, o un amante de la entomología, quizá con un libro de Rousseau o de Fourier en la mochila), y ella mirándole, y él mirando obstinadamente ante sí y tal vez, un poco más tarde, las dos siluetas —la del vestido de bronce y la del pantalón de ciclista— deslizándose lentamente, desmenuzándose entre las ramas inclinadas del huerto evanescente (como si Louise hubiera podido verlos, seguirlos con los ojos, por ejemplo desde el interior de la casa, mirando el jardín, los árboles, los personajes muertos y graves moviéndose a cámara lenta, a través de uno de esos vidrios de color (amarillo), como los que se ponía antes en las puertas vidriadas, separada de ellos menos por el infranqueable espesor del tiempo que por el obstáculo del cristal invisible, engañoso, como el de un acuario, donde parece que bastaría extender la mano para poder tocar lo que hay detrás, y, de hecho, tan duro y frío como una lápida) y el perro saltando a su alrededor, y ellos hablando juntos del niño, él posando la mano al andar sobre la cabeza redonda que le llega apenas a la altura de la cintura, y ella llevándolo hasta el mejor ciruelo, y los dos sacudiendo el árbol, riendo —¿o mejor el ciruelo sacudido, el roce de las hojas, sin que se vea otra cosa que un fragmento de vestido, una mano, un brazo?— y nada más (o tal vez —casi en voz baja, a causa del niño que no se separa de ellos— él formulando su petición, pidiéndole permiso para volver, y ella diciendo Sí, mirándolo de hito en hito, con sus ojos claros, tranquilos, bajándolos después hasta el niño, diciendo: «Nuestro padre querría que fuera profesor...» (o quizá, hablando todavía como la campesina que es, que no ha dejado de ser: «Padre querría...»), sin que hubiera en ella sumisión, pasiva obediencia filial, resignación, sino esta serena, rígida, sonriente y virginal convicción (o creencia, ¿pero en qué?) hecha también de una materia tan indestructible como el bronce, y el diciendo Sí, comprendiendo, haciendo el cálculo, pensando tal vez: «Muy bien. Esperaré»), y nada más, entre las ramas casi borradas del huerto (o quizá ni siquiera esto), y después algo que sin duda impidió que la espera tuviera un final...

Y Louise pensando, diciendo casi en voz alta: «Bien. ¿Y después? Pero yo lo sabía, me lo figuraba. Algo como esto. No era difícil de imaginar. ¿Y después?» Después encontrándose de pie en la deslumbradora luz declinante del final de la tarde, el tibio olor del verano (parpadeando, un poco aturdida, como alguien que hubiera pasado años en prisión, encerrado en una celda, y que, bruscamente, se encontrara al aire libre, mirando con asombro y sin comprender, y sin saber qué hacer, las gentes, los árboles), escuchando el lento murmullo, la palpitación (los troncos rectos, inmóviles, las ramas inmóviles) de millares de hojas del grupo de árboles al pie de la colina, espejeando, estremeciéndose en un roce continuo, fresco, que no ha dejado nunca de existir, imperturbable, y ella allí, extranjera, es decir, como si la luz, el silbido continuo del viento entre las hojas, el mismo aire, estuviera separado de ella por una placa de cristal, aunque pudiera sentirse en el mismísimo centro (pero a la manera de un buzo bajo su campana), el ensordecedor piar de los

gorriones en los bambúes rodeándola, por así decirlo, sin llegar hasta ella, de suerte que la piedra chocando contra el muro parece tintinear, rebotar en un estallido de vidrios rotos, el gato escapando (o mejor desapareciendo, como volatilizado, absorbido por el aire, como esos objetos o animales que escamotea un prestidigitador: un instante antes todavía agachado, acurrucado en lo alto del muro, la cabeza hundida entre los hombros, inmóvil hasta el punto de parecer irreal entre las rayas y las manchas de sol, mirándola con sus ojos amarillos, temerosos y salvajes, y un instante después —el tiempo de agacharse y levantarse, con la piedra en la mano— sólo quedaba en el lugar esas manchas de sol jugando a través de las hojas), y lanzando de todos modos la piedra, después otra, después otra todavía, sin tomarse siquiera tiempo para mirar, la mano temblorosa de rabia, despellejándose los dedos en las piedras, en las zarzas, lanzándolas sin apuntar, al tuntún, al ruido (probablemente el de las mismas piedras que ella arrojaba, rodando detrás del muro entre las hojas secas del foso), quedándose después allí, jadeante (pero no a causa del movimiento, no por el hecho de haber cogido y arrojado las piedras: de cólera, de vergüenza, pensando: «¿Qué es lo que me ha dado? ¿Qué me está sucediendo? ¿Qué es lo que...?», mientras al exterior de la campana, al otro lado de la pared de vidrio reformada, las pequeñas hojas seguían balanceándose, indiferentes, lejanas, oscilando en la luz declinante, como si no fuera el aire, la imperceptible brisa de la tarde, quien las agitara, sino una suerte de vida secreta, exigente, imperiosa, como la que fuerza a los insectos a dar vueltas en un mismo lugar, suspendidos, entremezclando sin fin, sin objetivo, las invisibles trayectorias dé sus vuelos, una nube suspendida, inmóvil, obstinada, cada una de sus partículas en perpetuo movimiento, claras, doradas sobre el verde fondo vegetal, después (la misma nube, u otra) destacándose en sombra ante el cielo palideciente en la brecha del cañaveral por donde ella avanza ahora, sin esperar, cuando ha visto que el coche aparecía en la curva y se detenía, a que fuera él quien viniera hacia ella: franqueando el muro desmoronado, avanzando sin importarle que la vieran, no yendo a su encuentro —llegando al coche en el momento en que él cerraba la portezuela—, sino rebasándole: continuando adelante sin detenerse, diciéndole tan sólo: «Ven», casi sin mirarle y sin despegar los labios, continuando sin volver la vista atrás (no en un estado de agitación, no, ni caminando muy aprisa, caminando, simplemente, como puede caminar por un sendero alguien que se dirige sin precipitación pero sin titubeos hacia un lugar determinado o hacia algo preciso), la nube suspendida de insectos que giran pareciendo retroceder, desplazarse gradualmente ante ella, y él detrás, siguiéndola, diciendo algo, y ella deteniéndose de golpe, volviéndose, diciendo: «¿Qué?», y él repitiéndolo, y ella: «¿Mañana? Te has arreglado para...», frunciendo el entrecejo, como si intentara comprender, asimilar lo que él intentaba decirle, lo que él intentaba comunicarle (y, de hecho, sabiéndolo, pero separada también de esto por un cristal, es decir, como si se tratara de algo de lo que ella había oído hablar, algo que le concernía, e incluso más que concernirle, formaba parte de ella, pero como si se lo hubieran contado), diciendo finalmente: «¿A causa de lo que yo te dije ayer?», y él: «Sí», y ella: «¿Mañana?», y él: «Sí, he podido...», y ella: «¿Ah, sí?», y reemprendiendo la marcha (ahora un sendero, sus pies posándose, hundiéndose silenciosamente en el espesor del polvo, parecido a ceniza —de hecho, el polvo y la arena del río mezclados—, gris, impalpable, afelpada); después ella contra él, los labios todavía apretados, los rasgos duros, mirando el rostro inclinado hacia ella con una especie de atención trastornada (no propiamente apasionada, sino concentrada, su propia cara reflejando en este momento menos una exaltación o una excitación de cualquier tipo que un esfuerzo), menos interesada al parecer en intentar descubrir algo que podía encontrarse —o a lo que podía llegar— en o a través de lo que estaba mirando (y aparentemente sin verlo) que en averiguar lo que ella quería, o esperaba descubrir, y él: «¿Qué pasa?», y ella: «Nada», y él: «Pero qué es lo que...», y ella: «Nada. Cállate, por favor, cállate...», pudiendo ver su propia imagen desdoblada, dos veces el contorno oscuro de su cabeza destacándose ante el crepúsculo, no en la superficie abombada y húmeda de cada ojo, sino lejana, minúscula, perdida en el fondo de una perspectiva deformada (como esos pequeños personajes encerrados en el centro de una de esas bolas de cristal, o apareciendo, intocables, irreales, en la esfera de cristal de la vidente. «De modo, pensó ella, que esta

vez, aunque extendiera la mano, sería imposible tocarlos...»), después mirando (o mejor dicho sin mirar, la mirada fija todavía en las dobles, minúsculas e inaccesibles siluetas, viendo, no por mediación de sus ojos, sino por ese conocimiento del cuerpo que puede asistir como desde el exterior a sus propios movimientos) sus manos, ocupadas en desabrochar febrilmente el cuello de la camisa de hombre, asistiendo del mismo modo (como desde el exterior) a lo que pasó a continuación: las dos manos de hombre velludas, calientes, fornidas, cogiéndole brutalmente las muñecas, uniéndolas, inmovilizándolas, los dos por un momento cara a cara, un poco jadeantes, y él: «¿Pero qué pasa, qué es lo que te pasa?», y ella: «Nada, que quieres que... ¡Nada!», intentando soltarse, escapar, y él cogiéndola de nuevo, volviendo a juntar sus muñecas, que hubiera podido sujetar con sólo una de sus manos, diciendo: «Vamos...», y ella: «Me haces daño, por favor, me...», los dos luchando ahora: Louise pudiendo, le parecía, verlos, jadeantes, luchando en el olor insípido, descorazonador, del alcohol derramado, entre los pedazos de cristal roto, y no ya por el frasco, es decir, el uno contra el otro (cada uno en lucha, no con una voluntad adversa, sino contra algo que está fuera y escapa a toda voluntad: como si los dos cuerpos enlazados formaran sólo uno, una misma y doble persona que hubiera tenido que enfrentarse a ese doble adversario: materia y espíritu), intentando levantarse, teniendo que vencer el viejo, no sólo el peso formidable de su propia carne, sino además el obstáculo, el enemigo suplementario constituido, no por la presencia de Sabine (que sólo hubiera sido a fin de cuentas un peso más o incluso, en otro momento, una ayuda, porque también ella se esforzaba ahora por levantarse o más bien por levantarlos a los dos), sino la fuerza oscura que dirigía ese cuerpo, le imprimía movimientos incoherentes y lo más a menudo contrarios (no porque ella intentara oponerse a él, sino porque se comportaba, contra su voluntad, como esos luchadores que, en lugar de arremeter contra el adversario, emplean la potencia de éste volviéndola contra él, es decir que, a causa de esa falta de apreciación de las distancias o del esfuerzo a que lleva la embriaguez, cada uno de sus gestos, en lugar de ayudar al viejo, rebasaba su objetivo), y entonces, cuando por fin consiguió arrodillarse y después levantar una rodilla, ella, ya medio incorporada, se inclinó, lo cogió como pudo por las axilas y tiró de él con todas sus fuerzas, en el momento preciso en que, apoyando una mano en el borde de la bañera y la otra en su muslo doblado, tensando los músculos, él intentaba izarse, un instante en desequilibrio, los dos saliendo disparados ahora, como catapultados, hacia el otro lado, atravesando (los dos cuerpos con una inclinación de cuarenta y cinco grados) la mitad del cuarto de baño, en una gesticulación frenética de brazos y manos batiendo el aire en busca de algo a que asirse, y desmoronándose, cayendo de nuevo, por segunda vez, arrastrando a su paso el toallero y la silla, con estruendo, una cascada de ruidos repercutiendo, desmesurados, en el silencio nocturno, algún objeto rebotando todavía, rodando sobre las baldosas, tintineando luego una última vez —y después el silencio, no refluyendo, sino, por así decirlo, abatiéndose de golpe, como si se tratara de algo absoluto, aplastante (como una tonelada de silencio) y total, hasta que (a modo de una fuente que se infiltra, abriéndose insidiosamente camino bajo un derrumbamiento de rocas) aparece de nuevo el minúsculo, múltiple y vasto crepitar de la lluvia (y ahora, más que propiamente lluvia, una llovizna, las invisibles gotitas como suspendidas en la oscuridad, inmóviles, mientras el campo chorreante parecía elevarse, ascender lentamente en un movimiento continuo, majestuoso, como si la tierra adormecida y desfalleciente se hinchara, se levantara al encuentro del cielo, de la lluvia fértil, fundiéndose en secretas, interminables nupcias), Louise permaneciendo un momento allí, sin oír otra cosa que ese murmullo negro, húmedo y omnipresente, el deslizarse del tiempo negro puntuado sólo de vez en cuando por la caída espaciada de las gotas de agua que se deslizaban, se desprendían del canalón (que hacía poco vomitaba el agua a chorros) e iban a estrellarse con regularidad de metrónomo sobre la gravilla, después se abrió una puerta, y ella pudo oírla, o mejor adivinarla: desplazándose silenciosamente por el pasillo (la enfermera, la jorobada) con esa propiedad en cierto modo sobrenatural que parecía haber recibido en suerte —al mismo tiempo sin duda que su joroba— de estar allí, de aparecer (cual los elfos, los gnomos), como funcionalmente atraída, designada, como la inevitable, benévola y risueña auxiliar de toda agonía y de todo desastre, el

ruido monumental y ciclópeo del estertor llegando ahora a través de la puerta que había quedado abierta, llenando el pasillo, mientras ella llamaba, decía: «¿Necesita usted algo...? He oído, me ha parecido oír, yo...», después de nuevo el silencio, la lluvia infinita, el estertor, después por fin la voz del hombre: «No. No ha sido nada. He resbalado. No es nada. Gracias», los pasos (el imperceptible y minúsculo trotecillo) recorriendo el pasillo en sentido inverso, la puerta volviendo a cerrarse, encerrando de nuevo el estertor, y de nuevo tan sólo la lluvia silenciosa y vasta (la lluvia del Señor, recubriendo, envolviendo lentamente la tierra tenebrosa y fértil), y al cabo de un momento otra vez la voz de Sabine elevándose, llegando hasta ella, diciendo: «Si yo... Si tú pudieras...», pero apagándose, naufragando antes de haber tenido fuerzas para terminar, débil, apenas audible, pareciendo venir de muy lejos, y no sólo porque ella hablaba ahora, según todas las apariencias, en el dormitorio (Louise preguntándose cómo se las habían arreglado para cruzar el cuarto de baño —ya fuera que, habiendo renunciado a ponerse de pie, hubieran avanzado por reptación, o, más probablemente, pensó, a cuatro gatas, Sabine cogiendo con autoridad uno de los brazos del viejo, pasándoselo alrededor del cuello, sosteniéndolo así (a menos que fuera lo contrario), los dos llegando de ese modo, uno apoyado en el otro, hasta la habitación—, ya fuera que, antes de caer, luchando durante fracciones de segundo contra el desequilibrio que los arrastraba, hubieran recorrido a velocidad vertiginosa, girando sobre sí mismos y arrastrándolo todo a su paso, el espacio que los separaba de la puerta, quedándose allí para recuperar el aliento, mientras la jorobada, alarmada por el ruido, salía al pasillo, iba a llamar a la puerta y se marchaba), la voz de Sabine, pues, con un sonido raro, irreal, y la propia Louise no sabiendo ya muy bien en este momento (preguntándose después cuánto tiempo —¿una eternidad o una hora?— había permanecido allí, rígida, silenciosa, frente a su propia imagen, su propio rostro muy parecido a una pequeña máscara inmóvil, muerta, en la que los ojos fijos seguían espiando implacables a la luz de la implacable luz eléctrica), no sabiendo ya qué era real y qué no lo era, y Sabine, presa sin duda de ese desorden de los sentidos y del espíritu en el que desaparece también toda noción de tiempo, habiendo llegado a ese punto extremo situado inmediatamente antes de la pérdida de conciencia y en el que todo se borra (es decir, se encuentra rechazado en un fondo oscuro, vago, indefinido: como si todo lo que había acontecido desde el inicio de la noche, desde que ella entró en este cuarto de baño para su aseo nocturno, estuviera ya muy lejos, muy atrás, como si no hiciera unos minutos, sino años, que él (Pierre) la había sorprendido con el frasco de perfume (de coñac), vacío en tres cuartas partes, en la mano, que habían discutido e incluso luchado por algo que ahora no recordaba, que no conseguía ya recordar), donde todo se borra, salvo una o dos lacerantes preocupaciones, dos imperativos: uno, sin duda, llegar hasta esa cama, aparentemente imposible de alcanzar, fuera de su alcance, allí, lejos, al otro extremo de la habitación, en la que parece flotar a la deriva, alejándose y aproximándose, separada de ella por un vertiginoso espacio vacío que, agarrada a la cómoda, contempla con una suerte de desesperación, de trágica impotencia, hasta que, decidiéndose, se lanza con brusquedad, los brazos extendidos hacia adelante, partiendo en diagonal, no hacia ella (aunque no haya dejado de mirarla con la misma desesperada codicia), sino hasta el sillón, en el que se desploma, medio atontada por el golpe contra el respaldo de madera, contemplando estúpidamente, a unos centímetros de sus ojos, las manchas confusas del pimpante ramo de malvarrosas, hojas y miosotis, el rostro aplastado contra el cojín, su respiración ronca y desacompasada, yendo y viniendo, recorriéndola como un viento salvaje, mientras ella intenta calmarla, intenta recobrar el dominio de sí misma, recordar ese segundo imperativo, aquello que sabía que tenía que hacer (al mismo tiempo que alcanzar la cama), que tenía que hacer ineludiblemente (no propiamente un deber, una obligación: pero en relación a algo —ni siquiera a alguien: a algo— sin lo cual, fuera de lo cual, no podía existir ni vivir), después, a medida que el dibujo de las manchas se hacía más preciso, se fijaba —la trama del tejido incluso destacándose ahora, netamente, como un segundo dibujo, en ligero relieve, bajo las flores estampadas—, encontrando, recordando, o tal vez, en los esfuerzos que en el presente llevaba a cabo para conseguir sentarse, levantando la cabeza, descubriéndolo (a Pierre), en pie junto aquella misma cómoda, no lejos de la puerta del baño (¿y cómo había

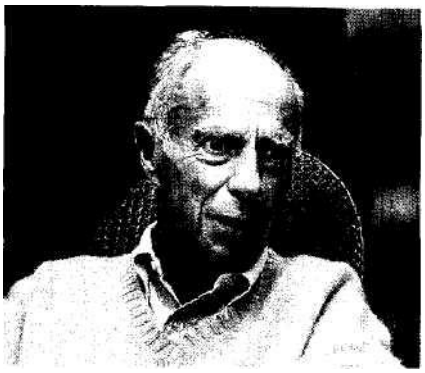
conseguido levantarse, ponerse solo de pie?), a la que ella se había agarrado (recordaba haberse apoyado allí) un instante (¿un siglo?) antes, y entonces el grito, el lamento: «¡Pero si estás sangrando! Te has cortado... Hay que... Voy...», y levantándose, tambaleándose, empezando a rehacer en sentido inverso el camino recorrido, para ir a buscar al botiquín lo necesario, el viejo sobresaltándose, levantando la mano, gritando: «¡No! ¡No! No ha sido nada... Quieres hacerme el favor... Quédate donde estás...», pero ella siguiendo adelante, sin escucharle, sin siquiera oírle, movida sin duda, impulsada por esa oscura, imperiosa e indiscutible conciencia de lo que debía a toda costa hacer, so pena de ver como toda su existencia perdía, a la vez, toda razón y toda justificación, el hombre gordo yendo a su encuentro, aunque al parecer no se movía, siempre allí, el brazo levantado, la boca abriéndose y cerrándose con sonidos incomprensibles, y siempre apoyado en esa misma cómoda, que parecía, ella también, avanzar hacia la mujer, sustituida de golpe —sin que hubiera efectuado no obstante ningún cambio de dirección— por la cama situada contra el entrepaño opuesto, que se alejaba, por el contrario, a toda prisa, después la habitación entera (alfombra, sillones, chimenea, reloj) levantándose de golpe, exactamente como si estuviera pintada, con sus muebles delicados y preciosos, sus delicados motivos florales y su tornasolada alfombra en rosas delicados, en uno de esos proyectos de decorador: una simple hoja de papel oscilando al mismo tiempo que la sombra enorme que se inclinaba ahora encima de ella, Sabine pensando como en un relámpago: «Esta vez. ¡Esta vez me va a aplastar! », su garganta emitiendo una especie de quejido, un farfulleo continuado, que termina en un grito, un estertor, cuando los ciento veinte kilos de carne y de hueso a los que se agarraba desesperadamente se abatieron sobre ella, vacilando los dos, dando algunos pasos torpes como bailarines entrelazados, cayendo al fin por tercera vez — Louise tendida ahora sobre la hierba, inerte, sin un solo movimiento, como muerta, pudiendo ver encima de ella el cielo, semejante ahora a una placa de vidrio ante la cual, o mejor sobre la cual, aparecieran pintadas unas hojitas en forma de corazón, con sus finas y delicadas nervaduras, tono sobre tono, y, en el presente, perfectamente inmóviles ellas también, las ramas perfectamente inmóviles, el aire inmóvil, mientras se apaciguaba en ella gradualmente ese tumulto, ese rumor: experimentando esa sensación del nadador que sube a la superficie, atravesando una tras otra las capas sucesivas, cada vez más luminosas, recuperando la conciencia de su peso, como si la tierra se reconstituyera debajo de ella, recuperara poco a poco su ruda y dura consistencia, pudiendo percibir, una a una, incrustadas en su espalda, las briznas de hierba aplastadas, como si ella pudiera ver (en los salientes de su cuerpo, en los omóplatos, los riñones) las manchas amarilloverdosas sobre su vestido claro, sintiendo que el olor, el aroma vegetal, húmedo, la penetraba, como si no fuera exhalado por la hierba aplastada, sino por las profundidades de! mismo seno de la tierra, pensando: «Mira. Estoy muerta», pensando: «Está bien. Yo estaba tan cansada, tanto...», y, de nuevo, dejando incluso de pensar (justo el tiempo, mientras todo pensamiento —no toda conciencia: todo pensamiento, toda formulación— se desvanecía, se abolía, para decirse aún: «¡Y estoy incluso demasiado cansada para pensar! » —y tal vez en un último destello: «Y además, ¿para qué?»), pero tal vez ni siquiera esto, cesando simplemente, todavía extendida sin movimiento, descuartizada, y en el centro de ella, de su cuerpo brillando suavemente en el crepúsculo, esta mancha, este triángulo negro, sombrío, salvaje y enmarañado, esa especie de vegetación como parasitaria, alimentándose de —y quizá, como dicen de las uñas, de los cabellos, siguiendo creciendo, viviendo, todavía mucho tiempo después de la muerte— la carne lisa y blanca, y la estrecha boca malva pálido, parecida a un delicado pétalo marchito, una herida permanente, eterna e incurable, pero sin hacer un gesto para cubrirse, ni siquiera pensando ya: «Estoy demasiado cansada», mirando la sombra masculina de pie ante ella, como pintada también en oscuro (verdinegra) sobre el vidrio impenetrable del cielo, y ella también inmóvil, los dos así durante unos minutos tal vez, la silueta vertical recortada sobre el crepúsculo moviéndose al fin, la llama de la cerilla iluminando un instante un rostro tan extraño como su propio rostro (ese que, en el espejo, no había cesado de espiarla), aunque fuera una boca, una nariz, una frente de hombre, pero con esto en común: la misma mirada dedicada a espiar—, después todo desapareció, mientras una bocanada de humo se

elevaba girando sobre sí misma, marrón, se disolvía lentamente en el cielo verde, la voz que le llegaba ahora pareciendo proceder también de muy lejos (como de detrás de una placa de vidrio: «Sólo que, pensó ella de nuevo, ya no es amarilla ahora, sino verde. Y por lo tanto ha cambiado de color, pero eso es todo...»), las palabras no llegándole ya, o al menos no llegando siquiera a transformarse (las palabras, los signos verbales y sonoros) en una frase que significara para ella algo más que un ruido, un sonido, de modo que no respondió, no dijo siquiera: «¿Cómo? ¿Qué es lo que has dicho?», mirando como las volutas de humo giraban y se disolvían lentamente una tras otra en el aire inmóvil, siempre tendida sin movimiento entre la hierba húmeda y pisoteada (aguzando el oído, creyendo oír a su alrededor, a la altura de su cabeza, como un imperceptible y delicado murmullo, el roce leve, delicado, de las briznas de hierba aplastadas, dobladas, despegándose una tras otra, empezando a levantarse en invisibles y breves sacudidas), y por último el punto rojo del cigarrillo brillando en la mano, describiendo una curva, desapareciendo en la hierba gris, y unos segundos después —pero un poco más lejos del lugar en que había creído verlo caer— la serpiente de humo —de un gris azulado, ahora que no se destacaba ya contra el cielo— brotando entre las briznas de hierba, agitándose a ras del suelo, y él: «¡Pero bueno! », y ella callando, el oído atento, escuchando el minúsculo, imperceptible rumor de la hierba aplastada, y él: «¿Pero qué te pasa?», y ella tratando esta vez de responder, sin conseguir que ningún sonido salga de su garganta, pensando por segunda vez: «Estoy muerta», y él: «¿Pero vas a decirme lo que te pasa?», y ella consiguiendo al fin (pensando: «Nada. ¿Explicar? ¿Explicar qué?») hacer pasar el sonido a través de la garganta, pero no todavía las palabras, dominándose, esforzándose, diciendo (siempre inmóvil, la cabeza siempre en el mismo sitio — pudiendo sentir el hueco, la forma moldeada por su cráneo en la tierra blanda): «No lo sé. Nada», y él: «Pero por Dios...», y ella: «¡Pero nada! », y él: «¡Dios mío!», y ella callando, yaciendo siempre inmóvil, bajo las ramas, las hojas inmóviles, el duro cielo de cristal, en ese cuerpo que le parecía ahora tan pesado como la piedra, pensando sólo: «Estoy tan cansada... Toda esa gente... Si él supiera, si pudiera siquiera imaginar...», oyendo de nuevo la voz que llegaba hasta ella a través de murallas, de espesuras de cristal, lejana, diciendo: «Dios mío, pero entonces no había que. Por qué dijiste que... Por qué me dijiste...», la voz interrumpiéndose, sin terminar, y ella siempre callada, siempre yacente (como si pudiera sentir la forma —el molde en hueco— no sólo de su cráneo, sino del cuerpo entero impreso sobre la tierra), la alta silueta oscura vacilando, dando unos pasos, volviendo atrás, diciendo aún: «Pero, Dios mío, qué es lo que...», diciendo: «Escucha, ahora tengo que irme...», y ella: «Sí», y él: «Tengo que irme. Sólo he venido para decirte...», y ella: «Ya sé. Sí», y él: «Entonces : ¿mañana?», y ella: «Claro que sí», y él (y ahora más que enfado, una protesta, una súplica): «¿Seguro?», y ella: «Sí. Claro que sí. ¿No te digo que sí, que sí, que sí?», y él: «Pero en este caso, ¿por qué te quedas tumbada ahí? Levántate, podrías... Es que...», y ella: «Sí», y él: «Ahora tengo que...», y ella: «Sí», y él: «Bien, muy bien. Está bien...», después dando bruscamente media vuelta, alejándose con paso rápido, después inmovilizándose, volviéndose hacia atrás, y ella siempre en la misma posición, pensando: «Estoy muerta», mirando encima de su cabeza el cielo, las hojas inmóviles, después oyéndole reanudar la marcha, y poco después el ruido sordo de los pasos sobre el polvo del camino, después un guijarro lanzado al aire por un pie, saltando, rebotando, yendo a perderse en la zanja, después, un poco más tarde, el ruido del coche al ponerse en marcha, el motor acelerando, rugiente, después decreciendo, después apagándose, y de nuevo el silencio, sus labios formando todavía una vez la palabra: «Sí», sabiendo ahora que ella no acudirá, sabiendo que él sabe que ella no acudirá, sabiendo que tampoco él acudirá, sabiendo que ella lo sabía ya antes de venir, preguntándose sólo cuánto tiempo hace que lo sabe, si no lo ha sabido acaso desde siempre, si todo esto no ha sido más que una mentira, si todo esto ha existido siquiera, sabiéndolo ya, piensa, mientras de pie en el cuarto de baño oía los últimos ruidos que le llegaban desde el otro lado del tabique (un murmullo ahora, a duras penas perceptible, muy bajo, como un rumor de sollozos, pudiendo verlos, habiendo alcanzado por fin el lecho, el hombre gordo inclinado ahora sobre ella (Sabine), diciendo: «Vamos», afanándose, moviéndose con esa pesada, patética y majestuosa dificultad, intentando con gestos torpes quitarle el quimono, la

tela de dibujos resplandecientes, Sabine tendida ahora, los cabellos rojos desparramados entre la lencería bordada, el viejo cubriéndola con la sábana, diciendo: «Vamos», y brotando de la cama ese rumor —o tal vez ese silencio— extraño (¿sollozos?), el viejo repitiendo: «Vamos, por favor», y Sabine: «¡Todas estas mujeres...! », y él: «¡Vamos! », y Sabine (la voz monocorde, cansada, desolada, pero no ultraja, no vengativa): «¡Todas esas putas...! », y después sólo el ruido silencioso de las lágrimas, apacibles, discretas, como el monótono, apacible e imperceptible rumor de la lluvia, el viejo diciendo aún de tanto en tanto: «Vamos, vamos, por favor...»), después Louise se movió, se estiró, se puso boca abajo: tendida ahora cuan larga era sobre el suelo, adherida al suelo, hundiendo, escondiendo el rostro en la hierba fresca, como para imprimirlo allí, respirando hondamente el olor fuerte y acre de la tierra y la hierba mezcladas (pero sin lágrimas: los ojos cerrados, secos), respirando simplemente, inundándose toda del olor vegetal y puro, después relajándose, abandonándose, siempre tumbada boca abajo, pero la cabeza vuelta hacia un lado, pudiendo sentir ahora incrustarse en su mejilla las briznas de hierba aplastada, y, ante sus ojos, el prado extendiéndose, a la altura de su rostro, la hierba silvestre y múltiple destacando como pinceladas de tinta china sobre el cielo paulatinamente decolorado, y en una de ellas (dibujada, también él, o mejor condensado por uno de esos pinceles de seda, oriental y sutil) un insecto, aproximadamente del tamaño de una cabeza de alfiler, complicado, hirsuto (como una de esas manchas de tinta aplastadas en un papel doblado en dos), en pie sobre sus altas patas múltiples, el caparazón rayado de finas estrías verdes, sus minúsculas y delicadas antenas afanándose ante él, mientras se detenía, vacilaba, volvía a avanzar, reanudaba su paciente ascensión, la brizna de hierba inclinándose poco a poco, imperceptiblemente, bajo el peso imperceptible — o era tal vez una ilusión, porque no se movió, no se estremeció siquiera cuando el insecto desapareció: el caparazón, los duros élitros abriéndose bruscamente, dejando asomar las delicadas y transparentes alitas color hierba pálida, Louise alzando los ojos, intentando seguirle, perdiéndolo entre la nube monótona de mosquitos siempre suspendida, girando incansable, delante del cielo, ahora rosado, y contra el cual, entre las ramas, podía ver destacarse la masa oscura de la casa, allí arriba, en lo alto de la colina, oscureciéndose gradualmente, las ventanas no obstante todavía sin luz, después, al iluminarse la entrada, Louise pudo ver (adivinar) un instante la silueta masiva, informe, terminando de superar pesadamente los últimos peldaños de la escalinata, parándose un instante para tomar aliento (imaginándolo sentado hasta ahora en el quiosco oscuro, sin trabajar ya desde hacía un rato, las hojas blancas cubiertas de la fina letra apretada esparcidas sobre la mesa, vagamente fosforescentes en la sombra, las líneas paralelas de palabras de extremo a extremo cada vez más indistintas, esfumándose, confundiéndose, hasta no ser más que vagas estrías en las que es imposible discernir las letras, las palabras, la separación entre las palabras, después la separación entre las líneas, las mismas estrías, la parte de la hoja cubierta por ellas sólo un poco más gris, las mismas hojas terminando por no ser más que indistintas, vanas e insignificantes manchas grises, y él siguiendo sentado allí a la mesa, metido en ese cuerpo monstruoso, ante las hojas inútiles y esparcidas, escuchando sin duda igual que Louise el apaciguamiento de los ruidos campestres, el apagarse de uno tras otro, el silencio haciéndose bruscamente más absoluto, más definitivo, Louise dándose cuenta entonces de que el ruido monótono y lejano, el tap-tap del motor de la bomba de riego, acababa también de pararse, dándose cuenta al mismo tiempo de que no ha dejado de oírlo, no había dejado nunca de oírlo, el viejo sentado en el quiosco y tal vez estremeciéndose también, percibiendo también el silencio repentino, ahora absoluto, quedándose quizás un instante inmóvil, allí, en el sillón de mimbre que se hundía bajo su peso, espiando tal vez —aguzando el oído— que volviera a ponerse en marcha la bomba, después, por fin, moviéndose, el sillón gimiendo al mismo tiempo, reuniendo —una de sus manos vendada— las hojas de papel esparcidas, buscando a tientas la pluma, metiéndosela en el bolsillo, levantándose penosamente y dirigiéndose por fin hacia la casa), y, un poco más tarde, una segunda ventana iluminándose, después otra, pudiendo seguir Louise con los ojos (adivinar) la silueta clara (un punto, apenas más grande desde aquí que antes el insecto) de la joven criada dando un recorrido por la planta baja para cerrar las ventanas (con su andar un poco

pesado, el vientre apretado, abultado, dividido en dos por las cintas del delantal) y en la casa, invisibles, las dos viejas, allí lejos, muriéndose, no terminando de morir, una extendida, silenciosa, reducida ya a nada, con esa cabeza ya momificada, ese cuerpo levantando apenas la sábana, y que jamás ha estrechado a un hombre entre los brazos, esos flancos, ese vientre que no ha parido jamás, y su semblante parecido ahora a una máscara de cartón, de pergamino, y que nunca, en toda su vida, ha conocido afeites, y la otra agonizando de pie, erguida, engalanada, pintada de la cabeza a los pies, como una de esas divinidades, esos ídolos o esas sacerdotisas sagradas que sólo tienen derecho a echarse para ser embalsamadas, muriendo lentamente bajo sus afeites, sus ropas extravagantes, sus tintes, y, en la cabeza, esa cabellera que parece un permanente incendio, una permanente puesta de sol, y que, no sólo ha concebido, parido, gemido bajo el peso, los asaltos, las furiosas acometidas del hombre, sino que también ha gemido muchas veces, fornicando en espíritu (y con que suerte de horrible, torturante, intolerable placer, su imaginación celosa y exacerbada forjando quién sabe qué especie de perversiones, abominaciones y mentiras) por mediación de esas innumerables conquistas (ciertas o imaginarias) que ha atribuido al hombre junto al cual ha pasado la vida—, Louise intentando ahora, y sin conseguirlo, enlazar ambas imágenes: la vieja, la vieja reina hundida, borracha, balbuciente, en el seno de la noche, sentada, derrumbada en esa silla donde le cuesta trabajo sostenerse y (al día siguiente, a la mañana siguiente) de nuevo en pie, acicalada, maquillada, restaurada, erguida en la deslumbrante luz del mediodía, los ojos redibujados (verdes), la boca cuidadosamente pintada, la cabellera color naranja flameando de nuevo al viento, diciendo: «Escucha, querida, serías tan amable...» (inclinándose en el polvoriento esplendor de la luz, la tijera de podar en la mano, cortando el tallo de una dalia, tendiéndosela a Louise, de pie a su lado, un manojo de flores en los brazos, diciendo:) «Qué maravilla esos colores... Cuando pienso que si Julien no hubiera dejado helarse las otras el pasado otoño, cuando yo le dije que era necesario, que era el momento de desenterrarlas, pero pasó con esto como con todo, supongo que será mejor que me calle, nunca conseguiré entender por qué se obstina Pierre en conservar a un criado que...», pero interrumpiéndose, acercándose más, echando una rápida mirada al quiosco, diciendo: «He pensado que...», diciendo: «Mira, sabes, esta puerta entre nuestros dos cuartos de baño que condenaron yo no sé por qué...», apartándose de nuevo, inclinándose ahora hacia adelante, la mano arrugada, ungida y cubierta de anillos, resplandeciendo al sol, fría, diamantina y mineral entre los tiernos tallos de las flores, la tijera cortando de nuevo, Sabine incorporándose, contemplando un momento la flor de esplendorosos, irreales y frágiles matices en su mano destellante, después, con gesto brusco, tendiéndosela a Louise, diciendo negligentemente, con esa impasibilidad soberana, desolada, inaccesible: «Estuve pensando que podrías hacerme un favor, ayudar a esa pobre vieja...», y Louise: «¿Ayudar? Pero...», y Sabine: «Oh, es muy poca cosa, nada: me parece que ahora sólo tienes esa pequeña cómoda lacada delante de la puerta...», y Louise: «Sí», y ella: «Pero podría colocarse contra el otro tabique, ¿no? Al lado de la bañera... Me parece que hay sitio para...», y Louise: «Sí, si usted...», y Sabine (sin ni siquiera escucharla, mirando todo el tiempo las flores, inclinándose a veces, cogiendo una de ellas, contemplándola, soltándola después, las flores delicadas, esplendorosas y efímeras volviendo a enderezarse una tras otra, balanceándose un instante en la caricia de la luz) diciendo, como si estuviera hablando de algo que no le concernía, en lo que se interesaba incidentalmente, para mayor tranquilidad, por una de esas prosaicas preocupaciones de ama de casa, obligada a vigilar que las sábanas se cambien en el momento preciso y la bodega esté siempre bien provista: «Un frasco. Pero él no puede comprender, él se figura... Y es sólo un poco de coñac para poder dormir. Pero él... Entonces, entiendes: podrías guardarlo tú, meterlo por ejemplo en un cajón de esa pequeña cómoda, y yo podría pasar de un cuarto de baño al otro...», interrumpiéndose, mirando todo el tiempo las flores con la misma mirada ávida, desolada, terrible, bajo los párpados pintados, mirando sin verlos el esplendoroso abigarramiento de las flores, el sol, las sombras cambiantes, diciendo: «Algunas veces me cuesta tanto dormirme. Si supieras. Es algunas veces tan difícil. He sufrido tanto, he...», diciendo, siempre inmóvil, siempre sin volver la cabeza (y quizá no a Louise de pie un poco detrás de ella: hablándole

a la radiante luminosidad, a la desgarradora y perecedera belleza de las flores, del verano declinante): «Sabes, yo la encontré. En fin: una...», y Louise diciendo: «¿Encontró qué?», o callando tal vez, Sabine volviendo a hablar en seguida, sin esperar o sin ni siquiera oír la pregunta: «Esa carta. Estaba segura... Cuando lo hirieron, el dieciséis: aquella enfermera. Yo lo sabía. Estaba dentro de un libro. La había metido allí. La había guardado. Creía que a mí no se me ocurriría nunca buscar...», la voz vacilando, ablandándose, apagándose (y algo como un sollozo, aunque se mantenía erguida, rígida, impávida, muerta, los ojos fijos en el vacío, y secos, como más allá de las lágrimas, del sufrimiento, como si hubiera agotado, rebasado todo sufrimiento)—, Louise sabiendo que ella también sabía ya esto, mientras permanecía acodada en la ventana abierta a la noche, la luz del cuarto de baño ahora apagada, y la del dormitorio también apagada, las tinieblas húmedas viniendo a posarse sobre su rostro, escuchando el silencio que sigue a la lluvia, todas las hojas del jardín goteando en la oscuridad, el jardín en lágrimas, todo el campo en lágrimas (y tal vez, en alguna parte, otra vez el gato al acecho, precavido, aventurando con delicada indignación sus patas en la hierba mojada, con su mirada eléctrica, misteriosa, fría, salvaje, feroz, cruel y pusilánime), después, muy lejos, el imperceptible rugido del tren de Pau (el mismo tren, la misma fila de vagones, que había pasado a las siete en sentido contrario y que ahora regresaba), agrandándose, ensordeciendo, resurgiendo, hinchándose, después el interminable rechinar de los frenos amplificándose, estridente, los topes entrechocando, después, en el silencio, la voz ronca del empleado que corría a lo largo del andén, gritando el nombre de la estación, después algunas portezuelas (apenas tres o cuatro) cerrándose de golpe, el tren arrancando, y poco después ella lo vio deslizarse, los rectángulos iluminados de las ventanillas desfilando en las tinieblas del otro lado del río, el ruido ahora ensordecedor, la locomotora arrastrando un largo penacho de chispas que se apagó, mientras los rectángulos luminosos pasaban ahora uno tras otro, desmenuzados, tras la cortina de árboles, el puente metálico retumbando todavía, después el ruido decreciendo, menguando, apagándose, dejando de nuevo lugar al silencio, a la paz nocturna donde sonaban todavía, cada vez más espaciadas, las últimas gotas, después, aunque no soplaba ni una leve brisa, un árbol como agitándose, estremeciéndose, todas sus hojas derramando una brusca y postrera lluvia, después todavía algunas gotas, agrupadas, después, un largo momento más tarde, otra — después nada.



Nacido en 1913 en la isla de Madagascar, Claude Simon reside desde hace muchos años en Salses, en tierras rosellonesas, de donde es originaria su familia. Considerado como el padre del movimiento de renovación de la literatura francesa, etiquetado como «nouveau roman», Simon inicia su carrera literaria en los años cuarenta, tras haber combatido y ser hecho prisionero en la Segunda Guerra, aunque la importancia de su obra no empieza a ser reconocida hasta la publicación de *Le vent* (1957). A partir de ahí, da a conocer regularmente un corpus narrativo del que forman parte títulos como *L'herbe* (1958), *La route des Flandres* (1960), *Le palace* (1962), *Histoire* (1967) y Les *géorgiques*, entre otros. La concesión del Premio Nobel de Literatura de 1985 ha venido a consagrar a un autor que difícilmente había accedido a una mayoría de lectores por la complejidad de su escritura.